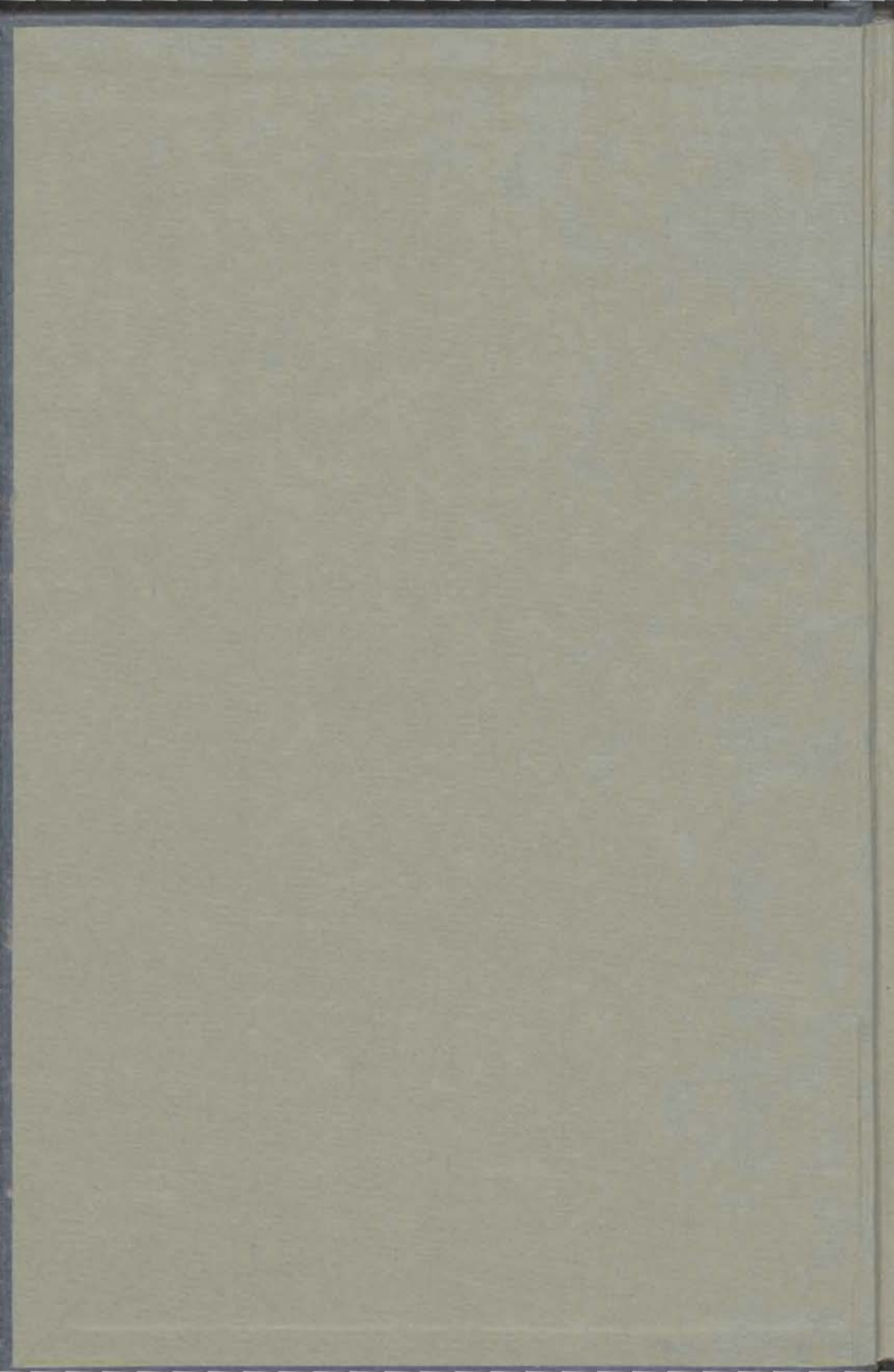
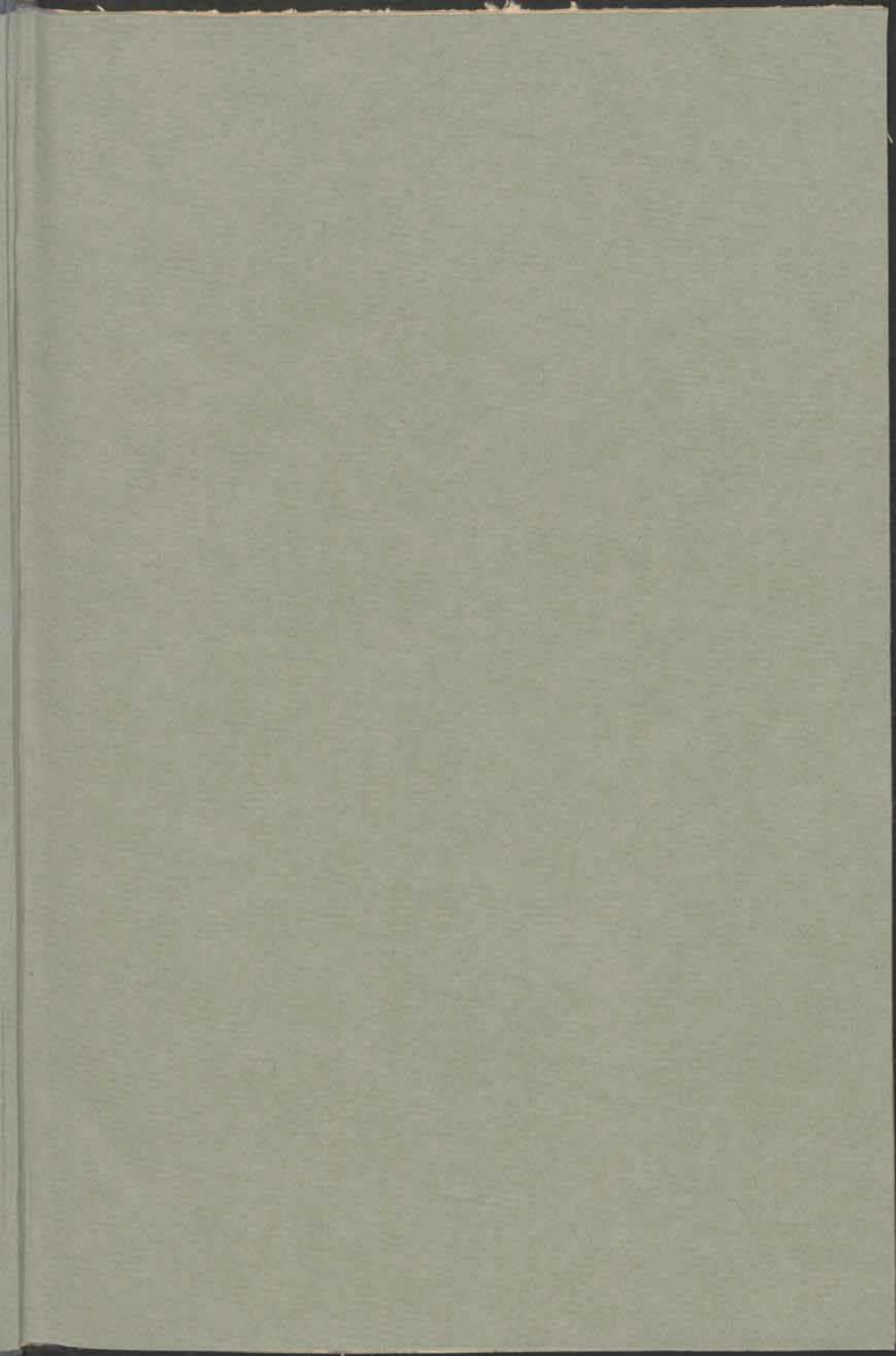


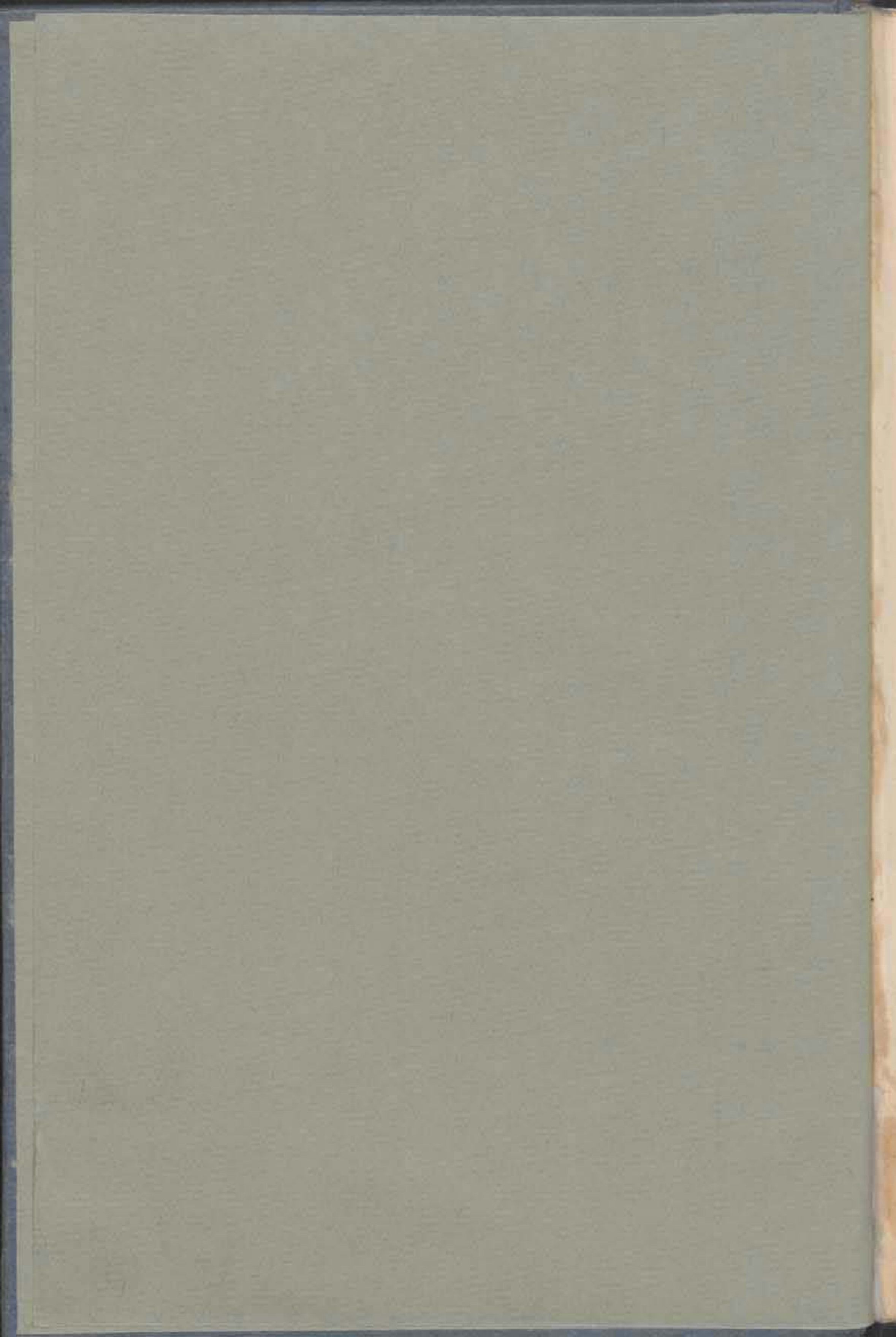
EL UNICORNIO y otros cuentos



Edt. Saturnino Calleja S.A.







197-5

BIBLIOTECA PERLA

Primera Serie

XIX



308



W. 5 p. 17

LE-3051

CALLEJA

EL UNICORNIO Y OTROS CUENTOS

*ILUSTRACIONES DE PENAGOS, RIBAS,
MARCO Y MÁXIMO RAMOS*



EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S. A.

CASA FUNDADA EL AÑO 1876

M A D R I D

2

PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS
PARA TODOS LOS PAÍSES

*COPYRIGHT 1925 BY
EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S. A.*



EL UNICORNIO



PEDRO, José y Juan eran tres hermanos carboneros que vivían con su madre en medio de un bosque donde muy rara vez veían otros rostros humanos que los suyos. Juan, el más pequeño, no tenía memoria de haber vivido en otra parte; pero Pedro y José recordaban vagamente el alegre poblado rús-

Cuentos de Calleja

tico donde jugaban cuando eran pequeñitos, cogiendo flores y cazando mariposas. Pedro, que era el mayor, podía comparar bien la miseria en que vivían ahora con el desahogo y las comodidades de que habían disfrutado en otro tiempo.

En aquella época lejana, tan lejana que parecía mentira ya, todo les fue bien. Tenían lo bastante para comer, vivían en una casita muy buena, rodeada por un jardincillo, y contaban con muy buenos amigos. Pero luego su padre perdió cuanto poseía, se vio obligado a dejar su casita y tuvo, en fin, que meterse a carbonero para ganar el pan de cada día.

Vivían cuando este cuento empieza en una pobre choza, hecha de unos cuantos maderos toscamente unidos. Pan negro y duro, patatas o lentejas, y, de vez en cuando, como un gran banquete, un poco de cocido, era su comida. Y para que nada les faltase, tenían que trabajar de sol a sol, sucios siempre hasta los ojos.

Su padre era trabajador, constante y fuerte, y, mientras él vivió, el lobo se mantuvo siempre a buena distancia de su choza. Cuando los niños tenían miedo, él sabía alegrarlos con una broma o con un cuento agradable. Pero murió el pobre a causa de un hachazo, y desde su muerte todo iba de mal en peor en la familia.

Por desgracia, Pedro y José eran egoístas y de

El unicornio

mala índole, hasta tal punto que regateaban, gruñendo, la comida a su madre y a su hermano menor, el cual en cambio, era un muchacho excelente, siempre alegre y dispuesto a hacer lo que podía para que su madre estuviese contenta y tranquila.

Un día, cuando estaban comiendo, quedáronse todos sorprendidos al oír llamar a la puerta. Pensaréis que no es nada sorprendente el hecho de que llamen a la puerta de una casa; pero ya hemos dicho antes que ellos nunca veían llegar ser humano a su vivienda. Así, pues, los golpecitos que sonaron en la puerta les dejaron sin respiración.

Pedro y José estaban en aquel momento sentados al fuego, engullendo ansiosamente el último pedazo de negro pan y regañando uno con otro, como de costumbre; Juan, sentado en la cama de su madre, le contaba sonriendo lo que veía y lo que se figuraba ver cuando estaba solo en el bosque. Pedro fue el primero que cobró ánimo, después del primer susto y dijo con su agrio tono de costumbre:

—¡Adelante!

Se abrió la puerta y entró en la choza un caballero que, por su traje verde, su escopeta y su morral, delataba ser un cazador que había venido a recrearse por el bosque.

—Buenos días, amigos—dijo al entrar, con tono alegre—. ¿Me podríais dar un vaso de agua y algo

que comer? Se me ha olvidado la merienda, tengo un hambre que no veo, y mi casa está muy lejos de aquí.

Pedro y José echaron una ceñuda mirada al desconocido, refunfuñaron algo por vía de respuesta, y siguieron engullendo su zoquete de pan. Juan fue más cortés. Como los únicos asientos de la choza estaban ocupados por Pedro y José y ellos no demostraban intención de moverse, arrastró un pedazo de tronco que había en un rincón de la choza e invitó al visitante a sentarse en él. Luego sacó un vaso limpio, aunque rajado y desportillado, y salió a llenarlo de agua fresca de un manantial que brotaba cerca de la choza. Y como, distraído con su madre, no se había comido su ración de pan negro, dióle al desconocido la dura rebanada, diciéndole, contrariado, que no tenía otra cosa mejor que ofrecerle.

—Muchas gracias—díjole el desconocido amablemente—. No hay mejor salsa que el hambre, ni almuerzo más sabroso que el que se encuentra cuando se tiene el apetito que yo tengo.

Y empezó a comer con tan buena gana, que en un minuto había desaparecido la rebanada del pobre Juan y no quedaba ante el cazador más que unas cuantas migas encima de la mesa y unas gotas de agua en el vaso.

A sus preguntas, Juan le daba noticias de la so-

El unicornio



litaria vida del bosque y de las penalidades que allí tenían que sufrir. El desconocido reunió las migas distraídamente, haciendo con ellas una bolita del tamaño de un guisante, y al ir a retirarse dijo a Juan:

—Te agradezco de corazón tu hospitalidad; y ahora voy a darte, o mejor dicho, voy a daros un consejo a los tres. Alguno de vosotros debiera ir en busca del agua dorada, ese agua que convierte en oro todo cuanto toca.

Pedro y José aguzaron el oído al escuchar tales palabras, y en el acto preguntaron dónde se encontraba el agua misteriosa. El cazador se volvió hacia ellos cortésmente, aunque eran aquellas las primeras palabras que le habían dirigido desde su llegada, y contestó:

—El agua dorada se encuentra en el bosque de los árboles muertos, al otro lado de aquellas montañas azules que habréis visto a lo lejos los días claros. Hay tres semanas de viaje a pie desde aquí.

Y dicho esto, se despidió con una inclinación de cabeza y se dirigió a la puerta. Juan se adelantó a abrirle, y, obedeciendo a una señal del cazador, le acompañó hasta fuera de la choza. Entonces el desconocido sacó del bolsillo la bolita de pan negro, y le dijo:

—Sé bien que vas a pasar hambre por haberme dado tu comida. No tengo dinero con que pagarte;

El unicornio

pero te voy a dar algo que te será mucho más útil que el dinero. Guarda cuidadosamente esa bolita, y cuando vayas a buscar el agua dorada, como seguramente irás, no dejes de llevarla contigo. Ahora vuélvete a tu casa; no debes seguir acompañándome.

El desconocido se despidió de Juan con un amistoso apretón de manos y desapareció entre la espesura. Juan guardó la bolita en el bolsillo y entró en la choza, donde sus hermanos estaban discutiendo acaloradamente sobre el agua dorada.

Tan preocupados estaban con el asunto, que ni se fijaron en Juan ni le preguntaron, como él se temía, si el desconocido le había dado algo al despedirse. Y oyó que Pedro decía en voz alta:

—Soy el mayor, y, por lo tanto, seré el primero que vaya en busca del agua dorada. Cuando la posea, compraré todas las tierras de por aquí, y me haré conde. Saldré de caza todos los días, comeré bien y beberé buen vino. Y algunas veces, si paso por aquí cerca, me asomaré a ver cómo estáis y a enseñaros mis lujosos trajes, mis caballos, mis perros y mis criados.

José no se hacía menos ilusiones para el porvenir.

—A mí me tiene sin cuidado que seas el mayor o no—respondió airadamente—. Yo también iré a buscar el agua dorada, y, cuando la encuentre, compraré el cargo de regidor, viviré en aquella torre que se ve allá en la colina, me pondré toga de pieles y cadena

Cuentos de Calleja

de oro, y me daré importancia marchando siempre a la cabeza de las procesiones solemnes. No quiero andar por el bosque cazando; a mí que me den comodidades y honores.

Al fin, después de mucho discutir, decidieron los



dos que Pedro, como hermano mayor, se fuese el primero en busca del agua dorada.

Juan se aventuró a decir que lo primero que debía hacer cuando encontrase el agua dorada era buscar una buena casa para su madre; pero Pedro, por única contestación, le dio una bofetada y le dijo, muy furioso, que no se metiera en lo que no le importaba.

El unicornio

No habremos de seguir a Pedro en todo su viaje. Sólo diremos que, como no llevaba dinero, se vio obligado a pedir en las casas de campo y en las huertas por donde pasaba comida y albergue para pasar la noche, cosa bastante difícil para él, porque Pedro no era simpático a nadie, a causa de su carácter, y si le daban algunos mendrugos era para quitárselo de delante lo más pronto posible. Llegó, pues, al bosque de los árboles muertos, y supo que era aquél, pues no había nadie allí que se lo dijese, por el aspecto que tenía. Era un gran bosque de altísimos árboles, cuyas ramas sin hojas y sin savia hacían con el viento un ruido semejante al de los huesos de un esqueleto.

Cuando se hallaba a unos veinte metros de la linde del bosque, sonó un ruido terrible, como si relinchasen mil caballos a un tiempo. A Pedro se le paró el corazón. Quería huir; pero sus piernas se negaban a moverse. Y llegó corriendo hacia él un enorme unicornio, en cuyo testuz relucía un cuerno de oro en forma de espiral.

—¿Qué buscas tú por aquí?—preguntó el unicornio con voz de trueno.

Pedro contestó, temblando, que iba en busca del agua dorada.

—El agua dorada es mía. ¿Para qué la quieres?—tronó el unicornio.

Pedro estaba tan asustado que casi no podía

Cuentos de Calleja

hablar. Cayó, al fin, de rodillas, y juntando las manos, exclamó:

—¡Ay, señor unicornio! ¡Sea usted bueno, señor unicornio, y no me haga daño!

El monstruo pateó furiosamente el suelo con la mano derecha, y gritó:

—¡Dime para qué quieres el agua dorada!

—Pues la quiero para tener dinero, y comprar tierras, y hacerme conde—dijo Pedro, casi sin aliento.

El unicornio no respondió nada; bajó la cabeza, se echó atrás y, embistiendo a Pedro, lo lanzó con su cuerno de oro por los aires hasta ciento quince metros de altura. Pedro subió como un cohete, y cayó como la varilla quemada que queda de éste después de explotado. Por fortuna para él, le pararon los golpe las ramas de unos árboles muertos, que fuerompiendo con el peso de su cuerpo, hasta que llegó al punto donde se juntaban con el tronco; y como el árbol estaba hueco, Pedro cayó a su fondo, quedando preso dentro. Mientras se palpaba los brazos y las piernas para ver si se había roto algún hueso, sintió con alegría que el unicornio se internaba trotando en el bosque, diciendo en voz bastante fuerte para que sus palabras pudieran atravesar la corteza y la madera de la cárcel de Pedro y llegar a sus oídos:

—¡Anda! ¡Para ti y para tu condado!

Pedro trató de salir de su encierro; pero no podía,

El unicornio

porque la corteza del árbol era por el interior muy escurridiza, y cada vez que quería trepar se caía, por lo cual no le quedó otro recurso que gritar, a ver si alguien le amparaba.

Para aplacar su hambre de algún modo tuvo que comer lombrices de tierra, insectos y hongos que buscaba arrastrándose por el suelo y escarbando la raíces del árbol.

Pero dejémosle en su cárcel, y volvamos a la choza.

José, Juan y su madre aguardaron y aguardaron el regreso de Pedro. La madre y Juan no creían posible que, si hubiera encontrado el agua dorada, los dejase en la miseria; José, juzgando a su hermano por sí mismo, pensaba que era lo más verosímil, y quizás fuera el que estaba en lo cierto.

—Lo menos que puede tardar Pedro en regresar— dijo José—son seis semanas.

—A no ser que compre un caballo para volver— dijo Juan—, que muy bien podrá comprarlo si encuentra el agua dorada.

Pero pasaron las seis semanas, y dos meses, y medio año, y Pedro no volvía ni a caballo ni a pie. A José se le acabó la paciencia y se dispuso a ir él por el agua dorada.

—No quiero pasar ya más tiempo esperando— dijo—. Pedro se debe de haber olvidado de nosotros. Voy yo también por el agua dorada para hacerme regidor

Cuentos de Calleja

Y emprendió el viaje, siguiendo el mismo camino que Pedro y tropezando con iguales inconvenientes. La gente se acordaba bien del antipático Pedro, y como José se parecía tanto a él en el tipo y en los modales, en cuanto le veían le daban con la puerta en las narices y corrían a asomarse a las ventanas más altas de la casa para insultarle desde allí:

—¡Carbonero feo! ¡Aquí no hay nada para ti! ¡Cuidado con el perro, que está suelto! ¡Largo de aquí, carbonero!

Sin embargo, a fuerza de constancia, que, a decir verdad, no le faltaba, y con mucha hambre y muy mal humor, llegó José a la linde del bosque de los árboles muertos. Y salió trotando el unicornio a preguntarle qué quería.

Al oír decir a José que deseaba el agua dorada para comprar la casa y el cargo de regidor, el unicornio le echó por el aire, como a su hermano, y José fue a caer dentro del mismo árbol que Pedro. Luego el unicornio se volvió trotando al bosque, diciendo para que le oyera José:

—¡Anda! ¡Para ti y para tu regiduría!

Cuando Pedro y José se encontraron en su obscura cárcel, en vez de procurar, como buenos hermanos, hacerse agradable la compañía, empezaron a regañar y a pegarse. Acabaron por no hablarse nada, y en este estado de encono estuvieron todo el tiempo que duró su terrible cautiverio.

El unicornio



Pasaban los meses, y Juan y su madre no recibían noticias de Pedro ni de José. Y a Juan le iba siendo cada día más difícil ganar lo suficiente para mantener a su madre, que estaba cada vez más débil, hasta

el punto de que Juan temió por su vida. Al fin, Juan dijo un día a su madre:

—Madre, si hubiera alguien que la cuidara a usted, me iría a buscar a mis hermanos. Seguramente habrán encontrado el agua dorada, y no creo que me negarán unas cuantas monedas cuando les diga lo mala que está usted.

Pero a la madre no le gustó la idea de la separación, y pidió a Juan que no la dejase sola. Juan se creyó en el deber de complacer a su madre, y siguió a su lado algún tiempo más, hasta que ella misma comprendió que se moriría de hambre si no dejaba que Juan hiciera lo que se proponía. Por fortuna, aquellos días había ido a verles a su choza otro carbonero a quien Juan llamaba tío Bartolo, aunque nada le tocaba, y que era un hombre bondadoso, viejo amigo del difunto padre de Juan. Tío Bartolo aconsejó a la madre que dejase ir al muchacho en busca de sus hermanos. Y, aunque era pobre como ellos, añadió, dirigiéndose a la madre:

—Usted se vendrá a vivir conmigo y con mi mujer, y mientras haya en mi casa un mendrugo de pan, nos lo comeremos entre los tres.

Aunque de mala gana, la pobre mujer accedió y se fue a vivir con el tío Bartolo, para que Juan pudiera ir a buscar a sus hermanos. Partió, pues, Juan, y siguió el mismo camino que habían seguido sus

El unicornio



hermanos; pero a él no le dio nadie con la puerta en las narices, porque con sus corteses modales y su simpático aspecto se hacía amable a todo el mundo y era bien recibido y bien tratado en todas las casas y granjas en donde se detenía.

Al fin llegó, a su vez, a la linde del bosque de los árboles muertos, y se encontró frente a frente con el unicornio del cuerno dorado. Pero Juan no se asustó

Cuentos de Calleja

de la voz terrible y del imponente aspecto del guardián de la fuente, y en respuesta a la pregunta suya, dicha como siempre con voz de trueno: «¿Qué buscas aquí?», Juan respondió con la mayor tranquilidad:

—Busco a mis hermanos Pedro y José.

—Pedro y José están en un sitio donde no podrás encontrarlos nunca; conque vuélvete a tu casa— le dijo el unicornio.

—Pues si no puedo encontrar a mis hermanos— replicó Juan con firmeza—, por lo menos no querría volver a casa sin el agua dorada.

—¿Y para qué quieres el agua dorada que yo guardo?—preguntó el unicornio con su voz terrible.

—La quiero para comprar comida, vino y comodidades para mi madre, que está muy enferma— respondió Juan imperturbable.

Y los ojos se le llenaron de lágrimas al acordarse de la pobre viejecita.

El unicornio, entonces, habló con más amabilidad:

—¿Traes la bola de cristal?—preguntó— Porque sin ella no puedo permitirte que llegues hasta el agua dorada.

—¿La bola de cristal?—preguntó Juan—Nunca he oído hablar de ella...

—¡Es lástima!—dijo el unicornio muy serio— Siento mucho que tengas que volver a tu casa sin el agua. Pero espera: registra tus bolsillos. Tal vez

El unicornio

hayas tenido esa bolita alguna vez, y quizás la hayas puesto en algún sitio que no recuerdes.

Juan se sonrió a la idea de que pudiera tener en los bolsillos, sin saberlo, una bola de cristal; mas siguió el consejo del unicornio. Sólo encontró la pelotilla de pan negro que le había dado el cazador desconocido y de la cual no había vuelto a acordarse.

—No—dijo al unicornio—, no tengo en los bolsillos nada más que esta pelotilla.

Y ya iba a tirarla, cuando le detuvo el unicornio.

—¿A verla?—dijo.

Y en seguida exclamó:

—Pero si ésta es la bolita de cristal. ¿No la ves?

Juan miró y, en efecto, vio que en su mano tenía una diminuta esfera de cristal. Y, todo sorprendido, exclamó:

—Pues no hace un segundo era una bolita de pan negro.

—Tal vez—repuso el unicornio con despreocupación—; pero fuera lo que fuese, ahora es una bolita de cristal y el hecho de poseerla tú me conviertes en siervo tuyo; mi obligación es guiarte a la fuente del agua dorada, si deseas ir. ¿Traes algún frasco?

—No—respondió Juan—; mi hermano Pedro trajo el único que teníamos, y José la botella vieja.

—Pues ven conmigo.

Y diciendo esto, el unicornio llevó a Juan junto

al árbol donde estaban presos sus hermanos y, haciéndole seña para que se estuviera callado, gritó:

—¡Eh, señor conde! Haga el favor de tirarme el frasco que tiene usted ahí, que me hace falta

—No me da la gana—gruñó Pedro—. A menos que me prometa usted sacarme de aquí.

—Con que no le da a usted la gana, ¿eh?—dijo el unicornio—¡Ahora veremos!

El unicornio retrocedió unos pasos y, arrancándose violentamente, hundió el cuerno en el hueco tronco donde había sonado la voz de Pedro. En el mismo instante se oyó un doloroso alarido, que daba a entender que el cuerno había alcanzado a Pedro, y el frasco salió por el agujero del árbol que había servido de entrada a Pedro y a José.

—Gracias, amigo—dijo el unicornio.

Y dirigiéndose a Juan:

—Ahora ya todo está listo. Móntate encima de mí, cógete bien a mis crines, contén el aliento y cierra los ojos.

—¿No podría usted dar libertad a mis hermanos?—dijo Juan.

El unicornio se mostró disgustado.

—Están bien donde están—dijo—. ¿Para qué molestarlos? Pero como tú eres mi amo, debo cumplir tu voluntad. Sólo te digo que te ha de pesar después.

El unicornio

Y diciendo así, se acercó al árbol, y de un par de cornadas abrió en el tronco un agujero suficiente para que salieran los dos presos. Juan no había visto dos seres más miserables y cobardes que sus hambrientos hermanos, los cuales se postraron a sus pies y le



dieron repetidamente las gracias por haberlos liberado, prometiendo no volver a ser malos ni egoístas y asegurando cada cual que Juan había sido siempre el hermano más querido de ellos.

Tales protestas de afecto más bien disgustaron que agradaron a Juan; pero como tenía buen corazón, no pudo menos de conmoverse, y contó a sus hermanos cómo había dejado a su madre y cómo iba a llevarle el unicornio por el agua dorada.

—¡Ay!—exclamaron al oírle—¿No podrías llevarnos también a nosotros?

El unicornio creyó llegado el momento de intervenir.

—Allí no puede ir nadie más que el dueño de la bolita de cristal—dijo—. Vamos, amo mío, vamos por el agua.

Juan saltó ágilmente al lomo del unicornio.

—Aguardadme aquí—dijo a sus hermanos—. No tardaré.

Entonces Juan cerró los ojos, contuvo la respiración y se asió fuertemente a la crin del unicornio, el cual dio un salto por encima de los árboles más altos. Después dio otro y otro, y otro en fin, y dijo a Juan deteniéndose:

—Ya puedes abrir los ojos.

Juan se encontró en un valle rocoso y desolado, sin el menor rastro de vegetación, como no se contase

El unicornio

por tal el bosque de árboles secos que revestía las vertientes. En el centro de valle brotaba una fuente de agua, tan brillante, que Juan no podía mirarla.

—Amo—dijo el unicornio volviendo la cabeza—, esa es la fuente del agua dorada. Echa pie a tierra y llena el frasco; pero ten mucho cuidado de no tocar el agua con la mano, porque se te convertiría en oro, y ya nunca volvería a ser de carne, sangre y hueso.

Desmontó Juan con el frasco en la mano, y se fue hacia la fuente. El terreno que pisaba era de arena; pero al aproximarse a la fuente notaba que cada vez relucía más, hasta que comprendió que lo que estaba pisando era oro en polvo. Se echó en el bolsillo un puñado de él, y una o dos piedras de buen tamaño que encontró, y que, al igual que la arena, habían sido convertidas por las salpicaduras de la fuente dorada en oro puro.

Tomó todas las precauciones posibles para llenar el frasco; pero, a pesar de su cuidado, se mojó el extremo del dedo meñique, que en el mismo instante se le hizo de oro.

Al fin vio lleno de agua dorada el frasco, que también se convirtió en oro; y volvió pensando que el trozo de dedo convertido en el precioso metal podría venderlo también en caso necesario.

Cuando volvió adonde le esperaba el unicornio, éste le preguntó:

Cuentos de Calleja

—¿Quieres ver a tus hermanos, o te dejo fuera de la selva?

—Sí—contestó Juan—, quiero volver a ver a Pedro y a José y tornar a casa en su compañía. Ya les ha oído usted decir cuán arrepentidos están de habernos tratado mal a mi madre y a mí. Seguramente se portarán mejor en lo porvenir; y, sobre todo, les he prometido volver.

El unicornio no dijo nada; pero gruñó de modo extraño al hacer seña a Juan para que montase. Cuando éste lo hubo hecho así, le dijo:

—Puesto que es tu deseo, tengo que satisfacerlo; pero he de darte antes tres consejos: Cuando vayáis camine de vuestra casa, tus hermanos se te ofrecerán a llevar el frasco; tú no se lo dejes. No les dejes tampoco que marchen detrás de tí ni un momento. Y, por último, guarda la bolita de cristal con el mayor cuidado. Yo no puedo acompañarte más allá de la linde del bosque de los árboles muertos. Sólo se permite venir una vez a la fuente; por lo tanto, ya no has de volver nunca aquí; pero si me necesitas con verdadera precisión, rompe la bolita de cristal, y me presentaré ante tí. Ahora cierra los ojos y vámonos.

En otros cuatro saltos estuvieron al lado de Pedro y de José. Juan, después de dar efusivamente las gracias al unicornio por sus bondades, emprendió el camino de regreso a su casa en compañía de sus hermanos.

Mientras Juan estaba en la fuente, Pedro y José habían tramado la manera de robarle el frasco del agua dorada.

—Es ridículo—se dijeron uno a otro—que nos venza Juan, que es el menor. Además, se va a gastar el agua en comprar cosas para nuestra madre, mientras que a nosotros nos serviría para hacernos conde y regidor.

Con esta idea, en cuanto estuvieron fuera de la vista del unicornio, Pedro y José rogaron a Juan que dejase a uno de ellos llevar el frasco.

—Ya que tú te has molestado en coger el agua—decían—, debes concedernos por lo menos el honor de ayudarte a llevarla. Además, ¿no somos tus criados, ahora que eres tan rico? No está bien que hagas tú todo el trabajo.

Recordando las palabras del unicornio, Juan retenía el frasco con firmeza.

—No, muchas gracias—repuso—; yo lo llevaré.

Entonces Pedro y José, haciendo como que se enfadaban, trataron de quedarse atrás; pero Juan no se lo permitió, y, con esto, los tres avanzaban muy lentamente.

Ya anocheado, llegaron a un profundo río que sólo podía pasarse por un punto, ya conocido de los tres hermanos por haberlo pasado al venir al bosque. Juan se echó a un lado para que pasaran primero



Pedro y José; pero apenas éstos hubieron avanzado un poco, retrocedieron corriendo, diciendo que tenían miedo de ahogarse.

—¡Qué tontería!—dijo Juan, impaciente ya por lo que tardaban— ¡Si es muy poco hondo!

Y, olvidando el aviso del unicornio, entró en el vado el primero.

Pedro y Juan no desperdiciaron la ocasión. Cada uno cogió una piedra grande y la arrojó violentamente a la cabeza de Juan, que cayó sin sentido al agua. Entonces Pedro le quitó el frasco, que llevaba Juan sujeto en el cinturón, y José empujó a su pobre hermano con el pie para meterlo más en el río, a fin de que se lo llevara la corriente.

Riéndose de su acción, Pedro y José cruzaron el vado; pero como, naturalmente, las personas malintencionadas no se fían mucho unas de otras, en cuanto llegaron a la otra orilla del río, José sacó la botella vieja y pidió a Pedro su parte de agua dorada. Pedro, que tenía el propósito de quedarse con toda, propuso aplazar el reparto hasta más tarde. José no se avino, porque conocía bien a su hermano, y esto ocasionó una disputa que concluyó en una lucha entre ambos, durante la cual se derramó el agua, cayendo parte de ella en la mano derecha de Pedro, y el resto en el pie izquierdo de José; de lo que se dieron cuenta, Pedro cuando vio que no podía cerrar el puño para pegarle a José; y éste cuando notó que no podía levantar el pie para darle patadas a Pedro.

Con esto se calmaron un instante sus iras. Una

tenía una mano y el otro un pie de oro macizo, y ambos el frasco de oro; pero la preciosa agua se había derramado y perdido para siempre.

—Bueno—dijo Pedro—. ¡Menos mal que tengo sanos los dos pies! No me es posible aguardarte, arréglatelas tú como puedas cojeando, o quédate aquí y muérete de hambre.

Y ya se disponía a dejar a José abandonado a su suerte, cuando éste le cogió por el cuello.

—Si no tengo más que un pie, en cambio tengo dos manos, y no te dejaré que me abandones—exclamó—. ¡Bueno estaría! No, hermanito, no: o nos vamos juntos, o nos quedamos aquí los dos.

Pedro no tuvo otro remedio que aguantarse, porque con una mano sola no podía defenderse contra las dos de José. Y así, como si fueran dos hermanos cariñosos, se cogieron del brazo, y lentamente se fueron hacia la ciudad más próxima. Llegado que hubieron a ella, tuvieron que dejarse cortar el uno la mano y el otro el pie de oro, operación que les dolió mucho; y luego vendieron este oro y el del frasco y la botella por una buena cantidad a un joyero. Con este dinero, Pedro pudo comprar el condado; pero, como le faltaba la mano derecha, no le era posible ir de caza. José se hizo regidor; mas, como estaba cojo, no podía ir a la cabeza de las procesiones. Ninguno de ellos volvió a acordarse de su madre.

El unicornio

Y volvamos al pobre Juan, a quien dejamos en el río sin conocimiento, y muerto al creer de sus hermanos.

No estaba muerto Juan, a pesar de las graves heridas que había recibido. Se desmayó con el dolor, y su cuerpo fue llevado así por un remolino del río a la arenosa orilla. El fresco de la noche le hizo tornar a sus sentidos, y entonces pudo arrastrarse hasta la tierra seca, donde estuvo varias horas medio aturdido,



sin darse cuenta exacta de lo que le había pasado. Cuando recordó con claridad, sintió la más triste desesperación. Todos los trabajos que había pasado para poseer el agua dorada habían sido inútiles, y ya no podía ir por más, según le había dicho el unicornio. ¡No había esperanza de curar a su madre! Y además le producía un amargo desconsuelo la villana acción de sus hermanos. Entonces hizo memoria de la bolita de cristal y, sacándola del bolsillo, la puso encima de una piedra y le dio un fuerte golpe con otra. Sonó un estampido como el de un cañón, y en el mismo instante se presentó el unicornio.

—Ya te advertí lo que iba a ocurrir—dijo éste a Juan—. ¡Cuánto mejor hubiera sido dejar a tus hermanos en el árbol! Bueno, veamos qué puedo hacer por ti. Ante todo, frótate la herida de la cabeza con esa hoja de bardana que estás tocando con la mano derecha.

Juan obedeció, y en el acto se encontró tan sano y tan bueno como siempre.

—Ahora—continuó el unicornio—ve al momento a buscar a tu madre, llévala a la ciudad de las torres blancas, y espérame allí.

—¿Cómo será posible lo que dice usted?—repuso Juan con las lágrimas en los ojos— Mi madre está tan enferma que no podrá andar, y yo he perdido el agua dorada, con la cual pensaba devolverle la salud.

El unicornio

—¿No te guardaste tú un poco de arena y unas cuantas piedras de oro cuando fuiste a la fuente? Pues con ellas tendrás sobrado para todos los gastos. Conque haz lo que te digo.

Y desapareció.

Juan, muy contento, siguió el camino interrumpido y llegó al fin de su viaje sin otro contratiempo. El oro que llevaba en los bolsillos no sólo le bastó para comprar cuanto necesitaba su madre para curarse, sino que además le permitió recompensar debidamente al tío Bartolo por sus bondades. Y cuando su madre estuvo en condiciones de viajar, Juan alquiló un carrito y, en cómodas jornadas se fueron a la ciudad de las torres blancas

Por aquel entonces la ciudad de las torres blancas era el lugar adonde iban todos los que deseaban hacer fortuna. La princesa de la ciudad era la más bella princesa del mundo y la más rica, y había declarado que se casaría con el hombre, rey o mendigo, que acertase por la mañana lo que ella había soñado por la noche. Todos los pretendientes sabían de antemano que si salían mal de la prueba, es decir, si no acertaba el sueño de la princesa, perdían su fortuna, eran azotados por las calles hasta la puerta de la ciudad y desterrados de ella, bajo pena de muerte si volvían. Cuando el pretendiente era pobre y, por lo tanto, no tenía fortuna que perder, se le daba do-

ble tanda de azotes y se le vendía como esclavo. Aunque la prueba era dura, constantemente se presentaban pretendientes, y uno tras otro sufrían el castigo; mas, a pesar de todo, siempre había muchos esperando vez para someterse a la prueba. Entre ellos estaban el conde Pedro y el regidor José. Los dos se encontraban con frecuencia en las calles de la ciudad, pero no habían olvidado sus riñas, y siempre que se veían miraban a otro lado para no saludarse. Tanto Pedro como José se habían hecho odiosos a todas las personas con quienes trataban: Pedro, por su tiranía; José, por su injusticia. El uno exprimía materialmente a sus colonos para robarles hasta el último céntimo, y el otro regulaba sus sentencias como juez según la importancia de la suma que le ofrecían los litigantes. Todos los que les conocían deseaban ardientemente que no acertaran los sueños de la princesa, para que pagasen la pena correspondiente.

Juan y su madre llegaron a la ciudad de las torres blancas la víspera del día en que Pedro iba a probar fortuna, y por todas partes se hablaba del detestable «conde manco», que así le llamaba la gente; pero ni Juan ni su madre podían figurarse que el «conde manco» era Pedro, y cuando, al día siguiente, fueron a la espaciosa plaza donde se agolpaba la multitud para presenciar la prueba, se quedaron profundamente

El unicornio



sorprendidos al ver llegar a Pedro, vestido con lujosa ropa, y subir al estrado donde estaba la princesa con sus damas y cortesanos.

Pedro creía seguro su triunfo. En una casucha próxima a su castillo vivía una vieja de quien decían que era bruja, y Pedro había mandado que la cogiesen y la sometiesen a las más crueles torturas para obligarla a decir lo que iba a soñar la princesa la noche de la víspera del día fijado para someterse él a la prueba. La pobre vieja, para verse libre de sus angustias, dijo varios disparates, que Pedro, en su estupidez, tomó por la contestación exigida. Y se sonreía, confiado, al saludar ceremoniosamente a la princesa y al aguardar su pregunta.

Con voz clara y argentina, cuyo acento aceleró los latidos del corazón de Juan, sin saber el porqué, la princesa preguntó a Pedro:

—Señor conde, ¿qué he soñado esta noche?

—Vuestra Alteza ha soñado que la luna descendía a la tierra y besaba a Vuestra Alteza—respondió «el manco».

La princesa movió ligeramente la cabeza, y, en un abrir y cerrar de ojos, Pedro se vio cogido entre los individuos de la guardia, que le rasgaron por la espalda el traje hasta dejar la carne al descubierto y le ataron las manos atrás. Al primer latigazo gritó pidiendo misericordia; pero la princesa se había retirado ya, y los soldados encargados del vapuleo no se mostraban muy inclinados a ser misericordiosos con el «conde manco». Le sacudían de lo lindo, lle-

vándole por las calles hasta la gran puerta de la ciudad, donde, después de descargarle el postrer charrón de golpes, le soltaron, advirtiéndole que no volviera a poner allí los pies, y que se las buscara como pudiera por el mundo.

Entre todos los que presenciaron la escena, ninguno estaba tan regocijado como José. Iba cojeando tras su desgraciado hermano, todo lo cerca que le permitía la guardia, y no dejó un punto de burlarse de él en todo el camino, pues aunque José andaba con muletas, le era fácil seguir a los soldados, porque éstos tenían buen cuidado de andar despacio para tener más tiempo de azotar a Pedro, el cual, además de los golpes, tenía que soportar la mofa de su hermano y escuchar de su boca frases como éstas: «¿Quién había de decir que Pedro el carbonero sería dueño de la princesa? ¿Se acordará vuestra alteza de su pobre hermano el regidor? ¿Quién fue el que perdió el agua dorada?» Y otras cuchufletas por el estilo.

Juan, en cambio, desde que vio preparar a su hermano Pedro para los azotes, olvidó todas sus maldades y trató de auxiliarle. Quiso sobornar a los soldados para que le pegasen poco, y como no lo consiguiera, se fue corriendo a la puerta de la ciudad para esperar a su hermano fuera de las murallas y consolarle después del castigo. Encontró a Pedro, como

Cuentos de Calleja

era lógico, dadas las circunstancias, más agrio y malhumorado que nunca. Pedro, al ver vivo y sano a Juan, a quien creía muerto, se quedó un instante suspenso; pero en seguida volvió a blasfemar, palpándose al mismo tiempo su sangrienta espalda. Juan le



dio todo el dinero que pudo, y Pedro lo tomó y se alejó sin darle siquiera las gracias.

El día siguiente era el señalado para que José se sometiese a la prueba del sueño de la princesa. Estaba José tan seguro del éxito, como lo había estado Pedro el día antes. Cierta nigromante de la

El unicornio

ciudad donde él era regidor había sido parte de un pleito cuya sentencia dependía de José. Todos los testimonios y todas las pruebas eran contrarias al nigromante; pero éste prometió a José decirle, con la virtud de su arte, el verdadero secreto del sueño de la princesa, y José tragó el anzuelo y dio en favor del nigromante una sentencia injusta. Y para que el nigromante no le dejase plantado, no le perdió de vista hasta el día de la prueba, y al amanecer le hizo venir a su presencia, y le preguntó lo que debía contestar a la princesa, a lo cual respondió el nigromante:

—La princesa soñó anoche esto.

Y le dijo el sueño. Y luego:

—¿Me deja ya usía en libertad?

Al oír el secreto del sueño, José quiso saltar de alegría, sin acordarse de que le faltaba un pie, y dio una buena costalada. Pero sin hacer caso del golpe-tazo, dio permiso al nigromante para que se marchase, cosa que hizo el hombre naturalmente y con toda la presteza posible.

Era tal la impaciencia de José, que mucho antes de llegar la princesa estaba ya en su sitio ante el trono, y sin aguardar casi a que ésta le hiciese la pregunta, dijo precipitadamente:

—Vuestra Alteza ha soñado esta noche que se paseaba por el jardín, y que todos los árboles y todas las plantas tenían las hojas de oro y plata.

La princesa movió negativamente la cabeza.

Y José tuvo que sufrir el mismo castigo que Pedro, sin que nadie le compadeciese. Como su hermano, fue llevado entre azotes hasta la puerta de la ciudad, pidiendo en sus alaridos que le trajesen al nigromante. Juan le salió al encuentro, fuera de las murallas, y trató de consolarle, como había tratado de consolar a Pedro, pero obtuvo el mismo resultado. Y José se alejó a largas renquetadas, maldiciendo y llorando.

Al volver Juan a la posada donde se hospedaba con su madre, le dijeron que estaba esperándole un forastero, el cual resultó ser el mismo cazador que le había entregado la pelotilla de pan convertida más tarde en bola de cristal.

—Juan—dijo el cazador en cuanto vio al joven—, me envía el unicornio. Ahora te toca a ti someterte a la prueba para conquistar a la princesa.

Juan se puso pálido sólo de pensarlo.

—Daría mi vida por casarme con ella—dijo muy preocupado—; pero seguramente fracasaría; y ¿qué sería entonces de mi madre? Como no pueden confiscarme nada, porque carezco de bienes, me venderán como esclavo.

—¡No hables de fracaso!—repuso el cazador alegremente—El camino del triunfo consiste en olvidar que existe siquiera la palabra fracaso. Voy a exponerte mi plan. Tú sabrás, o quizás no lo sepas, que

El unicornio

la princesa es muy aficionada a los animalitos de especie curiosa. Yo te volveré ratón blanco con una uña de oro, y te ofreceré en venta a la princesa. Entonces culpa tuya será si no sale todo a pedir de boca. Bastará para triunfar que aguces el oído y tengas ingenio. Ahora, lo primero que hay que hacer es anunciarte para la prueba de mañana.



Cuentos de Calleja

Juan deseaba ardientemente probar su suerte con la princesa; y como el plan propuesto por el cazador parecía muy bueno y no podía idear otro mejor, se decidió a ensayarlo, resolviendo, sin embargo, no decir nada del asunto a su madre, para que no se aterrara al pensar en el fracaso.

Lo primero que tenía que hacer, según había dicho el cazador, era presentarse a la princesa como candidato a su mano, y así lo hizo. Encontró a la princesa sentada en el trono, rodeada de las damas y señores de su corte, resplandeciente de joyas y magníficamente ataviada. Juan sintió cierta timidez al entrar en el espléndido salón y verse con sus ropas tan viejas y deterioradas entre aquellos personajes pomposamente vestidos; pero hizo de tripas corazón, como suele decirse, y cuando se detuvo ante el trono y contempló los ojos de la princesa, se desvaneció su timidez. Sólo sentía una enérgica resolución de conquistar a la princesa o perecer en el intento. El ujier de la Corte anunció su nombre y su propósito, con voz campanuda:

—Este es Juan el carbonero, que se ha comprometido a acertar mañana por la mañana el sueño que haya tenido la princesa, o pagar la pena señalada.

Cuando la princesa miró al joven y se fijó en lo guapo y simpático que era, trató de persuadirle para que abandonase su propósito. Le hizo notar cuántos

El unicornio



pretendientes lo habían intentado, fracasando, y cuán pocas probabilidades tenía de salir triunfante. Le daba mucha lástima, añadió la princesa, sólo pen-

sar que se viese azotado públicamente y vendido como esclavo. Le ofreció, si se retiraba, el importante cargo de administrador general del jardín zoológico; pero ni este ofrecimiento ni los ruegos de la princesa conmovieron a Juan.

—Ahora que he visto de cerca a Vuestra Alteza— dijo—, estoy dispuesto a morir veinte veces antes que abandonar la empresa.

La princesa no tuvo más remedio que permitir que se apuntase el nombre de Juan para la prueba del día siguiente, aunque se entristeció mucho. Su corazón le decía que aquel pretendiente era el que más le había gustado hasta entonces, y deseaba vivamente que triunfase; pero al mismo tiempo comprendía que su fin sería igual que el de los otros. Por esta causa, cuando se terminó la ceremonia y se hubo retirado Juan, la princesa despidió a sus cortesanos y se encerró en sus habitaciones, diciendo que no quería recibir a nadie en todo el día.

En cuanto Juan estuvo de vuelta en la posada, el cazador cogió un vaso de agua, murmuró sobre él unas palabras y roció al muchacho con el líquido. El joven sintió que se operaba en él un curioso cambio; y antes de que pudiera hallar la explicación, se encontró convertido en ratón blanco con una uña de oro.

El cazador lo metió en una jaula y lo llevó a pa-

lacio para vendérselo a la princesa. Cuando llegó, el portero le impidió la entrada, diciendo:

—La princesa ha dicho que no quiere ver hoy a nadie, y no voy a exponerme a perder mi destino por no cumplir sus órdenes.

Pero unas cuantas palabras persuasivas y una buena propina bastaron para que el portero se ablandase y llamara a una dama de la princesa, la cual, al ver el ratón blanco con la uña de oro, dijo que estaba segura de que a su señora le encantaría un animalito tan mono y tan curioso y perdonaría en el acto la falta de cumplimiento de sus órdenes. Pero el cazador debía quedarse en la portería. Ella misma enseñaría el ratoncillo blanco a la princesa. El cazador accedió, y el final de todo fue que la princesa envió una buena cantidad de dinero en pago del ratón, y que Juan se encontró en palacio como nuevo favorito.

Tan contenta estaba la princesa con el ratoncito, que, cuando se acostó, lo puso en un armario de la alcoba, dejando entreabierta la puerta, porque el animalito estaba tan bien domesticado, que no había miedo de que se escapase.

Juan estaba pensando cómo podría averiguar el sueño de su ama en aquella situación, cuando se despertó la princesa riéndose, y llamó a su doncella.

—¡Qué sueño tan curioso he tenido!—exclamó al llegar la dama—He soñado que me había casado

La princesa cautiva



El unicornio

con un hombre que tenía el extremo **de un** dedo meñique de oro. Se conoce que me lo ha sugerido el recuerdo del ratoncito blanco con la uña de oro. Pero—la voz de la princesa se tornó triste—, ¿Cómo va a acertar mañana mi sueño ese pobre joven?

Juan aguardó impaciente a que todo volviera a quedar en silencio, se escabulló del armario y, como encontrase cerrada la puerta de la alcoba, escaló la cortina de la ventana, que, por fortuna, estaba abierta, descendió por un rosal trepador que había en la pared, y se dirigió a la posada. Allí estaba esperándole el cazador, a quien dijo cuanto había ocurrido, y que en pocos segundos le volvió a su forma y estado naturales.

Al día siguiente se reunió una enorme muchedumbre para ver la prueba. La princesa estaba muy pálida y muy triste cuando ocupó su sitio y se dispuso a formular la pregunta de costumbre. Juan aguardó respetuosamente hasta que hubo concluido de hablar y entonces, sin decir una palabra, la mostró la mano.

La mirada de la princesa se fijó en el dorado extremo del dedo meñique del pretendiente, lanzó una exclamación de alegría y, cogiendo aquella mano entre las suyas, se volvió hacia el público, diciendo:

—¡Juan ha acertado, y será mi esposo!

La muchedumbre prorrumpió en alegres exclamaciones.

—¡Viva el príncipe Juan!—gritaron millares de voces.

—¡Oh!—exclamó la princesa dirigiéndose a su prometido—¡Cuánto me gustaría que estuviera aquí mi hermano, para que participase de nuestra felicidad!

—¡Aquí está!—dijo en aquel momento el cazador, que se había abierto camino hasta la plataforma y, quitándose su disfraz de cazador, apareció vestido de príncipe. Luego se volvió hacia Juan, añadiendo:

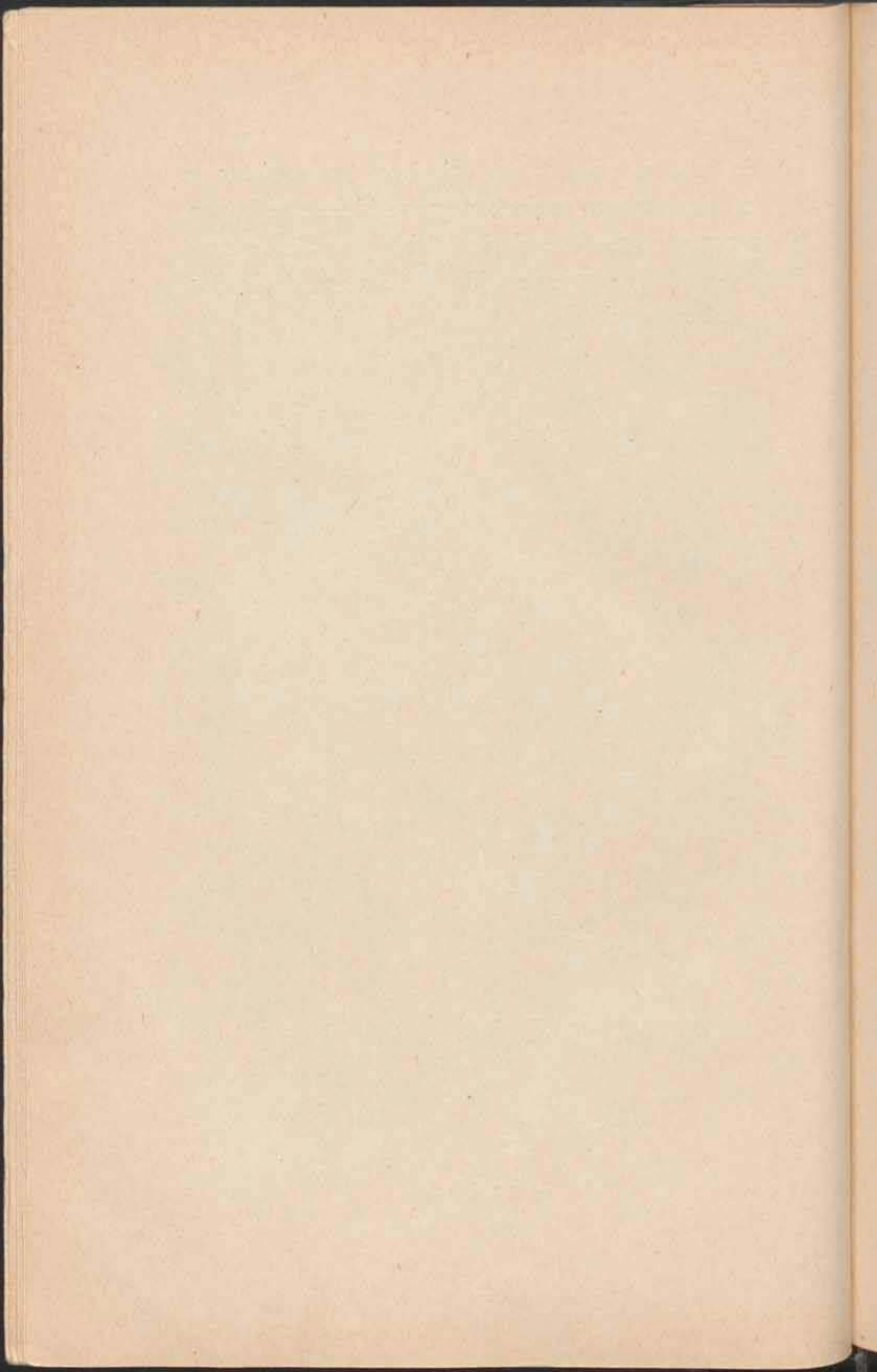
—Un mago muy poderoso, enemigo de nuestra familia por no querer darle a mi hermana por esposa, me condenó a tomar la forma de unicornio y a guardar el agua dorada. Dos veces al año, y sólo durante quince días cada vez, me estaba permitido recobrar mi forma humana. En una de estas ocasiones fui a tu choza del bosque y te di la contraseña que había de permitirte llegar a la fuente. El hechizo que pesaba sobre mí no podía romperse hasta que hubiera alguien que acertase un sueño de mi hermana y la tomase por esposa. Gracias a ti, hermano querido, se ha acabado el poder del mago.

Juan y la princesa se casaron, y después de la ceremonia el príncipe se marchó a su principado. A la madre de Juan se le asignaron unas cuantas habitaciones en palacio, y el tío Bartolo no fue olvidado, pues le dieron lo necesario para que viviese a sus anchas, y todos fueron muy felices.

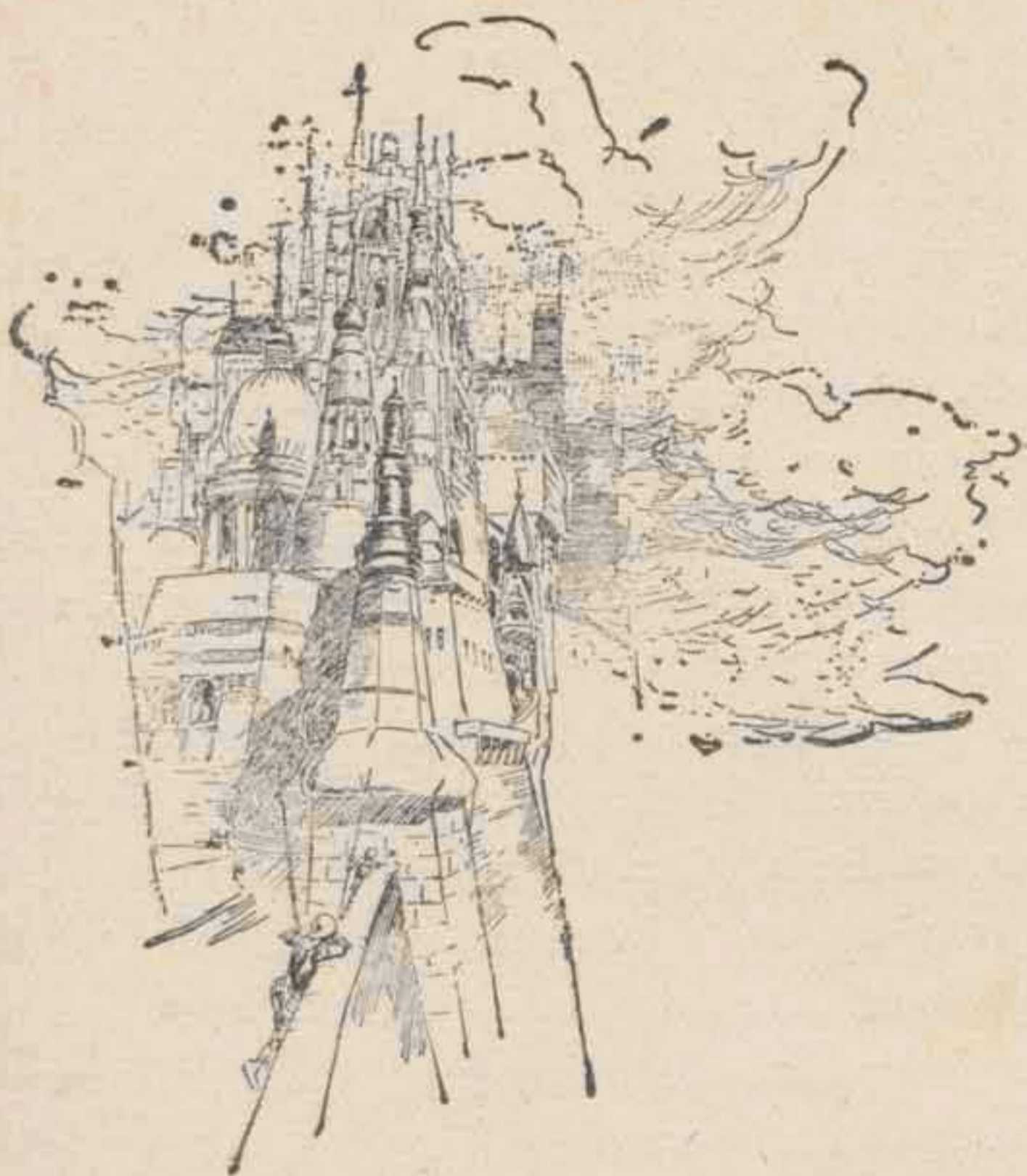
El unicornio

En cuanto a Pedro y José, eran tan egoístas y tan crueles, que no merecían que se hiciese nada por ellos, como no fuese enviarlos al bosque a hacer carbón; y, según tengo entendido, allí siguen dedicados a tan mísero oficio.





LA PRINCESA CAUTIVA



EN el remoto país de Bombalu reinaba hace mucho tiempo una reina perversa y cruel, cuyos infortunados súbditos llevaban años y años lamentándose a diario de su tiránico gobierno. Construyóse en un monte muy alto que dominaba la ciudad un magnífico palacio, cuyas torrecillas llegaban hasta

las nubes. Tiempo atrás, cuando tenía allí su corte el buen rey Barbacana, el país había vivido contento y en paz, y lo mismo en el palacio que en la más humilde casita reinaron la satisfacción y la alegría. Pero la desgracia se cernió sobre el buen rey. Murió su bella y joven esposa, dejándole una tierna niñita, y fue atacado el país por la reina Gris y sus feroces caballeros; y aun cuando las tropas del rey Barbacana lucharon larga y denodadamente, fueron vencidas, y el monarca murió asesinado.

Lo primero que hizo la reina Gris en cuanto se hubo apoderado del trono, fue ordenar la muerte de la princesa Perla, hijita del rey Barbacana; pero los augures y magos de la corte la advirtieron que, si la niña moría, se volvería contra ella la suerte, y ni aun los poderes del mismo diablo podrían librarla del castigo de sus crímenes. Así, pues, la princesita fue llevada al corazón de un gran bosque, donde la dejaron al cuidado de una bruja vieja y fea. Esta bruja era una persona extraordinaria, a quien sólo se consultaba en ocasiones muy especiales, con gran ceremonia. Vivía en un amplio claro del bosque, cercado de una alta tapia de color gris oscuro, que había construido la propia bruja. La tapia era gruesa, y muy suave y caliente, porque estaba viva. En el interior del recinto, y entre un jardín de hierbas y flores curiosas, estaba la casita. La bruja podía hacer

La princesa cautiva

que el tiempo fuera a su gusto, de modo que al levantarse la gente del país aquel por la mañana no sabía nadie si iba a ser verano o invierno; si la bruja estaba de mal humor, podía haber la seguridad de que el suelo tendría un palmo de nieve y el ambiente estaría trastornado por un viento fuerte y frío.

Allí fue llevada la princesa Perla, que año tras año fue creciendo hasta hacerse una doncella encantadora. De facciones exquisitamente formadas, sus ojos eran grandes y dulces, de color azul obscuro, y su cabello le caía como en ondas relucientes hasta la cintura. Sabía que era princesa, pero no se quejaba cuando la obligaba la bruja a emplearse en servicios bajos.

—No tendrá nunca poder ya sobre mi espíritu— se decía Perla—. Yo seguiré siendo siempre princesa, y mi corazón será siempre bueno y noble, aun cuando mis manos tengan que ejecutar trabajos tan viles.

Pero la princesita estaba muy triste, y su bellísimo rostro tenía una expresión tal que hubiera impresionado el corazón de cualquiera que no fuese aquella bruja horrible.

Una vez que la bruja tenía muy mal humor, Perla le rogó, con lágrimas en los ojos, que le dijera qué le pasaba.

—¡Lo que ocurre es—le respondió la bruja—que

me gustaría comerme tu corazón! ¡Ten cuidado, no sea que te lo arranque algún día!

Y al decir esto, tiró un bocado al aire, haciendo sonar sus largos dientes amarillos junto al rostro de Perla; ésta se puso en pie, muy pálida, y le dijo con altivez:

—Dime cuanto quieras; soy hija de rey y, aunque me mates, no me amedrentarás.

—¡Anda, mala mujercilla!—gruñó la bruja— Guísame en seguida un poco de carne, y procura que tenga la salsa muchas cucarachas, todas las que puedas coger en la cocina.

Preguntaréis tal vez extrañados por qué no procuraba escaparse Perla de aquel suplicio. Era inútil. Nadie podría franquear la terrible tapia viviente que rodeaba la casa de la bruja. No había más salida que la boca de la tapia, que sólo se abría cuando la propia bruja se lo mandaba. Pero la liberación estaba más próxima de lo que Perla se figuraba.

Una hermosa mañana de verano recorría un joven las largas y murmuradoras avenidas de árboles del bosque, en las cuales entraba el sol cernido finamente por las hojas, cuando, de pronto, se extendió ante él una leve nubecilla de color de rosa, y encima, ligeramente posada como uno de esos vilanos que lleva el viento, apareció la criatura más linda que podáis imaginaros. Pequeña como una niña, tenía las for-



mas y la belleza de una mujer, y era como una estatuilla encantadoramente modelada y dotada de vida; pero tan frágil, que un soplo podía destruirla.

Florián, que éste era el nombre del joven, se quedó inmóvil de asombro al ver aquella maravilla, que le habló con acentos que parecían llenar el aire de una débil y deliciosa música.

—Hermoso Florián—díjole—, veo que estás sorprendido, y no me extraña, porque son muy pocos los que pueden ver mi rostro. Soy el hada Eco.

—Pues yo soy el hijo menor del rey Cosmogonia—repuso Florián—, y recorro el mundo buscando mi fortuna.

—Si deseas aventuras, no sigas adelante—dijo el hada Eco—. Aquí en el bosque encontrarás una capaz de satisfacer el más aventurero.

—Te ruego que me digas el significado de tus palabras—dijo Florián.

—Mira; una perversa bruja tiene por aquí prisionera a la princesa más bella del mundo. Lleva mucho tiempo en cautiverio, y sólo puede libertarla un hombre verdaderamente valeroso. Si no me equivoco—continuó—, tengo ante mí uno que posee esa condición.

—No sé—repuso el príncipe—si debo consentir que me califiques de valiente; pero te digo que estoy dispuesto a hacer todo cuanto pueda hacer un hombre por libertar a la princesa.

—Perfectamente—dijo el hada—. Pues yo te prestaré la ayuda que me sea posible; pero te advierto que

La princesa cautiva

no es fácil empresa ésta que vas a acometer. En primer lugar, tienes que saltar una tapia que rodea la casa de la bruja, y que es completamente lisa, muy alta y sin la más pequeña grieta que pueda servirte de apoyo.

Florián oyó entonces un ligero sonido metálico a sus pies, miró al suelo, y vio unos pinchos largos y unos ganchos de hierro.

—Esos pinchos tienes que atártelos a los pies, y los ganchos te ayudarán a trepar—siguió el hada—; pero la bruja tiene el oído fino, se enterará en seguida de que hay quien intenta saltar la tapia, y apenas asomes la cabeza en lo alto, mandará sus cuervos para que te salten los ojos. Toma esta joya y, mientras la conserves en el bolsillo, serás completamente invisible. Luego baja al jardín y, cuando la bruja esté de espaldas a ti, te echas resueltamente sobre ella y le cortas la cabeza con esta espada.

—¡No!—exclamó Florián... ¡Yo no soy capaz de matar a una mujer!

—Esa no es una mujer—dijo el hada—. No es más que una vil hechicera, indigna de vivir. Haz lo que te digo, y todo saldrá bien.

Mientras hablaba el hada así, volvió a sonar la música, la brillante nube se fue desvaneciendo poco a poco, y con dulce y armonioso suspiro el hada desapareció de la vista de Florián.

Cuentos de Calleja

Permaneció el joven unos instantes como deslumbrado, escuchando los murmullos de la selva, y luego cogió la espada, la colgó de su cintura, colocó los



pinchos y los ganchos en su bolso de viaje, y se guardó la joya en el bolsillo.

—¿Seré ahora invisible?—pensó; y echó a andar resueltamente.

Oyó luego un arrullo en un árbol, y al alzar los

La princesa cautiva

ojos, vio una paloma blanca, que apenas notó que había sido descubierta, echó a volar delante del joven como para enseñarle el camino.

—Como el hada no me ha dicho dónde vive la princesa—dijo para sí el príncipe—, seguiré a esta paloma, y quizás ella me lleve a la casa de la bruja.

Cada vez se internaba más en la sombra del bosque, oyendo siempre delante de él el dulce arrullo de la paloma, hasta que al fin ésta se detuvo ante la alta tapia brillante tras la cual se hallaba Perla prisionera. Tocó la tapia con la mano, y notó que estaba muy caliente. Alzó la cabeza, y vio que el muro parecía llegar hasta las nubes. Entonces sacó la espada, y clavó la punta en la tapia, la cual se encogió y se estremeció, llenando el aire de quejidos sordos y extraños. Sin miedo, el príncipe se puso los pinchos en los pies, y empuñando los agudos ganchos, empezó a trepar. La bruja, que estaba en su casa, oyó los quejidos de la tapia, y comprendió que alguien andaba por fuera.

—¡Que pateen cuanto quieran!—dijo—. ¡No podrán entrar, y unas patadas más o menos no hacen daño a mi tapia!

¶ Pero los quejidos y las lamentaciones se hacían tan tristes, que la bruja concluyó por salir al jardín a ver qué sucedía.

Cuentos de Calleja

—Si hay quien quiera entrar—murmuró—, que entre. ¡Ya le diré yo!

Y diciendo esto, sopló al aire, e inmediatamente se desencadenó una violenta tempestad. El viento rugía a través de la selva, y llovía como un diluvio. Pero los quejidos de la tapia continuaban.

—Nunca ha sido así mi tapia—dijo la bruja—. Voy a ver qué sucede.

Y al mirar de cerca la tapia, vio que tenía grandes pinchazos, de los cuales brotaba un líquido oscuro. Eran los agujeros hechos por los pinchos de Florián; pero como éste era invisible, la bruja no veía más que las heridas de la tapia. Al poco rato cesaron los quejidos, porque Florián había llegado al suelo por la parte de dentro. La bruja olfateó el aire. Florián pensó que jamás había visto un ser más espantoso, y no le pesó tener que cortarle la cabeza.

—¡Ay!—dijo la bruja—, ¡qué olor tan raro! ¡Casi estoy por decir que hay un hombre en mi jardín! ¡Cuánto me gustaría coger a uno para comérmelo hoy! ¡Ven, Perla!—gritó.

Perla salió despacio y de mala gana, y Florián se quedó admirado de su belleza y deseando ya decirle que había venido a salvarla. La bruja cogió a Perla por un hombro.

—¿Hueles algo, maldita?—gritó.

—Sólo huelo—contestó Perla—las plantas y las flores.

La princesa cautiva

Florián se sentó en un banco del jardín, y en cuanto le volvió la espalda la bruja, sacó del bolsillo la joya y la dejó a un lado. Perla le vio al momento, y lanzó un agudo grito. El príncipe se apresuró a guardarse la joya.

—¿Qué te pasa, condenada chiquilla?—le preguntó la bruja—¡Si vuelves a asustarme, te sacaré los ojos para comérmelos asados!

La bruja notó que Perla miraba con asombro en dirección al banco donde estaba sentado Florián, y se dirigió a él extendiendo sus largas manos, semejantes a garras. Florián se levantó rápidamente para librarse de la acometida y, con la precipitación, se le cayó la joya del bolsillo. Entonces la bruja, echando fuego por los ojos, corrió hacia él. Fue algo espantoso; persiguiendo a Florián corría por el jardín y entraba y salía en la casa lanzando espantosos gritos, mientras que la princesa presenciaba todo entre admirada y horrorizada, hasta que por último, en el momento que la bruja hacía un supremo esfuerzo para alcanzar a Florián, éste se retiró para dejarla pasar, y con un certero tajo de su mágica espada le cortó la terrible cabeza. Retumbó un trueno terrorífico. y en un momento quedó todo sumido en tinieblas. Florián sintió que perdía el conocimiento. Avanzó, tambaleándose, unos pasos, y cayó al suelo sin sentido. Cuando volvió en sí, se encontró en una dilatada y verde

pradera. Lucía el sol, los pájaros cantaban, y la cabeza de Florián descansaba en el regazo de la joven más encantadora que había visto en su vida: la hermosa Perla.

—¿Dónde estamos? ¿Y la casa de la bruja? ¿Cómo hemos venido aquí?—preguntó Florián.

—No lo sé—respondió la princesa—. No recuerdo nada de lo que pasó después que cortaste la cabeza a la bruja; pero creo que estamos libres.

—De eso estoy seguro—dijo Florián—. Pero ¿qué hacemos ahora, hermosa joven?

—¡Qué sé yo!—respondió Perla—. Ignoro la distancia que hay de aquí al reino de mi padre; y si vamos allí, temo que no me reconozcan al cabo de los años que han pasado.

—Nada te importe—dijo Florián—. Yo te protegeré. Iremos a mi país y te pondré bajo el cuidado de mi padre.

Mientras hablaban de esta suerte, llegó revoloteando la paloma blanca que había guiado a Florián por el bosque y, con gran contento de Perla, se posó en el hombro del príncipe.

—¡Oh, qué paloma más bonita!—exclamó— ¡De seguro que nos trae buena suerte!

—Sí—repuso Florián—: es amiga mía. La seguiremos adonde nos lleve, y seguramente no iremos mal.

El ave extendió sus niveas alas y emprendió el

La princesa cautiva

vuelo, seguida por los jóvenes, hasta que llegaron todos a la linde del bosque. Desde allí vieron una blanca ciudad que se extendía en la vasta llanura, de alegre sol.



—Es la ciudad de mi padre—dijo Perla—, y su castillo es aquel que hay en la cima de aquella alta montaña.

No sin extrañeza, siguieron a la paloma por el llano y entraron por la puerta principal de la ciudad, en cuyas calles había mucha gente con cara triste y disgustada. Perla y Florián llamaban la atención de todos por su juventud y por su radiante belleza. Muchos se volvían a mirarlos, y una anciana los detuvo al ver que subían la cuesta que iba al castillo.

—¿Adónde vais, hijos míos?—preguntó.

—Al castillo, señora—respondió Florián—, pues a él parece que nos guía esa paloma blanca.

—¡No vayáis!—repuso la mujer—. La paloma puede ser uno de los perversos mensajeros de la reina, que aborrece la juventud y la belleza, y lo más seguro es que os encierre en una cárcel, o que os haga víctimas de algún espantoso sortilegio.

A pesar de tales advertencias, Perla y Florián continuaron su camino hasta llegar a las puertas del palacio, donde les dio el alto un soldado.

—¿Quiénes sois, y qué queréis?—preguntó.

—Deseamos ver a la reina—respondió Florián.

—Pasad—dijo el soldado riéndose—. ¡Sois los primeros que traen semejante pretensión desde que estoy aquí!

Entraron los jóvenes en la plaza de armas, precedidos de la paloma, y después de subir escaleras magníficas y de recorrer espléndidas galerías de mármol y lujosas cámaras, llegaron al salón donde estaba la

La princesa cautiva



reina con su corte. Damas y caballeros vestían lujosas sedas y magníficos rasos. Todos tenían la cara sombría y siniestra y miraron tiernamente a los jóvenes, cambiando palabras unos con otros; pero nadie los detuvo, y al fin Florián y Perla llegaron ante el trono, en el cual la reina Gris, con traje de corte, deslumbradora de joyas y empuñando el cetro de oro, esperaba. Era una mujer alta, seca, morena, de cejas negras y contraídas.

Al acercarse al trono Florián y Perla, les dirigió una mirada terrible.

—¿Quiénes sois?—preguntó con voz agria.

—Yo soy Florián, el hijo menor del rey de Cosmogonia—dijo el príncipe—, y pido protección para esta joven.

—¿Conque protección?—repitió la reina—¡Ya lo creo que os protegeremos! ¡Aquí mis guardias! ¡Afuera con estos insolentes! ¡Encerradlos en las torres más altas del castillo, y cortadles mañana la cabeza

Al oír tan espantosas palabras, la princesa Perla se arrojó a los pies de la reina.

—¡Señora! ¡Señora! ¡No corte Vuestra Majestad la cabeza a Florián!—exclamó— Yo soy la princesa Perla, hija del rey Barbacana, y él me ha libertado del poder de la horrible bruja del bosque. ¡Máteme a mí si Vuestra Majestad quiere; pero no le haga daño a él!

La princesa cautiva

—¡Ah! ¿Eres la princesa Perla?—gritó la reina—
¡Víbora miserable! ¡Ojalá tuvieras cien cabezas, para
machacártelas! ¡Fuera de aquí! ¡A ver, que levanten
en seguida el patíbulo! ¡Y cuidado con permitir que
se hablen los prisioneros!

Oyendo estas palabras, los soldados de la guardia
real cogieron a Florián y a Perla, los ataron con cuer-
das y se los llevaron a cada uno por una puerta.



—¿Será posible—pensaba Florián—que me haya engañado el hada?

Los guardias le subieron por una angosta escalera de caracol y le encerraron en un cuartucho sucio y frío, en lo más alto de la torre más alta. Florián se sentó en una banqueta, y se puso muy triste al pensar en la princesa Perla.

—¿Por qué habremos seguido a la paloma?—murmuró—¡No debía haberme confiado así, dejánme llevar a un peligro tan grande!

Mientras hablaba solo, con la cabeza baja y lleno de desesperación, entró un rayo de sol en la sombría estancia, y con él la misma trémula música que había escuchado en la selva, al tiempo que una dulce voz parecía musitar:

—¡Sé valiente, y todo acabará bien!

Con esto se animó el corazón de Florián; pero se le hacían muy largas sus horas de soledad. Cuando se entró la noche rezó sus acostumbradas oraciones y se quedó dormido; su sueño fue muy intranquilo y, al alba, le despertó el ruido de la mohosa cerradura de su prisión. Entraron unos soldadotes haciéndole señas de que les siguiese. Florián se sentía débil y cansado; las cuerdas con que estaba atado parecía que le abrían la carne; mas su corazón se mantenía firme.

Lleváronle a la gran plaza de armas del castillo.

La princesa cautiva



Todos los balcones y las ventanas de alrededor estaban llenos de cortesanos y criados, que empezaron a gritar en cuanto apareció Florián, insultándole. En el centro habían levantado un alto patíbulo, y alrededor estaban formadas las tropas, inmóviles, pero con fiera expresión en el rostro. La reina Gris se ha-

llaba sentada en un lujoso mirador, desde donde podían ver todo y dar órdenes.

Sacaron a Perla también por el opuesto lado de la



plaza y reunieron a los condenados al pie del patíbulo.

—¡Quitadles las cuerdas!—gritó la reina.

Y un momento después Florián y Perla se abrazaron sollozando.

La princesa cautiva

Una dama de la corte que estaba detrás de la reina rompió entonces a llorar.

—¿A qué viene ese llanto?—le preguntó la reina.

—¡Señora, son tan jóvenes y tan hermosos!—imploró la dama.

—¡Que se lleven de aquí a esta mujer—ordenó la reina—, y que le corten la cabeza en cuanto hayan acabado con esos miserables jovencuelos!

La pobre dama fue retirada de allí, presa de un desmayo.

Mientras tanto, la princesa y el príncipe, cogidos de la mano, habían subido las gradas del patíbulo.

—¡Perla—murmuró Florián—, valor! Esto acabará en seguida, e iremos juntos hoy mismo a una tierra donde no podrá separarnos nadie.

—No tengo miedo alguno—repuso Perla—. Sólo siento pesar por ti.

Los guardias cogieron a Florián y lo pusieron de rodillas.

Un hombre alto y seco, vestido todo de negro, desenvainó una larga y ancha espada. Perla cerró los ojos, estremeciéndose.

Entonces ocurrió una cosa extraordinaria. Por los aires resonaron voces de oro y plata, entonando cánticos triunfales. Nubes sonrosadas flotaron sobre la plaza de armas. El brazo del verdugo quedó detenido como por arte mágica, y sobre el patíbulo derramóse

[una cascada de flores. La reina Gris se puso de pie, pálida y horriblemente desencajada. Fue a hablar, pero la voz se heló en su garganta. Ante ella estaba,



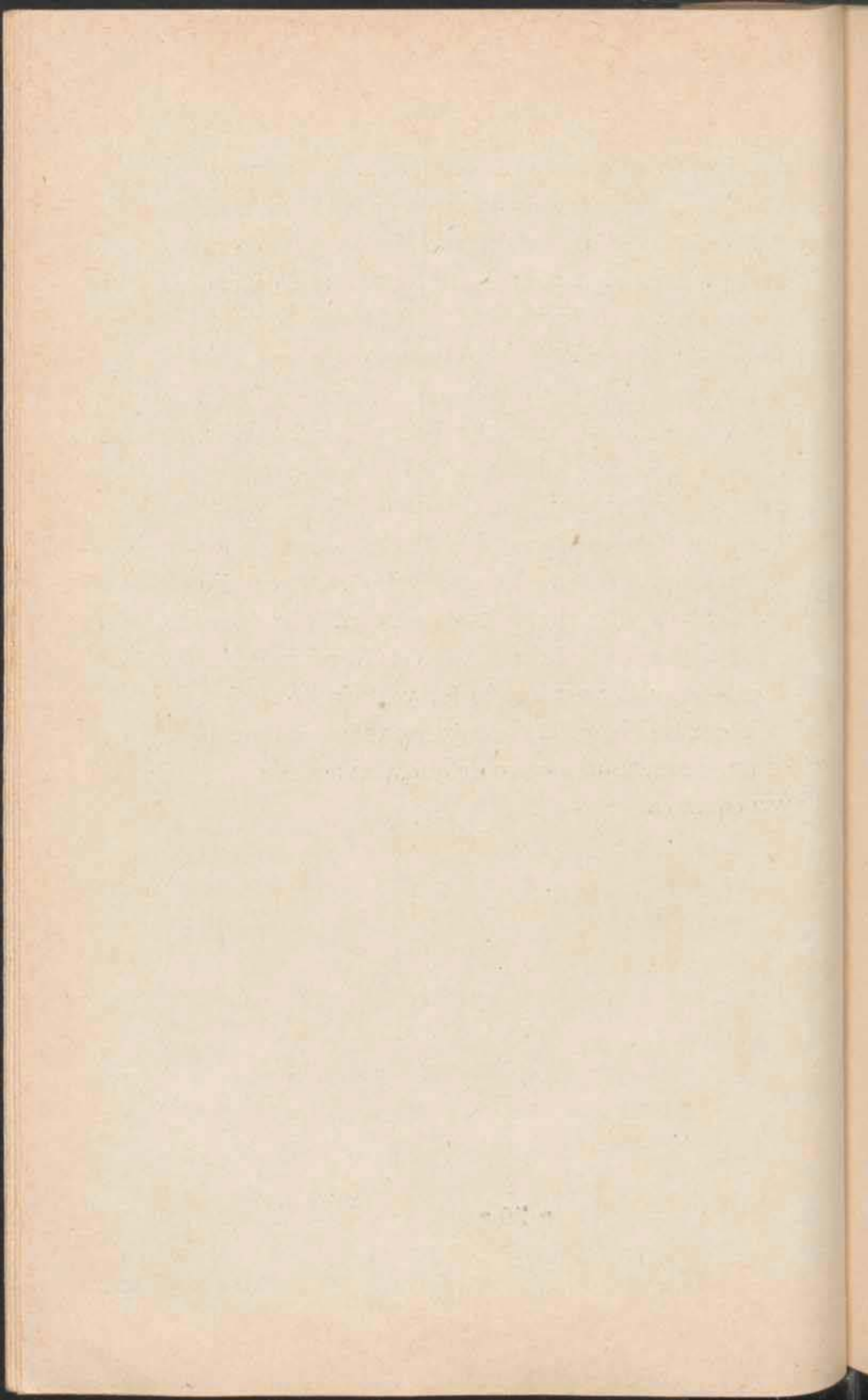
bella y tranquila, el hada Eco, ahora arrogante y espléndida.

—¡Reina perversa y cruel!—le dijo—Porque has abusado de tu poder y has sido un castigo para tu patria, vas a recibir ahora el pago de tus malas ac-

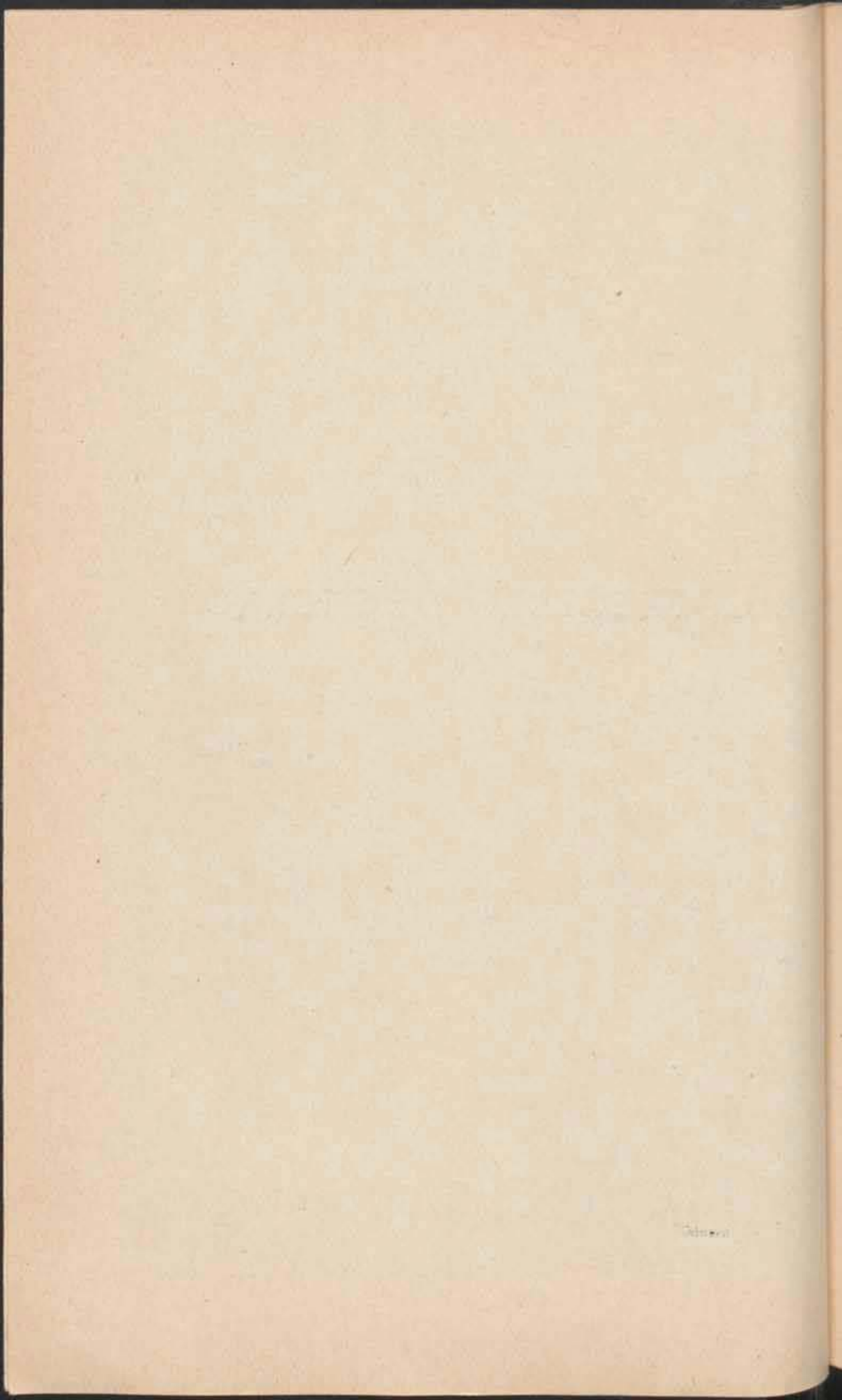
ciones. Desde este instante te quedas sin reino y, privada de razón, andarás errante por la tierra hasta que el corazón se te enternezca. En cuanto a este joven príncipe, cuya vida ibas a cortar tan miserablemente, como se ha mostrado digno de la mano de la heredera legítima de este trono, yo le proclamo aquí rey, y le elijo por esposo de la princesa Perla.

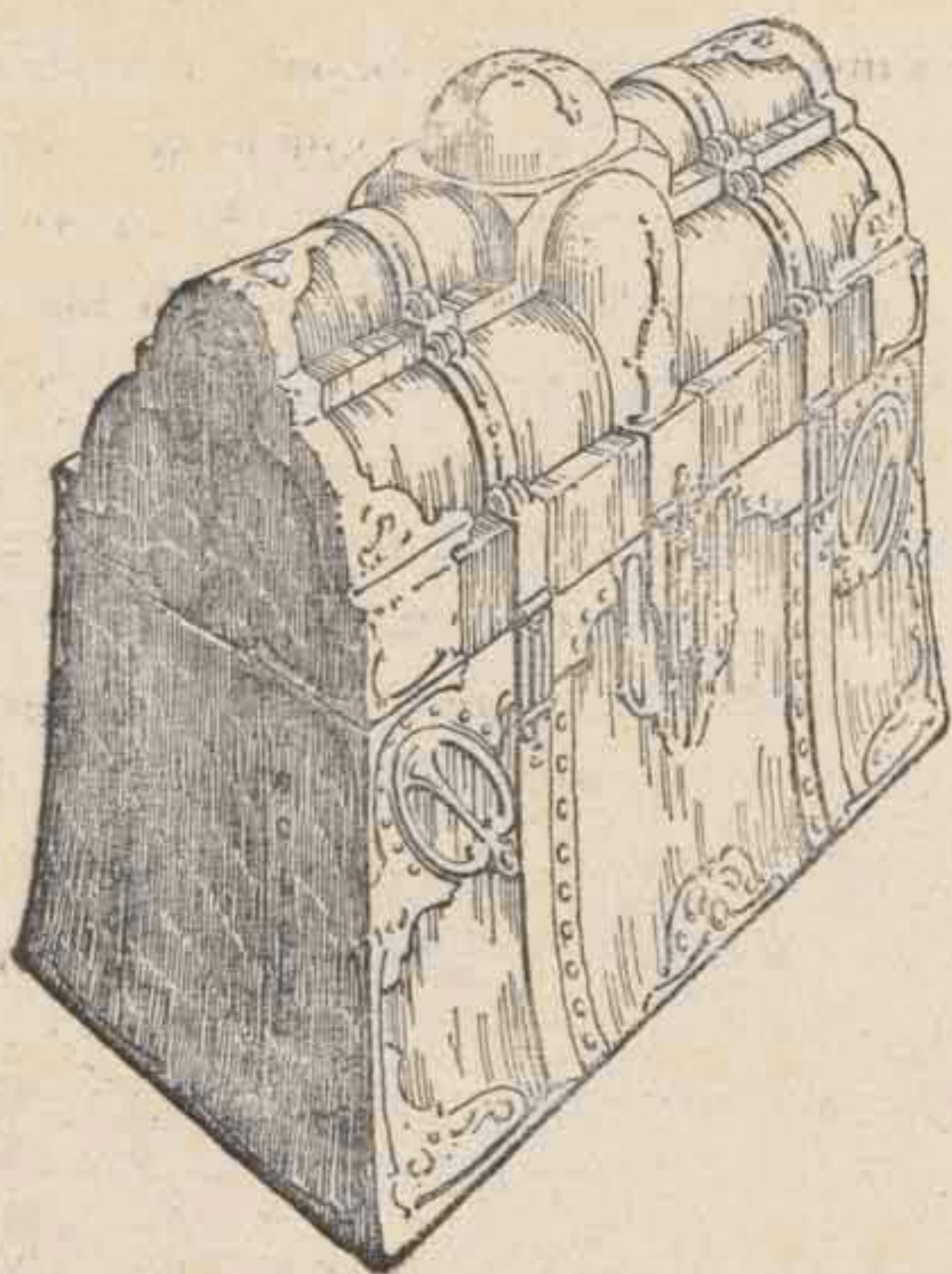
Agitó el hada su varita mágica, y la reina Gris, con rostro de locura, descendió del balcón, atravesó la plaza de armas y salió del castillo, sin que desde entonces se haya vuelto a saber de ella. Parte de los cortesanos siguieron su ejemplo. Hubo gran regocijo en todo el país y las fiestas se sucedieron. Y la dama que había llorado fue la predilecta de la reina Perla.

Florián fue un rey excelente, y Perla una reina feliz. Y como el hada Eco estaba en todo, nadie volvió a tener nunca un motivo de queja en aquella venturosa comarca.



EL COFRECILLO DE HIERRO





VIVÍA en Bagdad, hace muchos años, en la calleja que sale al Puente de Oro, un mercader llamado Kalif, hombre honrado a carta cabal y buen trabajador. De la mañana a la tarde se pasaba el día en su tenducho, y, una vez al año, iba a Musul o a Chiraz, en cuyos puntos mercaba trajes bordados a cambio de su esencia de rosas de Bagdad.

Cuentos de Calleja

Iba en uno de estos viajes cuando, rezagado de su caravana, oyó, no lejos del camino que seguía, el relincho y el piafar de un caballo. Se internó en el bosque, desenvainando el alfanje por si tenía que hárselas con ladrones, y en una praderita cercada de árboles vio un jinete vestido con un a manera de manto de color azul pálido, y tocado con un turbante, que estaba sujeto con un diamante de brillo deslumbrador. El caballo que montaba, árabe de pura sangre, encabritado, lanzando agudos relinchos, cubierto todo de sangre y espuma, trataba en vano de desasirse de las fuertes garras de una pantera que tenía subida en las ancas.

Kalif avanzó resueltamente y de un solo y decidido golpe partió en dos la cabeza a la pantera con el alfanje. Tiró éste, sujetó al caballo, y el jinete pudo echar pie a tierra. Entonces el jinete rogó a Kalif que le siguiera.

—Afanado con la caza—le dijo—me había perdido, y hubiera sido víctima de la pantera si Alá no te hubiese enviado en mi socorro. Te lo agradezco de corazón y recompensaré con largueza tu acción valerosa. Ven. Vamos a buscar a mis compañeros. Mi campamento está detrás de aquel bosque.

—Sólo he hecho—repuso Kalif con sencillez—lo que cualquier otro en mi lugar habría hecho, y no merezco recompensa alguna. Pero si es tu voluntad, te acompañaré a tu tienda.



Sin hablar ya más, el cazador cogió del diestro al caballo y echó a andar con el mercader, hasta que llegaron a un claro del bosque, donde se alzaba una gran tienda de púrpura, a la que rodeaban otras tiendas más pequeñas y sencillas. Una escolta de hombres ricamente vestidos reverenció con respeto a los recién llegados, y Kalif comprendió que el personaje que le debía la vida era el sha de Persia nada menos. Iba a postrarse ante él, pero el monarca se lo impidió y, cogiéndole de las manos, le hizo pasar a la tienda imperial. Había en ella cinco banquetas y encima de cada una un cofrecillo; el primero de oro y piedras preciosas, el segundo de oro liso, el tercero de plata, el cuarto de cobre y el último de hierro.

—Elige uno—le dijo el sha al mercader.

Kalif dudó un punto y repuso luego:

—Mi acción no merece premio alguno: mas, puesto que tú lo quieres, tomaré tu regalo como recuerdo del día en que mis ojos tuvieron la fortuna de verte, Luz del Asia.

Y diciendo así, tomó el cofrecillo de hierro. Quedóse el sha sorprendido de la modestia del mercader y le dijo:

—Amigo, tu humildad ha recibido la recompensa que merece. Los otros cofres están vacíos; éste contiene las joyas que guardan el mágico don de conceder a quien las posee virtudes no soñadas.

Alzó entonces la tapa de la arqueta, y mostró al atónito Kalif dos piedras que guardaba.

—Esta piedra—continuó el sha, tomando una en su mano—es un lapislázuli. Quien la lleve envuelta en los pliegues del turbante sabrá cuanto ha sucedido desde el principio del mundo y no habrá secreto alguno para él. Esta otra—siguió, sacando del cofrecillo un diamante del tamaño de un huevo de paloma—proporciona todas las riquezas que pueda ambicionar su dueño. No hay que hacer más que frotarla y expresar en voz alta el deseo, para verlo satisfecho en el acto.

Volvió a poner las dos piedras en el cofre, lo cerró y se lo entregó al mercader, el cual dio las gracias al sha, guardó su tesoro bajo el vestido y corrió a reunirse con su caravana.

DE regreso de su viaje, contemplaba Kalif cada día el imperial regalo. Una vez que estaba limpiando la tapa del cofre, se fijó en una inscripción que hasta entonces no había visto, y que decía así:

*Alá concederá a sus predilectos
el don precioso que jamás acaba;
ante ellos el Oriente ha de rendirse
mientras de la palmera el dátíl salga.*



El cofrecillo de hierro

Kalif no contó a nadie su aventura de las montañas de Kalaaf, ni se ocupó siquiera de poner a prueba las virtudes de las piedras, porque era hombre modesto y frugal, y además no tenía interés en ser más sabio que sus vecinos. Pero al fin llegó a Bagdad la noticia del salvamento del sha por el mercader, así como el cuento de la espléndida recompensa, y la casa de Kalif se llenó de gente deseosa de ver con sus propios ojos el maravilloso cofrecillo. La curiosidad diole al mercader en un día más clientes que antes en diez años, y la venta diaria fue buena prueba del valor de la arquilla.

Disfrutó Kalif largos años la recompensa de su hazaña, y cuando murió, su hijo mayor, Alí Haitam, propuso a sus dos hermanos echar a suertes las piedras entre los tres, ansiando, pues se tenía por sabihondo, que le tocara el lapislázuli. Alí Hassuf, el segundo, accedió de buen grado a la proposición de Haitam, porque era muy ambicioso, tanto que, aunque faltaba el asentimiento del hermano menor, ya estaba pensando cómo haría para quedarse con el diamante si le tocaba a Abdul Kassim; pero éste dijo, antes de que se echaran a suerte las piedras:

—Hermanos, somos tres y no hay más que dos piedras; así, lo más prudente es que uno renuncie a sus derechos, para evitar que surjan disputas en nuestra familia, que siempre ha vivido en paz. Yo soy el

más joven y, por lo tanto, el que menos derecho tiene a la posesión de las piedras. Tomadlas vosotros, que yo no quiero ninguna.

Los dos hermanos mayores se quedaron maravillados del desinterés de Abdul, y la suerte concendió a cada cual la piedra que apetecía.

—Para tener algún recuerdo de nuestro amado padre—dijo entonces Abdul Kassim—, permitidme que me lleve yo el cofrecillo. A vosotros ya no os sirve de nada, puesto que ya os habéis repartido lo que guardaba.

Alí Hassuf dudó un momento, pero accedió al deseo de Kassim.

Y los tres hermanos dejaron la casa paterna, y cada cual se fue a buscar fortuna por distinto camino.

Alí Haitam compró una larga tira de muselina, hizo con ella un turbante, al que prendió el lapislázuli y se lo puso bien sujeto a la cabeza. Después se fue al mercado a esperar el influjo de la sabiduría.

¡Era maravilloso! Las virtudes de la piedra empezaron a obrar y el cerebro de Haitam se llenaba de luz. Supo el origen de todas las cosas y sus ojos podían ver a través de los muros más espesos. Pasando ante el palacio real vio que en el secreto de los sóta-

nos había nueve mil sacos de oro, y que Fátima, hija del califa, era la doncella más hermosa del Oriente. Y tuvo una idea que le deslumbró a él mismo.

—¡Qué bien!—pensó— Si yo pusiese mi sabiduría a disposición del califa, me haría su primer consejero y acabaría por darme la mano de la encantadora Fátima.

Pero, al tiempo que soñaba de esta suerte, sintió un invencible deseo de dejar atónita a la gente con su saber. Volvió al mercado, subió las gradas más altas de las puertas y gritó:

—Ciudadanos de Bagdad, ignorantes, hijos de imbéciles, ¿creéis que el sol gira alrededor de la tierra? Pues sabed lo que voy a deciros: ¡El sol está quieto; la tierra es la que se mueve!

Iba a continuar su discurso; pero se lo impedía el griterío de las gentes.

—¡Loco, loco!—clamaban—¡Qué disparates estás diciendo! ¡Vamos a zambullirte la cabeza bajo la boca del león de la fuente, a ver si recobras la razón!

—Alí Haitam está en lo cierto—gritó un vendedor de naranjas—: el sol está tan quieto como esta naranja.

Y tiróle a Haitam una naranja, que, dándole en el turbante, se lo echó al suelo. Se inclinó Haitam a recogerlo, pero no pudo. El naranjazo fue la señal de ataque y el sabio tuvo que huír a toda prisa del mercado.



El cofrecillo de hierro

Lleno de polvo y falto de aliento, se refugió en su casa, llorando la pérdida de su preciosa piedra y furioso por la estupidez de la gente, que mostraba tan poco conocimiento de los rudimentarios principios de la ciencia.



Alí Hassuf procedió con más cautela. Como rara vez había salido de la callejuela del Puente de Oro, no podía pensar en nada verdaderamente digno de deseo. Por eso, lo primero que pensó fue irse al mercado y preguntar el precio de todo lo que veía, hasta que al fin encontró algo que por su gran riqueza le hizo profunda impresión. Era un alfanje turco, con el puño y la vaina llenos de brillantes, diestramente montados por un habilísimo joyero. Pedía el comerciante por el arma mil quinientas monedas de oro. Y la gente miraba con ojos de asombro al hombre que se atrevía a tratar de la compra de tan valiosa joya.

Estaba Alí examinando el precioso alfanje, cuando pasó un palanquín, entre cuyas cortinas se veía asomada una doncella de extraordinaria belleza. Hassuf oyó decir que era la hija del califa, y al punto surgió en su espíritu el deseo de casarse con ella, pensando que el califa no se negaría a darle su hija a un hombre de tanto poder como el poseedor del diamante mágico. Así, decidió comprar el alfanje para llevarlo

puesto cuando fuese a visitar al califa, que sería al día siguiente.

—Mañana volveré a recogerlo—dijo al comerciante—, pues ahora no traigo bastante dinero; pero lo tendré esta tarde. ¡Ya me figuraba yo—añadió jactancioso—que sería caro este alfanje!

Volvió a su casa, avió un borriquillo que tenía, poniéndole la albarda y dos grandes cestos a modo de serón; y cuando obscureció, salió sigilosamente hacia el desierto. Anduvo y anduvo, viéndose con la imaginación poseedor de todas las glorias y honores que había de proporcionarle el talismán. Tan embebido iba, que no advirtió que le seguían tres hombres que no le habían perdido de vista desde que salió del mercado. Al fin Hassuf se detuvo junto a un grupo de palmeras y, después de extender en el suelo un amplio lienzo, se puso a frotar el diamante con trémulos dedos, gritando al mismo tiempo:

—¡Espíritu de la piedra, dame al punto veinte sacos de monedas de oro!

Aguardó un momento y escuchó atentamente, porque creyó oír murmullos en la sombra; pero como todo siguiera en silencio, repitió su invocación por segunda y tercera vez. Entonces oyó un ruido así como si cayeran blandamente en tierra pesados bultos, y al inclinarse se encontró con veinte sacos llenos. Abrió uno y palpó. ¡Era verdadera la virtud del

El cofrecillo de hierro



diamante! El saco tenía realmente monedas de oro resonantes. Con febril precipitación cargó el burro con los sacos, y ya se volvía, camino de su casa, cuando oyó los mismos murmullos misteriosos de antes, pero esta vez casi a su lado. Se detuvo anhelante y escuchaba, conteniendo la respiración, cuando, sin saber cómo, se sintió cogido por unas fuertes manos que le tiraron al suelo, mientras que una sombra se llevaba al burro cargado de oro. Dos enmascarados, con la cara pintada de negro, le quitaron el turbante y el traje, y allí le dejaron medio desnudo en el camino, no sin advertirle que se guardase muy bien de decir nada, si no quería perder la vida. Temblando de espanto y rabia, vio Hassuf desaparecer a los ladrones con el asno hacia las montañas. Lo que más le dolía era la pérdida de su diamante, que iba oculto en el traje.

La tristeza le tuvo encerrado en su casa semanas enteras; le daba vergüenza que le vieran por las calles y en el mercado. Un día que fue al Puente de Oro a ver si pescaba algo para comer, pasó a su lado el mercader de armas y le dijo:

---¡Hola, Alí Hassuf! ¿Cuándo vas a ir por el alfanje?

Pero Alí Hassuf había perdido el alfanje y la princesa para siempre.

MIENTRAS los dos hermanos mayores lloraban su fracaso, Abdul Kassim, el menor, permanecía en los jardines de su casa, pensando con pena en su padre y cavilando cómo podría ganarse el pan de cada día. Una tarde oyó llamar a su puerta. Era Micha-ben-Jazil, un judío que le había prestado dinero hacía meses. Micha, que venía serio, le dijo:

—Abdul Kassim, los tiempos están malos y el dinero escasea cada vez más. Sabes bien que te presté diez monedas de oro, y vengo...

Llegando a este punto, se fijaron sus ojos en el cofrecillo de hierro, que estaba allí en un banco, y quedó sorprendido. Se detuvo y prosiguió:

—Vengo a decirte que, a pesar de todo, no me urge ese dinero. Lo que me debes es poco y puedes retener el dinero algunos meses, y hasta años enteros, si te place. Sólo quería decirte que no te preocupes, porque no tengo ninguna prisa.

Y, dicho esto, hizo una profunda reverencia a Kassim y se fue.

Abdul Kassim se quedó maravillado del cambio aquel del judío, y al recordar las miradas que había dirigido al cofrecillo, no pudo menos de sonreirse. Aquella misma tarde fue a verle su vecino el vendedor

de ropas, que hacía años que no le visitaba, y dejando un bulto en el suelo al lado de Kassim, le dijo:

—Amigo mío, vengo a pedirte perdón. El otro día mi caballo te salpicó de barro. El animal es nuevo y no está bien domado todavía; por reparar el perjuicio que te causara, te traigo un traje que espero sea de tu gusto, para que reemplaces el manchado.

Se retiró el sastre, dejando al joven lleno de extrañeza, pues no recordaba que le hubiese manchado de barro ningún caballo. No podía explicarse cómo aquel hombre, famoso por su tacañería, le regalase un traje bordado tan preciosamente.

A la otra mañana, apenas se había puesto el traje nuevo, se presentó un pariente lejano trayéndole un caballo enjaezado con lujo.

—Querido primo—le dijo—, me apena tu situación. Temía que no pudieras soportar la pesadumbre que te ha causado la muerte de tu padre, y he venido aquí con el deseo de alegrarte un poco. ¿Quieres este caballo? Tengo las cuadras llenas y te ruego que lo aceptes.

Abdul Kassim hubiera rehusado; pero su primo, que antes nunca se había preocupado de él, se retiró sin darle tiempo a contestar. Y sin saber cómo, se encontró solo, con el hermoso animal a su lado.

No pudo resistir la tentación de montarlo, y saltando a él se fue a dar un paseo por la población.

El cofrecillo de hierro



Todos se inclinaban al verle pasar, y muchos se paraban diciendo: ¡Ya lo sabía yo! ¡Abdul Kassim fue siempre el hijo predilecto de Kalif, y ha heredado el cofrecillo!

UN día, mientras el barbero imperial suavizaba la navaja con que se disponía a afeitar al califa, éste le preguntó:

—¿Qué hay, Harmos? ¿Qué se dice por ahí?

El barbero hizo una reverencia hasta el suelo y respondió:

—¡Qué se ha de decir, oh rey de los creyentes! ¿De qué se ha de hablar, sino de tu bondad y de tu sabiduría?

—¡De tu idiotez, hijo de burra!—gritó el califa, harto ya de las eternas adulaciones del barbero— ¡Dime de qué se habla en la ciudad!

—Se habla—comenzó Harmos indeciso—, se habla de la suerte de tu siervo Abdul Kassim, a quien llaman el más sabio y el más rico de tus vasallos.

—¿Abdul Kassim? Nunca le he oído nombrar—dijo el califa.

—El hijo y heredero de Kalif—continuó el barbero decidido—, de aquel Kalif a quien el sha recompensó una vez con un cofrecillo de virtud.

El cofrecillo de hierro

Y a continuación relató despacio **la historia** de las piedras mágicas. El califa lo escuchó atentamente, y cuando se retiró el barbero, ordenó al gran visir que se presentase en seguida. Llegó el visir y confirmó el relato.

—Abdul Kassim—dijo—sabe todo lo que ocurre en el mundo. Cuando se le antoja algo no tiene más que frotar el diamante y decir lo que desea, y en el acto lo tiene.

El califa se puso serio.

—¿Crees tú, visir, que ese hombre puede usurparme el trono? ¿Qué te parece si le regalara yo un palacio y le hiciese esposo de mi hija?

Al gran visir le pareció muy bien la idea de su señor, y se encargó de ir personalmente a comunicar al atónito Abdul Kassim la noticia de que el Pontífice de los creyentes le regalaba un palacio y esperaba su visita.

Aquella misma tarde el nuevo favorito del califa empaquetó las pocas cosas que poseía, las cargó en su caballo, cogió el cofrecillo de hierro bajo el brazo y se fue hacia el palacio, entre las aclamaciones de la multitud. En la puerta imperial le esperaba un ejército de negros, que se postraron a sus pies, y un esclavo ricamente ataviado le llevó a un salón donde estaba servida una comida fastuosa. Abdul Kassim no había comido nunca así; pero no se le fueron con

las glorias las memorias, y dio gracias a Alá por su bondad. A la mañana siguiente se puso un vistoso traje, se ciñó un magnífico alfanje que encontró para él en el salón principal y, montando a caballo y escoltado por los negros, fue a visitar al califa.

El Pontífice de los creyentes se hallaba en el trono aguardando a su vasallo, el cual, al presentarse ante él, quiso postrarse a sus pies; pero el califa bajó tres gradas del trono y cogió de la mano al joven, preguntándole:

—¿Eres tú Abdul Kassim, el hijo menor de Kalif, el mercader que vivía junto al Puente de Oro?

—Yo soy—respondió Abdul—, y permite que te dé las gracias por el palacio con que has favorecido al más humilde de tus siervos.

—He oído hablar muy bien de ti—dijole el califa, después de ordenar que se retirase la comitiva—, y te ruego me muestres las magníficas joyas que tanto poder y tanta sabiduría te dan.

—¿Qué joyas dices?—repuso Kassim, sorprendido.

—¿Qué joyas he de decir? Las que heredaste de tu padre—contestó sonriendo el califa.

Kassim se quedó atónito. ¡También el califa le creía poseedor de las piedras mágicas! Sin reserva alguna le confesó cómo, para evitar disputas, había renunciado a sus derechos, dejando las piedras a sus dos hermanos.

El cofrecillo de hierro



—Pues Micha-ben-Jazil, el judío, ha visto el cofrecillo en tu casa—replicó el califa.

—Sí; el cofrecillo lo tengo, porque se lo pedí a mis

hermanos como recuerdo de mi padre—respondió Abdul Kassim—; pero está vacío.

El califa se mostró dudoso todavía, y envió un esclavo al palacio de Kassim para que trajese el cofrecillo. Lo trajo el mensajero, y después de entregárselo al califa se retiró. Abriólo el califa y lo examinó por dentro. ¡Era verdad que no contenía nada! Y sus ojos se pararon en la inscripción y leyó:

*Alá concederá a sus predilectos
el don precioso que jamás acaba;
ante ellos el Oriente ha de rendirse
mientras de la palmera el dátil salga.*

Miró al joven y le dijo:

—Abdul Kassim, tu corazón encierra joyas más preciosas que todos los tesoros de la tierra. Por amor a tus hermanos abandonaste tus derechos a la posesión de las piedras, y por amor a tu padre has conservado este cofrecillo, que aparentemente no tiene ningún valor. Pero Alá te ha bendecido por tus virtudes, y con este humilde cofrecillo de hierro te ha elevado al poder y a la opulencia. No me atrevería yo a negarte mi protección, y voy a hacerte el mejor regalo de que puedo disponer: la mano de mi única hija.

Llamó al punto el califa al jefe de los guardianes del harén, y le mandó traer a Fátima. La doncella

El cofrecillo de hierro



había pasado la noche llorando, porque había oído decir que iban a casarla con un desconocido, y sólo de pensarlo se estremecía, pues como hija única del califa, estaba muy mimada y detestaba la idea de dejar el palacio de su padre.

Abdul Kassim, que hasta el momento había permanecido mudo de asombro, no pudo reprimir un grito de admiración al ver aparecer a Fátima. Le pareció cien veces más bella que todas las descripciones que de ella había oído en Bagdad.

Fátima, en su disgusto, tenía curiosidad por ver al joven que iba a ser su esposo; al oírle la voz, le miró por encima del hombro de su padre. La primera impresión no fue desfavorable. Volvió a mirar a Kassim, que se apoyaba en su alfanje, y le pareció esbelto y guapo; y fue dejando de sollozar, hasta que por último se irguió y, cogiendo del brazo a su padre, le dijo:

—Padre, haz conmigo lo que sea tu voluntad; no sin motivo te llaman tus súbditos el Sabio.

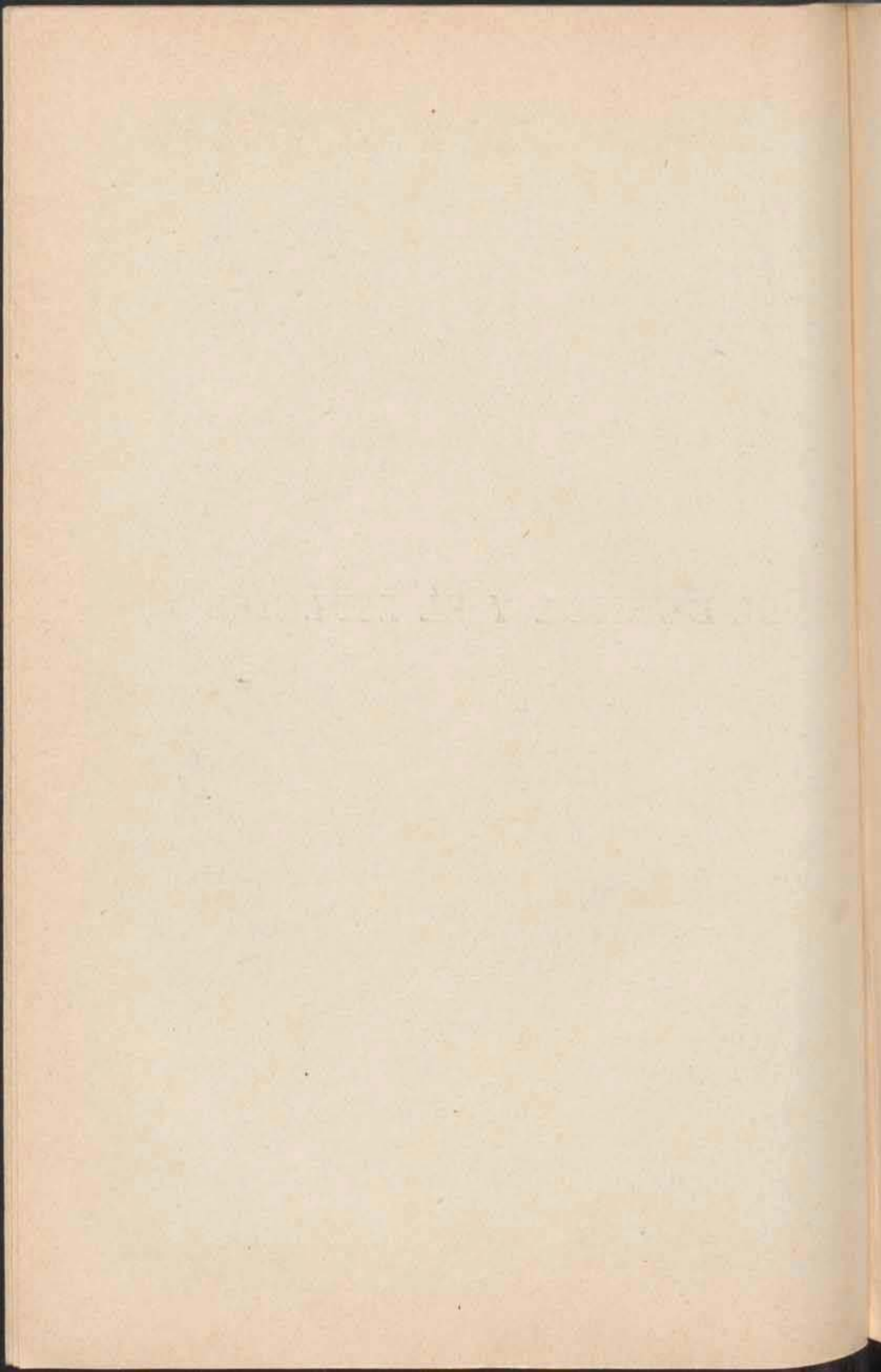
FÁTIMA se casó con Abdul; pero ni ella ni nadie llegaron a saber que estaba vacío el cofrecillo, al que se atribuía la suerte del joven, porque el califa le aconsejó que guardase silencio acerca de ello.

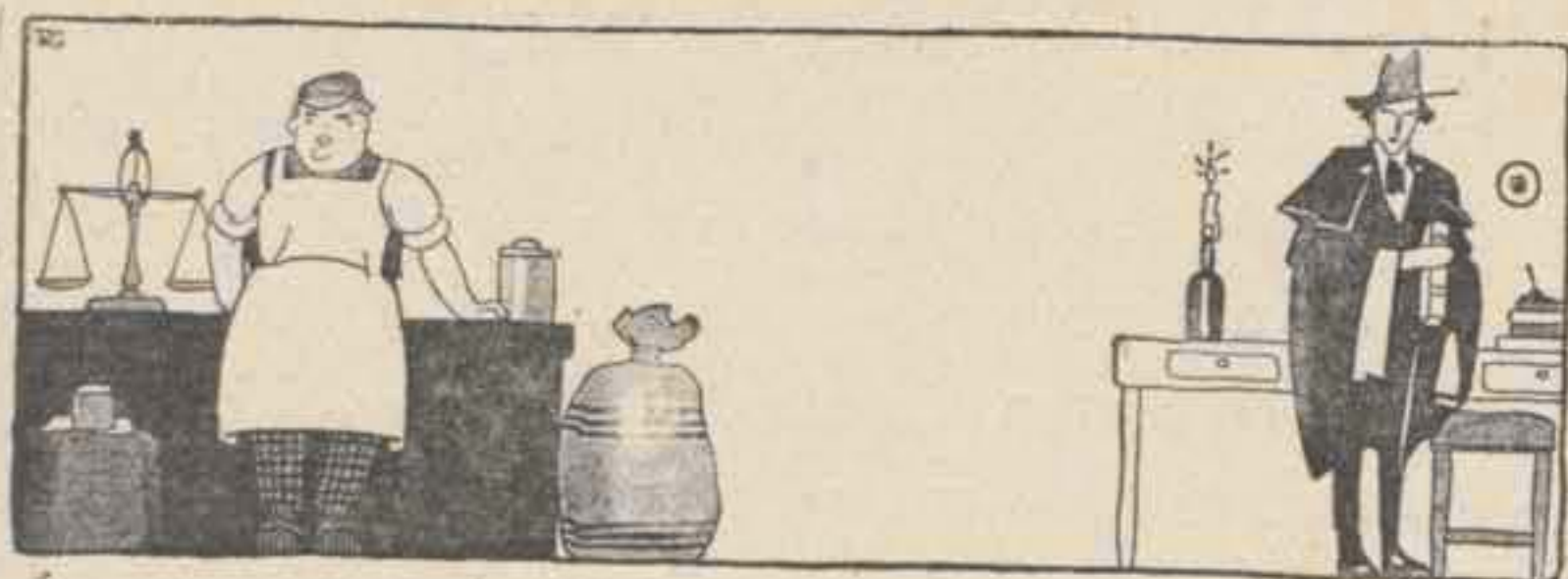
El cofrecillo de hierro

Cinco años después, el califa, rendido por el peso de los años, abdicó en favor de Abdul Kassim, cumpliéndose así lo que decían los versículos grabados en la tapa del cofrecillo. Y Abdul Kassim reinó muchos años en Bagdad como el mejor y más sabio califa que hasta entonces había ocupado el trono.

¡El nombre de Alá sea alabado!

EL DUENDE Y EL ESPECIERO





EN un triste desván que se hallaba en lo alto de una inmensa casa vivía un estudiante, siempre consagrado al trabajo, siempre con la cabeza inclinada para desentrañar los misterios y escuchar las revelaciones que llevan en sí las letras de libros y papeles.

Muy pobre se hallaba el estudiante. Los muros de su desván estaban desnudos. Un viejo camastro era su lecho, y una mala mesa y dos sillas desvencijadas formaban su ajuar.

Abajo, en el primer piso, vivía un especiero, también muy trabajador, que se ocupaba en llevar

las cuentas de su tienda, establecida en una calle cercana. Este hombre era el dueño de la casa en que vivía. Dentro de su comedor no faltaban nunca buenas conservas, transportadas continuamente desde la tienda. Sus muebles eran cómodos, su mujer se vestía de seda, la habitación era amplia, y en la chimenea jamás faltaba el fuego cuando la cruda estación venía.

Y había un duende que prefería habitar en el departamento del especiero, precisamente porque no faltaban allí comodidades ni ricas conservas. ¡Cuán hermosa y grande era la fuente en que éstas se presentaban a la mesa cuando llegaba la noche de Navidad! El especiero tenía muchas cosas buenas en su despensa, y el duende no deseaba cambiar de domicilio: aquél le ofrecía cuanto se podía desear.

Una noche, el estudiante que habitaba en el desván se presentó en la tienda del especiero, que, como ya hemos dicho, no estaba muy lejos de la casa. Iba a comprar una bujía y un pequeño trozo de queso. Como no tenía criados, se veía en la necesidad de bajar él mismo.

Cuando tuvo en la mano lo que deseaba, pagó y se despidió cortésmente del especiero y de la mujer de éste. La esposa, que a veces era algo parlanchina, guardó silencio por esta vez, y el estudiante, en silencio también, se dirigió hacia la puerta; mas iba ya a cruzar el umbral cuando observó que el pa-

pel en que estaba envuelto el queso tenía impresos unos renglones.

El estudiante clavó los ojos en aquellas líneas, y al punto advirtió que se trataba de una hoja arrancada de un antiguo libro de poesías.

—¡Versos!—gritó, sin poder contenerse—Versos, y muy bonitos.

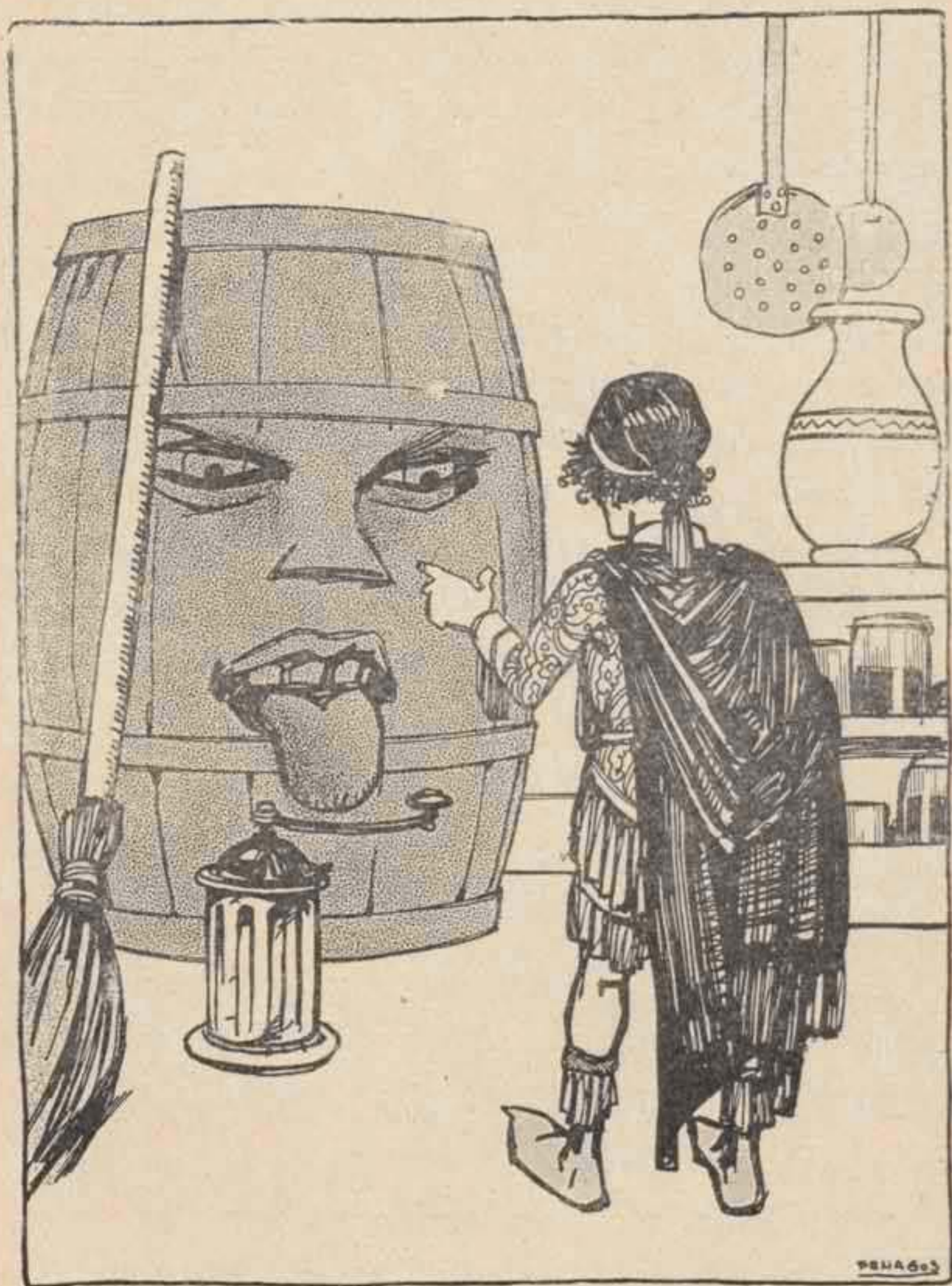
—Hay aquí otras hojas—dijo el especiero—. Creo que es un libro completo. Por él he dado un poco de café a una viejecilla que vino a vendérmelo; pero yo puedo cederlo por dos perrillas.

—Y yo estoy dispuesto a comprarlo por esa suma—repuso el estudiante pobre—. No quiero ya el queso; puedo tomar mi pan sin él; prefiero llevarme el libro. Sería un pecado grave permitir que un volumen como éste se deshoje para envolver semillas. Un especiero puede ser hombre inteligente y práctico, pero entiende tanto de poesías como esa vieja cuba que se halla en el rincón.

La cuba pareció estremecerse, pero el tendero lo tomó todo a broma, y sus risas y las del estudiante se mezclaron regocijadamente, alegrando la tienda por algunos momentos.

Poco después, el estudiante, con la bujía en una mano y el libro en la otra, dio las buenas noches y desapareció por la puerta.

Pero si el especiero y su mujer no pensaron más



El duende y el especiero

en las frases que el estudiante hubo proferido, alguien quedó descontento de ellas; y este alguien era el duende que habitaba en la casa del especiero y que a veces visitaba a éste en su tienda.

—¡Cómo!—exclamaba indignado—¡Asegurar que mi amo entiende tanto de poesía como la vieja cuba que se halla en el rincón...! ¡Qué injusticia! ¡Un hombre que tiene tan buen fuego en la chimenea, tantas comodidades y tan ricas conservas! ¡Qué horrible injusticia!

Al avanzar la noche, la tienda se cerró y el especiero y su mujer salieron a la calle y se dirigieron a su casa. El duende, que les seguía muy de cerca, entró con ellos en el zaguán, subió tras ellos la escalera, y saboreó en su compañía las viandas frescas y conservas que los criados trajeron a la mesa. Y más tarde, cuando ya los dos esposos se recogieron en la alcoba y quedaron dormidos, el duende se acercó a la mujer y le sustrajo la lengua. Como aquella señora no hablaba cuando estaba dormida, no advirtió el extraño robo de que era víctima.

Y el duende, colocando aquella lengua sobre todos los objetos de la estancia, pudo oír claramente cuanto decían las cosas.

—Veamos cual es la opinión de la cuba en que se arrojan basuras y papeles.

El duende, acercando la lengua a la cuba, la exhortó a que hablase.

—Dime—le dijo—, ¿es cierto que no entiendes una sola palabra de poesía?

—Así es—replicó la cuba con desdén—. La poesía es una cosa que se halla en los papeles, y éstos ruedan por todas partes hechos pedazos. Nada vale la poesía. Ya lo ves, yo tengo dentro de mí más papeles que los que tiene el estudiante, y no dejo de ser, por eso, una cuba vieja y sucia destinada a contener la basura.

Entonces el duende aplicó la lengua al molinillo de café, y al bote de la mantequilla, y al fondo de un cajoncillo con dinero; todos dijeron lo mismo: que era inútil la poesía y que no había el menor objeto en cultivarla y en servirse de ella.

Por tanto, y como es preciso atenerse a la opinión de la mayoría, el duende quedó completamente convencido de que todas aquellas voces que salían de las cosas encerraban la razón.

—Es preciso hacer saber estas verdades al estudiante del desván.

El duende, tras de poner en su sitio la lengua que había arrancado a la mujer del especiero, salió sigilosamente y se encaminó hacia el sotabanco.

La luz se filtraba por la ranura de la puerta del desván del estudiante. ¿Qué podía hacer éste a una hora tan avanzada?

El duende y el especiero



Cuentos de Calleja

El duende, siempre con el mayor sigilo, se acercó a aquella puerta y miró por el ojo de la llave. El estudiante, inclinado, con la frente pensadora entre las manos, leía atentamente las páginas del libro comprado esa noche en la tienda del especiero.

Una luz radiante y esplendorosa iluminaba y transformaba los muros de aquella estancia. El duende vio que aquella luz maravillosa surgía del libro y se elevaba como surtidor, convirtiéndose a lo alto en algo como un árbol mágico cuyas ramas se extendían sobre la cabeza del estudiante. Cada hoja era viva, es decir, cada hoja era un rostro de ángel. Los había de ojos claros, de ojos negros, de ojos azules. Estaban coronados de rosas, de jacintos y de azucenas. Las frutas del árbol eran estrellas, y sus flores, aves de plumaje tornasolado. Una música deliciosa, compuesta de cantos de pájaros y voces de querubines, llenaba la estancia.

El duende no había soñado jamás cosa parecida, y menos aún había podido verla. Aquello era de una hermosura sin igual.

Como si estuviese petrificado, quedó ante la puerta siempre mirando por el ojo de la llave, y siempre escuchando las gratísimas armonías, que ya eran notas de violines, ya de flautas, ya de alondras y rui-señores, ya de seres humanos o divinos.

Sería imposible decir cuánto tiempo estuvo el

El duende y el especiero

duende atisbando por aquella puerta; pero cuando ya las estrellas del cielo comenzaron a palidecer porque el alba empezaba a clarear, el estudiante se alzó de la silla, y después de dar algunos paseos por la estancia, colgó su ropa de un clavo y se metió en el lecho. El ritmo de la música varió; hiciéronse más lentas sus frases; apagáronse un tanto los sonidos y poco a poco, como un coro que se va alejando, la música, lo mismo que la luz, comenzó a desvanecerse, a esfumarse, a morir, dejando tras de sí una estela que no era ya luz ni sonido, sino un rumor tan sólo, muy semejante al que deja un enjambre de abejas que pasa por un valle.

Cuando el duende volvió a la realidad, el desván estaba obscuro y en él reinaba un profundo silencio.

—¡Qué maravilla!—se dijo el duende— Jamás he sentido un placer y una dicha tan grande... No vacilo: me quedo a vivir con el estudiante.

Y dicho esto, se acomodó como pudo junto a la puerta, y permaneció tranquilo. Pero pasado algún tiempo, lanzó un profundo suspiro y exclamó:

—¡Qué lástima...! El estudiante no tiene conservas.

Y suspirando nuevamente, se puso en pie, formuló en silencio un tierno adiós, y comenzó a bajar las escaleras que llevaban al primer piso. El duende volvía a su antigua morada. En la casa del especiero había lechos mullidos, amplios sillones donde reposar



El duende y el especiero

y acurrucarse, cortinas, cuadros en los muros, alfombra espesa en que los pies se hundían como si se posasen sobre algodón, y, lo que es muy importante: allí no faltaban nunca ricas conservas...

El duende encaminó sus pasos hacia el comedor y probó con gran satisfacción algunos de esos postres que se guardan en la despensa. Luego, más confortado, dirigióse al salón, se acomodó muy bien sobre una mullida butaca, y se durmió profundamente.

Pero como al despertar sintiera lo mismo que si unos hilillos le tirasen hacia lo alto de la casa, bajó del sillón a toda prisa, ganó la escalera y se lanzó, siempre corriendo, hacia el desván del estudiante. Éste, sentado ya ante su mesa, hojeaba el libro de la víspera y leía en él atentamente. El duende pudo ver, por el ojo de la llave, que la escena era distinta en aquella estancia. Una inmensa y atronadora tempestad la llenaba por entero. Los relámpagos, como latigazos de luz, rasgaban las nubes con violencia; el trueno rugía; un gran rumor, como el de una fleresta salvaje que se agita bajo el huracán, se percibía a intervalos, cual si el viento lo trajese. A intervalos también oíase el ruido de un formidable aguacero que se despeñaba sobre extensiones sin límites... Aquella grandiosa tempestad que el duende presenciaba por primera vez obligóle a permanecer por mucho tiempo inclinado contra la puerta, escuchando

con toda su alma los potentes rumores que, por una coincidencia extraña, tenían a veces algo de los hermosos sonidos que las manos hábiles arrancan de los violoncelos. El duende no sabía si era aquello tempestad real o música que la copiara con exactitud desconcertante. Fuese lo que fuese, el duende, emocionado, con el corazón palpitante y los ojos llenos de lágrimas, escuchó arrobado. ¿Sus lágrimas eran de dolor? No; eran gotas de llanto producidas por un refinado y exquisito placer que le subía de los pies a la cabeza y le bañaba los sentidos y el alma. Desde este momento, el tiempo no tuvo ya medida para el duende. Se apoyó contra la pared y, olvidado de todo, contempló y escuchó, como si su persona no estuviese compuesta sino de ojos y oídos.

Era preciso quedarse allí con el estudiante. Cier- to que los vientos fríos del otoño azotaban el corredor y aun dentro del desván debían de colarse por las ranuras del piso, mal ajustado; pero aquel placer sin igual de asistir a tanta maravilla, daba fuerzas para soportarlo todo. El duende sabría resistir cuanto viniera. Y comenzaba ya a buscar una postura más cómoda para quedarse en la puerta, cuando vio al estudiante que se alzaba de la silla y que, después de colgar su ropa en el clavo del rincón, apagaba la bujía y se metía en el lecho. ¡Cómo! ¿El estudiante se aprestaba a dormir en pleno día? No; la tempestad

El duende y el especiero



del desván había cesado. el encanto se había deshecho, y el duende pudo ver con claridad que el día quedaba ya muy lejos y que las sombras de la noche reinaban por todas partes. Y cuando alzó su rostro, sorprendido, para inquirir la hora en la bóveda del cielo, el reloj de un cercano campanario dio las doce. ¡Las doce de la noche! ¿Era posible? Sí. Con razón... (el duende no se atrevió a concluir la frase que había comenzado, pero nosotros sabemos lo que era, y vamos a decirlo): «con razón el hambre mordía sin piedad las entrañas del duendecillo».

Ya deshecho el encanto que le había tenido fuera del mundo, las necesidades de la vida le asaltaron cruelmente. El frío era terrible; el cansancio le agobiaba; la debilidad casi le hacía caer...

Suspirando con la tristeza del que ve desvanecerse una ilusión, dirigió una larga mirada a la puerta del desván, y bajó por la escalera.

El salón del especiero estaba tibio; aun ardían los leños en la chimenea. Las afelpadas butacas invitaban al descanso, y en el comedor, bizcochos y conservas adornaban los aparadores y se ofrecían magnánimamente.

El duendecillo probó de todo, y después de rociarlo con unos tragos de vino abandonó la repostería y se dirigió al salón, para dormir. Pero aun no había cerrado los ojos, cuando oyó gritos de alarma en la

El duende y el especiero

calle. Violentamente abrió el balcón y se asomó para inquirir lo que acontecía. El fuego hacía presa en una casa situada en la acera de enfrente. Las llamas salían por todas partes como lenguas amenazadoras, dispuestas a lamer cuanto se pusiera a su alcance, y la gente, poseída de pánico, abandonaba las casas próximas y huía llevando consigo lo más preciado.

En la casa del especiero, éste y su esposa, levantados ya, corrían de una a otra estancia, aterrorizados, sin concierto, como dos moscardones entontecidos; por fin salieron a la escalera, la mujer con sus vestidos de seda en las manos, el hombre con su libro de cuentas bajo el brazo.

Todos se apresuraron a salvar lo que juzgaban mejor y les era más querido.

El duende, como quien vuelve en sí de pronto, pensó que él también debía poner en salvo lo que constituyese su más preciado tesoro; y dando un salto, se lanzó escalera arriba y se introdujo en el desván del estudiante. Éste, vuelto de espaldas a la puerta, miraba por la estrecha ventana las llamas que subían ya muy altas. Sobre la mesa, el libro comprado en la tienda de especias yacía entreabierto, mostrando sus renglones cortos, adornados a veces de grandes iniciales rojas, caídas como rosas de sangre sobre el campo bien labrado de las letras negras.

Cuentos de Calleja

El duende, sin pérdida de momento, se lanzó sobre el libro, lo introdujo violentamente bajo su roja capa, y con las dos manos sobre el pecho salió del desván.

Con él siempre apretado bajo sus manos ganó la escalera, y dirigiéndose hacia un estrecho corredor lo cruzó de prisa y subió aún incontables peldaños, hasta verse en el tejado de la casa, al cual saltó con rapidez, dejando escapar un gran suspiro de alivio.



El duende y el especiero

Ya estaba por fin en salvo el mejor tesoro de la casa.

Sin separar las manos del precioso libro, fue a instalarse junto a la chimenea, y desde allí contempló los progresos del fuego, que eran grandes. Pero el libro no corría el menor peligro. Debajo de aquella capa roja estaba tranquilo y seguro. El duende apretaba el volumen contra su corazón. Ya veía bien que éste no era duro y frío, sino sensible y ardiente. ¡Qué descubrimiento tan hermoso! ¿Conque su corazón valía más, mucho más de lo que él pensaba...? ¡Qué alegría!

Mas ¡ay!, poco después de que el fuego comenzaba a extinguirse en la casa frontera, cuando ya los vecinos que habían huído volvían al hogar abandonado, el duende, ante la vida que empezaba a normalizarse, sintió también el deseo de volver a los viejos sitios donde moraba tiempo atrás, y descendiendo lentamente del tejado, murmuró con tono triste y pensativo:

—No me resuelvo a dejar al especiero; sus conservas me son necesarias. Pero tampoco puedo abandonar al estudiante... Compartiré mi existencia entre los dos.

* * *

Y así decimos también nosotros, forzados por la vida. Bregaremos entre las cosas prácticas, porque

Cuentos de Calleja

es preciso; pero cuidaremos de que en el fondo de nuestro ser quede siempre un lugar para el estudio y el ensueño. Ese rincón podrá resarcirnos de penas y trabajos, y en él se obrarán las mismas y estupendas maravillas de que era teatro el desván del estudiante.

LA CODICIA ROMPE EL SACO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO



EN una ciudad de la India, cuyo nombre hemos olvidado ya, vivía hace muchísimo tiempo un vendedor de aceite, buen hombre y humilde, pero tan poco cuidadoso de su dinero, que jamás sabía lo que era conservarlo en los bolsillos más allá de algunos minutos. A causa de este desorden, punible ya, Dena, que así se llamaba el vendedor de aceite, se había visto obligado a solicitar del prestamista Lena la cantidad de cien rupias; y como el tiempo había pasado y el vendedor no había podido pagar su deuda, el interés de ésta creció desmesuradamente, y un día

se encontró Dena con que no eran ya cien rupias las que debía al prestamista, sino trescientas. Lena, disgustado profundamente al ver que aquella deuda no llegaba a satisfacerse nunca, tomó el partido de presentarse todas las noches en casa de su deudor, y, de pie junto a la puerta, dirigía al vendedor de aceite cuantos insultos se le venían a las mientes, cosa triste que hacía acudir las lágrimas en copioso raudal a los ojos de la mujer y de la hija del desgraciado Dena, ocupadas las dos a esa hora en preparar la humilde colación de la noche.

Esta escena se había repetido diariamente por espacio de muchas semanas, y Dena, comprendiendo que aquello no podía continuar más tiempo, se resolvió a abandonar la ciudad; pero como no tenía dinero para llevar consigo a su mujer y a su hija, dispuso hacerlo solo y sin comunicarlo a nadie, pues no se encontraba con valor para ello.

Y aquella misma tarde, al obscurecer, cuando salió de su trabajo, en vez de tomar como siempre el camino de su casa, cruzó de prisa algunas calles, y se encontró bien pronto en campo abierto. ¿Adónde ir? ¿Qué rumbo y qué partido tomar? Dena no pudo responderse, porque él mismo no sabía lo que era preciso hacer; pero caminó y caminó sin descanso. En esta indecisión, y fatigado ya por la marcha, los remordimientos y el dolor, se le echó la noche en-

La codicia rompe el saco

cima y decidióse a descansar al pie de un gran árbol que se alzaba a orillas de un manantial. Dena permaneció allí por algún tiempo; mas como la fatiga no le abandonase, pensó que lo mejor sería subir al árbol, acomodarse bien entre las ramas, y pasar allí la noche para continuar la marcha al día siguiente. Y tal como lo pensó, lo hizo. Colocóse lo mejor que pudo, y abrigado entre el follaje, que era muy espeso y suave, cerró los ojos y quedó al instante dormido.

Mientras Dena se entregaba al más profundo sueño, algunos espíritus que vagan en la noche por ciertos y determinados sitios aparecieron de pronto bajo el árbol y, arrancando éste de raíz, lo elevaron bien alto y se lo llevaron por los aires, hasta llegar a un sitio agreste y extraño donde había una inmensa playa solitaria, un cielo obscuro y una mar hosca, negra, inmóvil, cuyos confines iban a perderse en una gran masa de sombra.

Una vez en aquel lugar, los espíritus bajaron el árbol y lo plantaron en el centro de la desolada playa, sobre la cual no se veía ningún ser viviente.

Cuando el vendedor de aceite abrió los ojos, antes de que el sol se levantase en el horizonte, pudo darse cuenta exacta de que no estaba ya en el campo donde se había detenido a la orilla de un gracioso y parlero manantial, sino en una costa lejana y desco-



La codicia rompe el saco

nocida, en medio de un paisaje agreste que parecía envolver una amenaza.

Dena tembló de horror, y se preparaba ya a poner orden en sus ideas, cuando advirtió que unas chispitas de luz, muy semejantes a los fuegos fatuos, vagaban por todas partes. ¿Qué era aquello? Observó con gran atención, y como viera que muy cerca de él pasaban algunas chispas, extendió la mano, y cuando tuvo a su alcance una de ellas la aprisionó con fuerza entre los dedos. Era una especie de piedrecilla roja, muy brillante, del tamaño de una nuez. ¿Qué podía ser? Dena la examinó con detenimiento. Y como luego viese que otra luz de aquellas revoloteaba muy cerca de él, volvió a extender la mano y la apresó también. Junto con la anterior, guardó la nueva piedrecilla en la punta de su mandil, haciendo a éste un fuerte nudo; y no contento el vendedor de aceite con poseer dos piedras, atrapó en el aire una más, y luego otra, que guardó en el mismo sitio con las primeras. Eran cuatro ya.

Dena, después de anudar por segunda vez el mandil, quedó en suspenso, con la vista perdida en aquel paisaje amenazador, cuyas negruras no podían compararse con nada. Y estaba así, casi petrificado por el asombro y el horror, cuando sintió que el árbol se movía. No cabía duda: algo como un fuerte viento acababa de arrancar el grueso tronco, y lo levantaba

a gran altura, llevándole con velocidad por el espacio. Dena, aterrorizado y mudo, se asió fuertemente de las ramas y vio cómo, después de recorrer por el aire inmensas distancias, el árbol descendía de pronto y quedaba firme en el suelo, cual si de él no le hubiesen movido en centenares de años.

El sol comenzaba a levantarse ya, y a su luz consoladora pudo el vendedor de aceite reconocer el sitio donde estaba: era el mismo de la víspera. A sus pies, el manantial risueño y cantarín se deslizaba con velocidad, como una serpiente de plata que tiene prisa por llegar cuanto antes a una cita.

Dena se sintió confortado al ver aquel riachuelo, y bajando del árbol con precipitación no quiso ya pensar en otra cosa que no fuese la vuelta inmediata a su hogar. Bendijo al cielo por haberle permitido quedar con vida después de tanto suceso extraordinario, y tomó ligero el camino de su casa.

Al entrar en ella, la esposa, justamente disgustada por aquel abandono, le riñó con dureza; pero Dena exclamó:

—Ven, mujer; quiero enseñarte algo que he traído de mi corto viaje.

Y después de cerrar todas las puertas, el vendedor de aceite desató el nudo que había hecho en la punta de su mandil, y sacando de allí las cuatro piedrecillas rojas que brillaban vivamente, las mostró a su esposa.



—¡Bah!—dijo ésta con desdén—¡Unos tristes guijarros...! ¿Para qué los queremos? Valía más que hubieses traído algo que comer, y no esas piedras que para nada sirven...

Y volviendo la espalda, salió de la pieza con indignación, pues acababa de recordar el durísimo tratamiento que Lena, el prestamista, les había infligido a ella y a su hija la noche anterior, al saber que Dena había huído de la ciudad. Mas apenas acababa de salir la esposa, cuando el vendedor de aceite oyó la voz del prestamista Lena, que aullaba en el vestíbulo de la casa, profiriendo amenazas e improperios.

Dena, para evitar el escándalo, salió a toda prisa, y dirigiéndose al prestamista, le dijo con tímida voz:

—Si no encontráis en ello un deshonor, me atrevo a suplicaros que entréis por unos breves momentos en mi casa, pues necesito hablaros.

Lena, sin decir palabra, obedeció la indicación de su deudor; éste, una vez dentro, volvió a cerrar la puerta con el mayor sigilo, y desatando nuevamente la punta de su mandil, sacó de allí las cuatro piedrecillas, y dijo de este modo al prestamista:

—He aquí toda mi fortuna. Si estas piedras no valen nada, peor para mí y para vos, pues yo no tengo ni una sola moneda con que pagaros lo que os debo.

Lena, mientras el vendedor de aceite hablaba, había fijado su vista en las cuatro piedrezuelas, y

La codicia rompe el saco

como advirtiese que éstas no eran simples guijarros, y sí magníficos rubíes de un tamaño y de un brillo deslumbrador, disimuló cuanto pudo su descubrimiento, y levantando aún más la voz, dijo con acritud:

—¿Pero qué es lo que se puede hacer con semejantes piedras? Dinero, dinero es lo que yo necesito,



y sólo con él pagarás la deuda. Guarda esos guijarros para engañar con ellos a otro menos ducho que yo; y a mí págame con lo único que debes pagarme, con buen dinero como el que en mala ocasión te di.

La voz de Lena subía ya a un tono que lastimaba los oídos, y Dena no sabía qué decir para aplacar aquella cólera estrepitosa y desencadenada.

Cuentos de Calleja

—¡Piedad, piedad! Si yo tuviese dinero, pagaría; pero vos sabéis bien que no lo tengo. Si no aceptáis esas piedras, nada podré ofreceros. Tened al menos paciencia, y esperad...

—Mucho he esperado ya—respondía con acritud el prestamista—. Estoy ya cansado de ver correr los días y los meses, sin recibir jamás ni una rupia. ¡Un santo se indignaría...!

—¡Perdón, perdón! —exclamaba Dena— ¡Tened piedad de un desgraciado como yo, que nada puede! ¡Tomad esas piedras y lleváoslas, puesto que eso es lo único que tengo!

Lena, fingiendo por fin un movimiento de caridad, alargó la mano, y el vendedor de aceite puso en ella las cuatro piedrecillas rojas, que fulguraban como cuatro flamas de fuego vivo.

El prestamista, después de guardarlas en un bolsillo de cuero que llevaba consigo, escribió un recibo por las trescientas rupias, y salió de la casa sin formular siquiera una simple despedida. Y cuando hubo llegado a sus habitaciones, pudo entregarse sin testigos a la más franca y sincera de las alegrías; porque, efectivamente, un tesoro acababa de caerle entre las manos.

—¿Cómo haré?—repetía—para convertir en dinero estos hermosos rubíes? La cosa no es tan sencilla como parece, pues si el rajá llega a saber que yo

poseo estas gemas tan valiosas, me enviará a presidio por ladrón y me despojará de mi tesoro... ¿Qué hacer entonces? ¿Cómo proceder...?

Lena se devanaba los sesos para dar una buena solución a aquel problema. Por fin, después de mucho pensar, se dijo:

—Lo mejor será presentarme en la casa de Musli, el primer ministro, y ver qué arreglo puede hacerse con él.

Diciendo así, el prestamista se vistió con lo mejor que tenía, y se lanzó precipitadamente a la calle.

Llegado al palacio de Musli, solicitó de éste una audiencia privada, que le fue concedida; y una vez ante el primer ministro, Lena le presentó los cuatro rubíes, y le dijo, mientras Musli clavaba en ellos los ojos con gran avidez:

—Vengo a proponeros la venta de estas gemas que, como ya lo estáis viendo, son muy hermosas.

—Así es, en efecto—repuso Musli—; y yo las compraría, siempre que el prestamista Lena se conformase con recibir por ellas diez mil rupias, única suma que puedo ofrecerle.

—¡Aceptado!—exclamó al instante Lena, poniendo en las manos de Musli las cuatro gemas—¡Aceptado!

El ministro hizo entrega inmediata de las diez mil rupias, y el prestamista salió encantado, bendiciendo a la suerte que le permitía adueñarse de una

suma importantísima, sin haber puesto en la empresa el menor trabajo.

Y cuando Lena partió, Musli quedóse extasiado en la contemplación de aquellos soberbios rubíes.

—¿Qué es lo mejor que puedo hacer con ellos?— se decía.

Las ambiciones del primer ministro no eran tan sólo de riquezas, sino también de honores y de gloria.

—Lo mejor será—dijo Musli concluyendo su discurso y haciendo movimientos de aprobación con la cabeza—, lo mejor será regalarlos a Kahre, el rajá

Y Musli, regocijado por tan magnífica solución, se encaminó sin pérdida de tiempo al palacio del rajá, del que solicitó una audiencia privada.

Obtenida ésta, el ministro avanzó sonriendo por el regio salón, y después de poner las gemas en la mano del rajá, le dijo:

—Son un modesto presente que os ofrezco.

—¿Es posible?—exclamó con agradable sorpresa el rajá—Pues haces muy bien en traérmelas. Son hermosísimas, y en cambio de ellas, voy a disponer que desde hoy se entregue a ti y a tus herederos el producto íntegro de diez aldeas, de las cuales eres ya señor.

Tanto fue el gozo de Musli al oír aquello, que no acertaba a dar las gracias al rajá. Formuló, sin embargo, algunas frases de cortesía y gratitud, y se re-

tiró bruscamente, mientras el rey guardaba dentro de su turbante las hermosas piedras.

¡Qué felicidad la de Musli! ¡Señor de diez aldeas, y dueño de todo lo que ellas produjesen...! ¡Había para morir de dicha!

Y mientras Musli corría como un loco hacia su casa, Kahre, loco también de alegría, se encaminaba precipitadamente hacia las habitaciones de la reina, quien al ver los magníficos rubíes, por poco se desmaya de gozo.

—¡Soberbios, soberbios!—exclamaba, dando vueltas a las piedras entre sus manos— Jamás se ha visto nada más hermoso.

Y tras una larga contemplación, dijo de pronto:

—¡Qué dichosa me sintiera si pudiese tener otros ocho rubíes como éstos, pues con ellos podrían hacerme un hermoso collar. Id, señor—dijo al rajá—, y traedme esas ocho piedras.

—¡En mi vida he dado con persona más descontenta!—exclamó Kahre—¿Dónde puedo yo encontrar otras gemas como éstas? Por ellas acabo de entregar diez aldeas...

—¿Qué importa eso? Id—repitió la reina—, id, y traedme esas otras piedras, si no queréis verme morir. Podéis adquirirlas donde comprasteis las que tengo en la mano. Moriré, moriré sin duda, si no me las traéis.



La codicia rompe el saco

Y la reina se lamentaba como la más desgraciada del mundo, y lloraba a gritos, repitiendo siempre como una niña obstinada:

—¡Traédme las, traédme las, si no queréis verme morir...!

No hubo manera de calmarla, y el rajá se vio en el caso de prometerle que haría cuanto estuviese de su parte por conseguir las gemas deseadas.

En el mismo instante mandó a buscar al ministro Musli, y al llegar éste al palacio, díjole así el rajá:

—Necesito que inmediatamente me traigáis otros ocho rubíes iguales a los que me habéis regalado.

Y como viese que el ministro se inclinaba a dar una respuesta negativa, Kahre se apresuró a decirle:

—¡Guardaos de toda desobediencia! *Necesito* esos rubíes, ¿entendéis? Los *necesito*. Y si no podéis proporcionármelos, seréis colgado.

Musli dejó escapar un grito de espanto, y haciendo mil ofrecimientos salió del palacio como un hombre a quien arrastran vientos de tempestad. Una vez en la casa, mandó a sus esclavos que fuesen por Lena, el prestamista, y cuando estuvo delante, le dijo:

—Es preciso que me traigas ocho rubíes como los que te he comprado, porque, de lo contrario, me colgarán.

—¡Cómo!—gritó Lena—Pero ¿qué significan esas palabras?

—Lo que oyes: que seré colgado si tú no me traes cuanto antes esos rubíes.

—¿Pero dónde conseguir otros iguales? Rubíes como esos no se encuentran entre los setos.

—¿En dónde y cómo los adquiriste?

—Dena, el vendedor de aceite me los ha proporcionado.

—Pues bien—dijo Musli—, enviemos por Dena.

Y los esclavos del ministro partieron en el acto en busca del vendedor de aceite. Éste se presentó en seguida, y después de una larga conferencia con Musli y con Lena, salieron juntos los tres y se encaminaron al palacio. Allí Dena refirió punto por punto la historia de los rubíes y de su aventura.

—Muy bien—dijo Kahre—. Pero dime, Dena, ¿qué noche fue la de los acontecimientos?

—No recuerdo—repuso el vendedor de aceite—; mas estoy seguro de que mi mujer lo sabe.

Entonces, otros esclavos fueron enviados para traer a la mujer del vendedor de aceite, y ésta dijo en el acto que había sido en domingo, con la luna nueva.

Todos sabemos que durante la noche, y a favor de la luna nueva, los espíritus tienen poder especial para hacer travesuras a los mortales.

En vista de ello, el rajá, después de ordenar a todos el mayor secreto, so pena de la vida, dispuso

que al llegar el próximo domingo de la luna nueva, los cuatro—Kahre, Musli, Lena y Dena—fuesen a situarse bajo el árbol del manantial y esperasen allí los acontecimientos.

Pasaron los días, y al llegar el domingo indicado reuniéronse los cuatro con el mayor sigilo y se encaminaron hacia el manantial. Cuando llegaron a él, Kahre, Musli, Lena y Dena treparon sigilosamente al árbol, y tomando asiento seguro entre las ramas esperaron en silencio. Al venir la media noche, el árbol comenzó a agitarse, y pocos momentos después, el tronco era arrancado de raíz y volaba como una pluma por los aires.

—¿Veis como yo decía la verdad?—murmuró Dena—Ya estamos en camino.

—Sí, sí—repuso Kahre—. No nos has mentido. Guardemos silencio y esperemos lo que va a pasar.

Entretanto, el árbol seguía su vuelo grandioso a través del espacio. El ramaje se agitaba, dando a los vientos un rumor potente, como el de un gran raudal de agua que se despeñase en los abismos.

Los cuatro huéspedes del árbol se asían fuertemente a las ramas, temerosos de caer al menor descuido. Llanos, laderas y montes pasaban por debajo con una rapidez que causaba vértigos.

Por fin, después de un vuelo que debió de durar muchas horas, el árbol comenzó a descender, y bien

Cuentos de Calleja

pronto quedó plantado en tierra, sobre la arena de una playa solitaria. Era la misma que Dena conociera. Allí estaba el hosco mar, lleno de sombras; el cielo amplio y obscuro, donde no brillaba ni la menor estrella; la extensión infinita de aquellas orillas arenosas, siempre planas, envueltas en un silencio misterioso, desiertas, donde no crecía una sola planta, y por las que el animal y el hombre no parecían haber cruzado nunca.

—Descendamos—dijo Dena—. Éste es el sitio de que os hablé.

Los cuatro bajaron del árbol, y un momento después, las chispas rojas comenzaron a errar por todas partes, como luciérnagas que dispersa el viento.

Y al verlas, Dena se dijo interiormente:

—Si la otra vez sólo con cuatro chispas de éstas pude pagar mi deuda, que era grande, hoy trataré de apresar cuantas chispas pueda, y con ellas lograré enriquecerme.

—Si la vez anterior cuatro de estas piedras me produjeron diez mil rupias—se dijo Lena en voz baja—, hoy cogeré cuarenta, y esto será diez veces más de lo que me dio el ministro.

—Si por cuatro piedras como éstas—pensó Musli— recibí del rajá diez aldeas, hoy cogeré cuantas gemas sean necesarias para hacerme rajá, ser dueño de un reino y tener ministros a mi servicio.

La codicia rompe el saco



Y Kahre se dijo también:

—¿Por qué aprisionar tan sólo ocho gemas, cuando las hay aquí por todas partes? ¡De ninguna manera! Cogeré cuantas sean precisas para hacer veinte collares y aumentar inmensamente mis riquezas.

Y así, llenos todos de una sórdida avaricia, se entregaron a la caza de las gemas, cayendo aquí, levántandose allá, corriendo desatinados como niños que apresan mariposas, espiándose unos a otros con envidia para ver quién de ellos juntaba mayor número de piedras, en actitudes ridículas e indignas, y dispuestos quizás a matar o a ser muertos para obtener la ventaja en aquella lucha nunca vista.

Había ya gemas suficientes en los bolsillos, en los turbantes, en los mantos; pero la ambición de aquellos hombres era como la mar que tenían delante: sin límite. Así, cuando más intrincada estaba la lucha, un rumor sordo muy semejante al batir de las alas de un gran pájaro fabuloso les hizo dirigir la vista a un mismo punto, y con un asombro que rayaba en locura, los cuatro avarientos vieron con terror que el árbol, arrancado ya de raíz, huía por los aires con la velocidad de una paja que se lleva el huracán.



A la mañana siguiente, la ciudad estaba conster-nada. Los chambelanes acababan de anunciar que el rajá había salido la víspera y no había vuelto aún al palacio, y la grave noticia se esparció por todas partes, sembrando la mayor alarma entre los ha-bitantes.

—¡Ah!—exclamó de pronto alguien—Musli, el primer ministro, debe de saber en dónde se halla, pues estuvo ayer a visitarle.

Todos se dirigieron a la casa del ministro; pero allí supieron que Musli había salido la víspera y se le esperaba aún.

—Pero—añadió uno de los criados—Lena puede saber adónde ha ido Musli, porque ayer vino a visitar-le el prestamista.

Todos se dirigieron inmediatamente a la casa de Lena; pero allí se les dijo que el prestamista había salido la víspera con Dena, y que aun no volvía.

Encamináronse entonces a la casa del vendedor de aceite; mas allí supieron, por la atribulada esposa, que Dena, en compañía de Lena, había salido la víspera y aun no había vuelto.

En vano se hicieron pesquisas de todo género. El tiempo pasó, y los viajeros no retornaron jamás a sus hogares. Tan sólo el confuso relato de la es-posa quedó como única huella de tan extraordinaria aventura.

Cuentos de Calleja

Y desde ese día, cada vez que en aquella ciudad de la India un hombre codicioso pierde lo que tiene por querer abarcar más de lo que pueden sus fuerzas la gente exclama:

—¡Todo se le fue...! Ni Dena, ni Lena, ni Musli, ni Khare... Todo lo ha perdido.

PERICO BUEN-CORAZÓN





PUES, señor, éste era un padre que tenía tres hijos. El mayor de todos se llamaba Juan Manofuerte; el segundo, Antón Cabeza-clara, y el más pequeño, Perico Buen-corazón. Los dos primeros tenían fama de listos y trabajadores; el tercero, en opinión de todos, era un infeliz. No sabía más que echar pan a los pajaritos y estarse arrimado a la chimenea, poniéndose perdido de ceniza.

El padre tenía buen caudal; pero cuando su hijo mayor, Juan Manofuerte, cumplió diez y ocho años, le dijo:



—Es necesario que salgas a correr mundo y a hacer fortuna. Con lo que yo te deje y lo que tú ganes, serás rico; pero sólo serás conocido y honrado por todos si trabajas.

Emprendió su viaje el muchacho, provisto de una buena bolsa, y a los tres años estaba de vuelta: traía un traje magnífico, varios criados y tres mulos cargados de riquezas. El padre salió a recibirle con los brazos abiertos; dispuso en honor suyo un banquete, al que convidó a los personajes de más viso de la ciudad, y durante tres días mandó festejar el regreso de Juan Mano-fuerte.

El segundo hijo, Antón Cabeza-clara, pidió li-

Perico Buen-corazón

cencia al padre para salir, como su hermano mayor, en busca de la suerte. Dióselo el padre, con dinero para que ninguna dificultad le atemorizase, y a los tres años dio la vuelta, más poderoso todavía que el hermano mayor. Los regocijos que el padre ordenó fueron aún más largos, porque la casa iba prosperando con rapidez y la fortuna de los hijos le daba el mayor brillo.

Cuando acabaron los festejos, el hijo tercero, llamado Perico Buen-corazón, se presentó a su padre, pidiéndole permiso para ir, como sus hermanos, a abrirse camino en la tierra. No bien le oyó el padre, soltó la carcajada.



Cuentos de Calleja

—¿Hacer fortuna tú, que sólo sabes echar miga de pan a los pájaros y ponerte perdido de ceniza junto a la chimenea?

Pero tanto insistió el chiquillo, que el padre, para verse libre de él, le dio una cantidad de dinero y licencia para hacer su voluntad como un hombre.

Ni poco ni mucho hubo de preocuparse Perico Buen-corazón por las palabras de su padre, para quien



sólo era un chiquillo sin aptitudes ni preparación ninguna. Salió de su casa con las manos en los bolsillos, mirando correr el arroyo, escuchando el canto de los pájaros y sin preocupaciones por el mañana.

Al vadear un río, vio en la orilla un pez muy brillante que en sus juegos se había salido del agua y, ahogándose fuera de ella, luchaba inútilmente por volver al elemento que su travesura le había hecho dejar. Perico Buen-corazón, al comprender su apuro,

Perico Buen-corazón

lo cogió suavemente y lo echó al agua. Los coletazos de alegría que allí dio el pez, nadie podrá figurárselos. Mirábale con satisfacción el chiquillo, cuando el animal sacó la cabeza, y en lengua que el otro comprendió como la suya propia, le dijo así:

—Tú eres, sin duda, Perico Buen-corazón. Cuando me necesites, a tu servicio me tendrás.





Siguió Perico adelante, y ya se había olvidado del pez, cuando al pasar por un claro del bosque vio a una urraca en grave aprieto. Una comadreja la había atrapado arteramente y se disponía a devorarla. Perico Buen-corazón tiró una piedra, con tal acierto, que la comadreja, para no exponerse a otra pedrada, soltó su presa y echó a correr entre los matorrales. La urraca alisó un poco las plumas y se preparó a volar; pero, antes de alejarse, volviéndose al muchacho le dijo: ◡

—Tú eres, sin duda, Perico Buen-corazón. Cuando me necesites, a tu servicio me tendrás.

No tuvo que andar mucho Perico sin que le ocu-

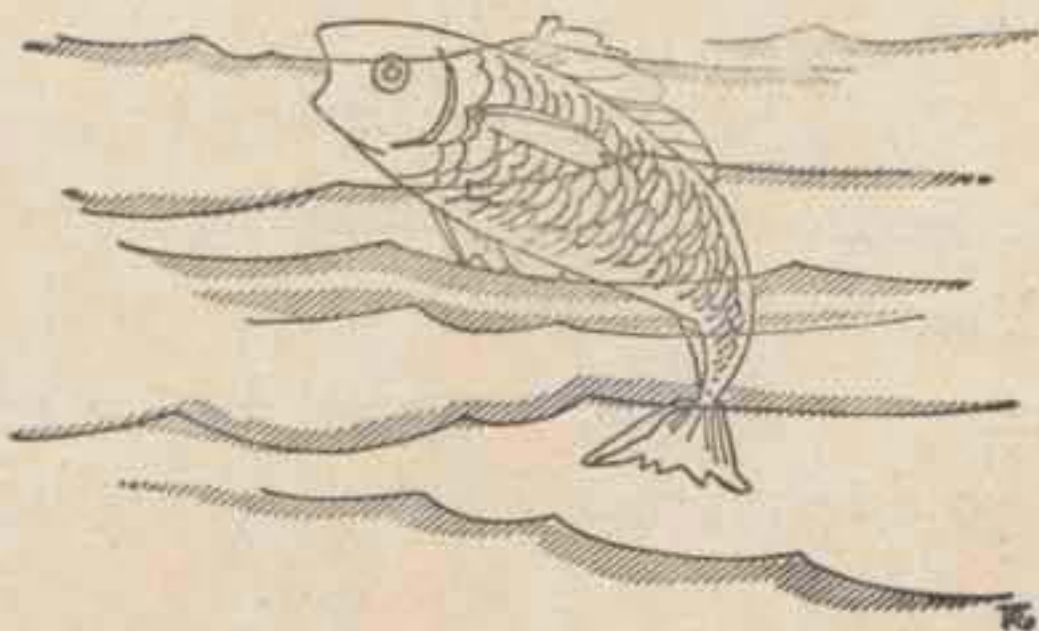
Perico Buen-corazón

rriera un nuevo accidente del mismo género. Vio a unos chiquillos, armados de piedras y de palos, que habían cogido una serpiente y estaban a punto de matarla.

—¿Qué daño os ha hecho? Dejadla y no la maltratéis.

Pero como los chiquillos no le hicieran caso, se la compró por un par de pesetas y, apenas se hubieron alejado, la puso en libertad.

—Tú eres, sin duda, Perico Buen-corazón—dijo la serpiente—. Me has salvado la vida y te doy las gracias; además, puedo recompensarte de manera digna. Como todas las serpientes, voy, cuando llega el otoño, a visitar a mi rey. La estación va muy adelantada y apenas tengo el tiempo justo para no caer en falta. Vente conmigo. El rey de las serpientes, poderoso señor, puede hacerte dichoso. No tienes más que pedirle su anillo de esmeraldas: en cuanto lo frotas, verás cumplido tu deseo, por extraordinario que parezca. Pero cuida de que nadie lo sepa.



Habíanse puesto en camino y pronto llegaron a la gruta del rey de las serpientes. Estaba el rey, que era un boa corpulento como un árbol centenario, de maravillosos matices verdes y grises, rodeado de serpientes menores, tan numerosas, que nadie las hu-



biera podido contar. Al ver a nuestra serpiente seguida de Perico Buen-corazón, dijo con voz sonora:

—¿Cómo tardaste tanto?

—Señor, unos niños crueles iban a quitarme la vida; pero este muchacho que veis aquí me salvó de sus manos y me puso en libertad.

Perico Buen-corazón

Muy importante debía de ser para el rey de las serpientes la vida de aquélla, porque dio con efusión las gracias a Perico y le ofreció lo que quisiera como testimonio de amistad reconocida. Perico Buen-corazón pidió el anillo de esmeraldas, y en seguida lo obtuvo. Die gracias a su vez, y, sin pararse a compro-



bar su eficacia, emprendió el regreso a su país. Como él nunca había engañado a nadie, estaba seguro de que nadie le había de engañar.

Tres años había estado fuera cada uno de sus hermanos; él salió de casa por la mañana y al caer la tarde ya estaba de vuelta.

Cuentos de Calleja

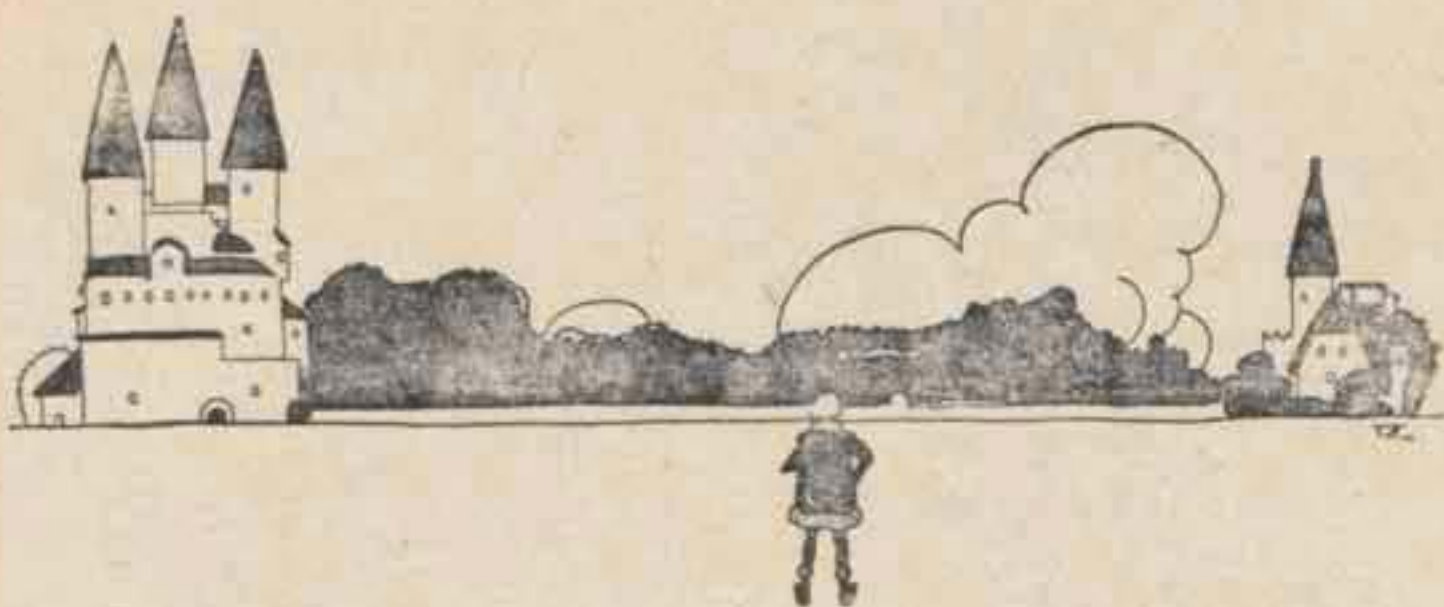
—Aquí vengo, padre, con mi fortuna hecha para toda la vida—dijo al llegar.

Pero el padre, que le veía con el mismo traje raído, soltó la carcajada. Al devolverle su hijo el dinero, vio que faltaban dos pesetas y se rió de nuevo. En seguida, le mandó a acostar, sin ver el anillo.

Gruesas lágrimas corrían por las mejillas de Perico Buen-corazón. Le mandaban a la cama, y no sólo no daban un festín como cuando volvieron sus hermanos, sino que hasta se olvidaban de que no había ce-



Perico Buen-corazón

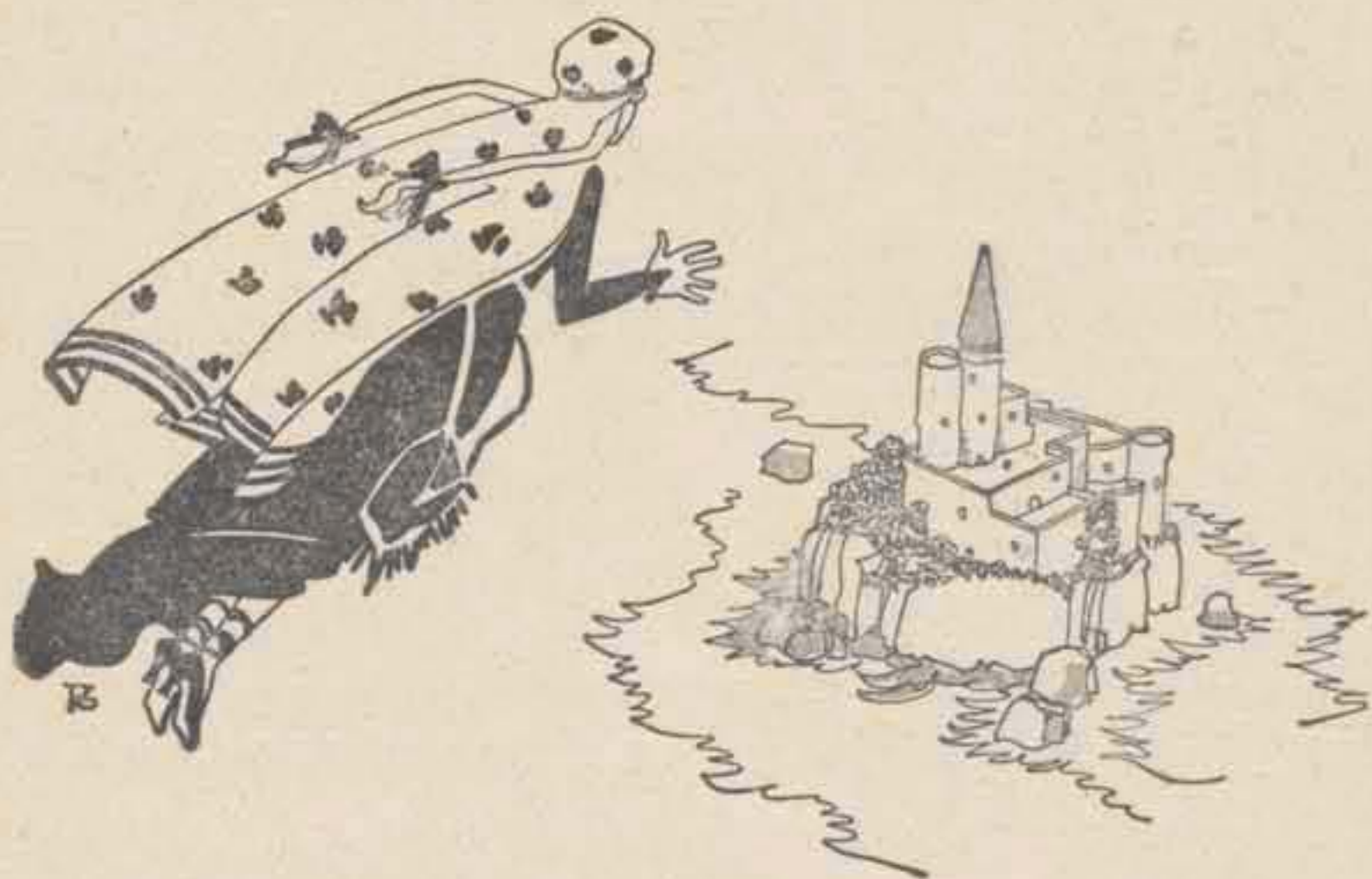


nado aún. Se fue, sin que lo viese nadie, a la orilla del río, escogió el sitio más hermoso, y allí, frotando el anillo de esmeraldas, pidió que se alzase una casa de tres pisos con el mobiliario más espléndido, y en el comedor, servida en vajilla de plata, una magnífica cena para toda la familia. Dicho y hecho: allí estaba la casa, con criados y todo. Se fue luego Perico a buscar a su padre, que aun se reía de su candidez en compañía de los hermanos mayores, y le dijo:

—Padre, ya que no me da ningún banquete, permítame que yo se lo ofrezca en mi casa de la orilla del río.

No tuvo límite el asombro de su padre y de sus hermanos, al ver la casa maravillosa de Perico Buen-corazón. Desde entonces lo consideraron como a la persona más importante de la familia, y él, que no era ambicioso, hizo a todos mucho bien.

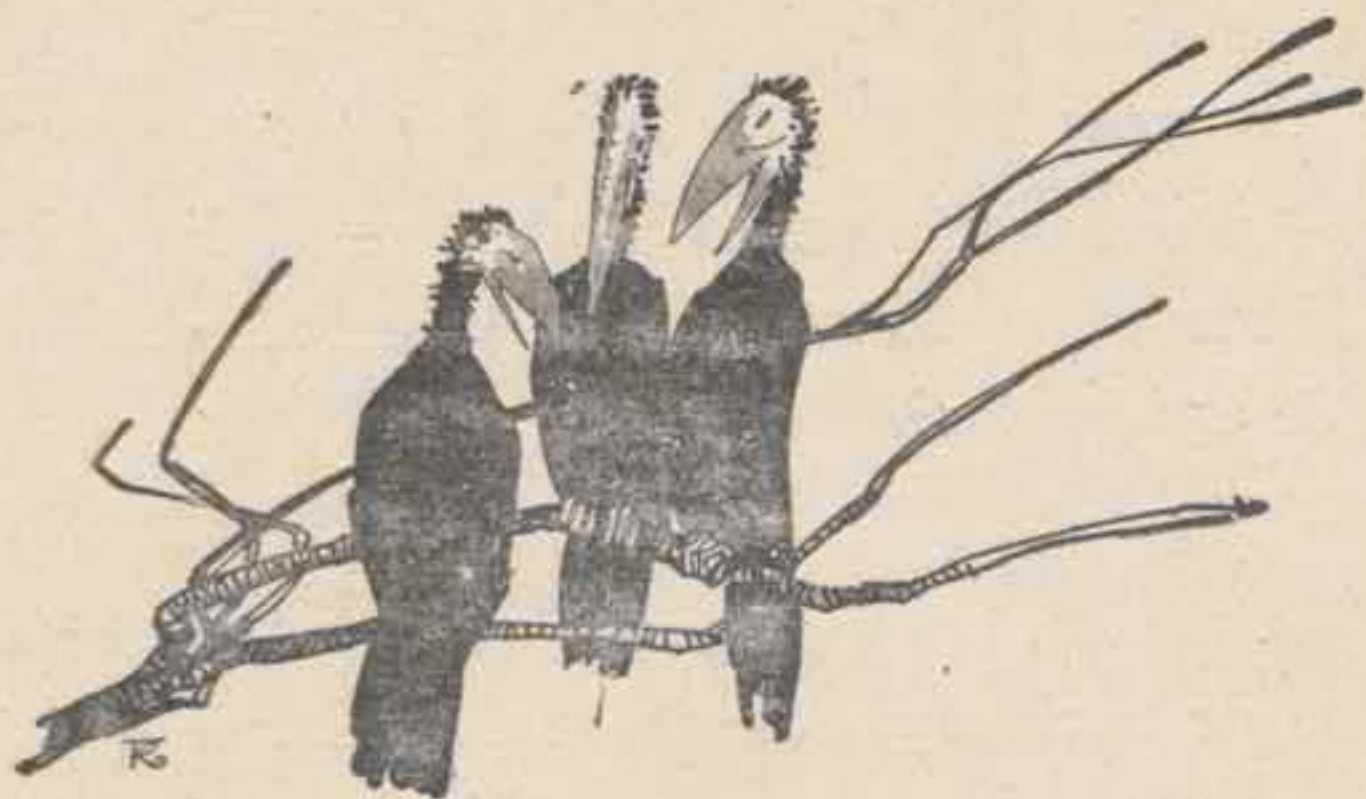
Andando el tiempo, cuando quiso casarse, frotó



el anillo, pidió una torre provista de las más grandes riquezas, una carroza como nunca la vieran ojos humanos, y rogó a su padre que fuese a invitar al rey y a la princesa del aquel país, porque iba a darles un banquete. Al ver el monarca la carroza no dudó un momento en ir junto al que se la enviaba. Entretanto, Perico volvió a frotar el anillo, y un camino enlosado de riquísimos mármoles se extendió desde el palacio real hasta la torre de Perico Buen-corazón. El rey quedó deslumbrado, y pidió al padre de Perico su hijo para casarle con la princesa.

Esta era una criatura necia y orgullosa. Sin apreciar la bondad de su marido, no le quería, porque no era de familia de príncipes. Empeñada en conocer

Perico Buen-corazón



el secreto de su fortuna, le espío al sugerirle un deseo, le vio frotar el anillo y, comprendiendo que allí estaba su fuerza, se dio maña para robárselo mientras él dormía. Cuando lo tuvo en su poder, lo frotó como le había visto hacerlo, y pidió un imponente castillo en medio del mar, lejos de toda tierra. Allí se trasladó por la misma virtud del anillo, y Perico Buen-corazón, al despertar, se encontró sin él y sin la princesa.

Al comprender lo que había ocurrido, salió al bosque a desahogar su dolor. En las ramas de un árbol hablaban unos cuervos. El más viejo preguntaba:

—¿Adónde vas hoy a comer?

—Al castillo de en medio del mar, donde está la princesa que tiene el anillo de esmeraldas—contestaba el segundo.

Cuentos de Calleja

Apenas lo oyó Perico, vio venir volando a su amiga la urraca:

—¿Podrías ir a ese castillo de en medio del mar, y, entrando en el cuarto de la princesa, robar el anillo de esmeraldas?

—Sí puedo.

La urraca, en efecto, salió volando; esperó a que fuese de noche, y, cuando la princesa se quitó sus joyas, entró por la ventana, cogió con su pico el anillo y echó de nuevo a volar para llevárselo a su amo.

¡Cómo se desesperó la princesa! Pero se acordó de pronto de su mirlo favorito y le echó detrás de la urraca para que la hiciese hablar.

Ya llegaba la urraca a la costa y estaba viendo Pe-



Perico Buen-corazón

rico relucir el anillo, cuando el mirlo de la princesa la alcanzó:

—Dime, urraca, ¿me quieres vender ese anillo?

—¡No!—dijo la urraca imprudente; y al decir «¡No!» se le cayó el anillo al mar.



Lloraba Perico Buen-corazón al ver perdida para siempre la joya encantada, cuando, de repente, vio acercarse a la orilla la chata cabeza reluciente de un pez. El anillo brillaba en su boca. Cuando Perico lo tuvo en la mano, oyó que le decía:

—Soy el pez que salvaste y te ofreció estar a tu servicio cuando le necesitaras. Ya eres rico para

Cuentos de Calleja

siempre. Pero yo te debo más, porque si vivo es por tu ayuda.

Nadie disputó en adelante su anillo a Perico Buen-corazón. ¿Y la princesa? La princesa se quedó en su castillo, en medio del mar, y allí ha de permanecer todavía. Pero esto pasó hace mucho tiempo, y de seguro está ya hecha un vejestorio.



EL PRÍNCIPE RABANITO

POR

LUIS DE TAPIA





CAPÍTULO I

LA SIMIENTE REAL



UM-Chin-Chin era un chinito muy viejo, muy viejo; que tenía un tesoro muy grande, muy grande; pero de un tamaño muy chico, muy chico. Más chico que un granito de arroz.

Kum-Chin-Chin poseía nada menos que la semilla de una planta maravillosa que daba príncipes, como los rosales dan rosas.

Un mago había entregado a Kum-Chin-Chin la regia simiente. Kum-Chin-Chin la guardaba en una linda cajita de oro, y jamás se atrevía a mirarla,

abriendo la caja, por miedo a que el aire se llevase volando su tesoro.

Pero dentro de la cajita la semilla no podía desarrollarse. Kum-Chin-Chin, que no tenía tierras en que plantar aquel granito maravilloso, se desesperaba y lloraba con sus oblicuos ojos de chinito triste.

Un amigo le aconsejó que fuese a Pekín a ver al emperador.

Así lo hizo Kum-Chin-Chin, y ante Su Majestad Imperial habló de esta manera:

—Gran señor: Yo tengo en mi poder una semilla nueva. El mago Confú me la ha entregado para que la plante en este país, pues la familia de los rabanitos ha de nacer en China. Yo no poseo tierras, gran señor, porque soy pobre. Haced que vuestro ministro de Agricultura mande plantar mi simiente en las tierras de la nación, y un príncipe sonrosado, picante y hermoso os dará las gracias.

El emperador quedó asombrado ante estas palabras y contestó a Kum-Chin-Chin:

—Que se haga lo que desees; pero si me engañas y de tu semilla no brota el príncipe, te haré cortar la cabeza.

Kum-Chin-Chin dio un salto de alegría, porque tenía gran confianza en que el mago Confú no le había engañado. Y, por lo tanto, su cabeza estaba segura.

El príncipe Rabanito



CAPÍTULO II

FIESTA SOLEMNE

傳
起
誓
釋
囚

EL día en que fue plantada la semilla de Kum-Chin-Chin hubo una gran fiesta en China.

Las tropas imperiales formaron el cuadro alrededor de la tierra elegida para cunita del príncipe.

Un mandarín, vestido de rojo, hizo un hoyito en el suelo y enterró la negra simiente que Kum-Chin-Chin, caminando bajo un enorme quitasol verde, había traído en su cajita de oro.

Los tambores redoblaron al caer la semilla en tierra, y el pregonero leyó el pregón que aquí se copia y cuya lectura acaso os cueste algún trabajo.

La sentencia era terrible. Decía así: «Si en el plazo de tres meses no brotaba el príncipe, la cabeza de Kum-Chin-Chin sería cortada, colgada de la propia coleta y aprovechada para péndulo de cualquiera de los relojes de pared que adornaban palacio».

Kum-Chin-Chin quedóse un poco pensativo.

CAPÍTULO III

LA GRAN NEVADA

DESDE que oyó el pregón, el pobre chinito no tuvo día tranquilo. Todas las tardes iba a ver el lugar donde la semilla yacía enterrada.

Estaba deseando ver salir de la tierra el regio tallo; pero nada se veía aún... Durante dos meses, las visitas al campo no se interrumpieron.

De pronto, Kum-Chin-Chin experimentó un susto horrible. El cielo empezó a nublarse y la nieve a caer sobre el terreno en que debía nacer la planta.

Tres días seguidos estuvo nevando, y una enorme sábana blanca cubrió la cuna del futuro príncipe.

Kum-Chin-Chin vio su cabeza colgada del reloj



Cuentos de Calleja

de palacio. La nieve helaría la semilla, el principito no nacería y él sería decapitado.

Fue, llorando, a ver al mago Confú, y éste le dijo:

—No te apures. Iremos a ver al Sol y le pediremos que funda la nieve.

Kum-Chin-Chin y Confú, en un soberbio aeroplano, subieron y subieron hasta acercarse al astro solar.

El pobre Kum-Chin-Chin sudaba cada vez más y casi se derretía al irse acercando al Sol.

Confú, como era mago, no sentía calor ni frío.

Una vez en presencia del rey de las estrellas, los chinos aviadores le expusieron sus deseos.



El príncipe Rabanito



El Sol abrió su enorme boca, de la que salió un vaho muy caliente, y les dijo así:

—Os complaceré en todo, porque sois chinos. Los chinitos y japoneses son mis hijos predilectos y vuestro imperio es el imperio del Sol Naciente. Además, yo también soy, como vosotros, amarillo.

Kum-Chin-Chin y el mago bajaron a la tierra tan contentos y vieron con júbilo que la nieve se había fundido a los rayos solares, y que de la tierra que cubría la semilla brotaba un lindo plumerito de hojas verdes.

CAPÍTULO IV

EL HOMBRE DEL VINAGRE

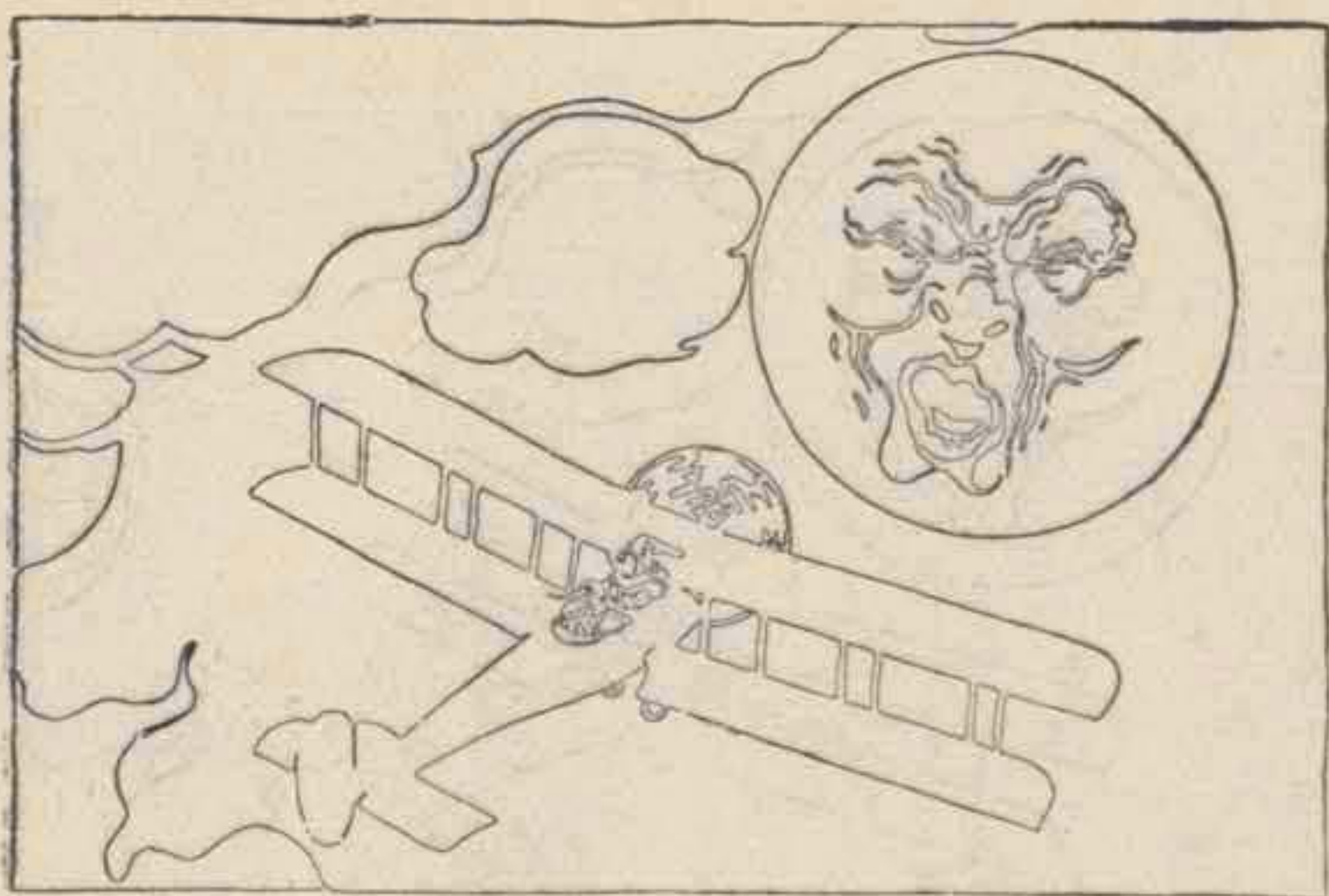
MIENTRAS el mago y Kum-Chin-Chin se entrevistaban con el Sol, una sombra muy negra, muy negra, había cruzado rápida sobre la blanca sábana de nieve que cubría la cuna principesca.

No era un negro cuervo, ni una bruja, ni un fantasma. Era la sombría silueta de un hombre, embozado en una gran capa obscura, bajo la que ocultaba un extraño frasco de cristal en que se leía, en letras rojas, la palabra *Vinagre*.

Aquella sombra maléfica bailó un poco sobre el hoyo en que la semilla yacía enterrada, y desapareció a grandes trancos.

El príncipe Rabanito





Antes de desaparecer, pronunció con voz cavernosa una palabra muy rara:

«¡Cadafuch!»

El hombre del vinagre era, en verdad, misterioso.

CAPÍTULO V

¡NACE EL PRÍNCIPE RABANITO!

KUM-CHIN-CHIN, loco de alegría, al ver las hojitas verdes que de la tierra brotaban, invitó a todas las plantas, flores y frutos del imperio para que presenciassen el nacimiento de la nueva especie botánica de los rábanos.

Con gran emoción, el chinito tomó suavemente

El príncipe Rabanito

la planta entre sus dedos y dio un tironcito hacia arriba. Un débil quejido brotó del suelo.

—Tirad poco a poco—dijo Rabanito—, no vayáis a quedaros con mi cabecita entre las manos.

Kum-Chin-Chin dio otro tirón, más suave, hacia afuera.

—¡Qué frío!—exclamó el príncipe.

Rabanito tenía frío, porque su roja carne empezaba a salir a la superficie de la tierra.

—Nace desnudo; mirad qué carne tan sonrosada—dijo una malva real elegida, por ser real, para nodriza del nene.

—¡Viva el príncipe!—gritaron todas las plantas presentes en la ceremonia, a excepción de algunos nabos envidiosos que palidecían y amarilleaban de en-



vidia al ver aquellas carnes principescas, más sanguíneas que las suyas, anémicas y descoloridas.

—Tenéis que vestir al niño—dijo Kum-Chin-Chin.

En seguida una morada lombarda ofreció la mejor de sus hojas para manto regio, y una verde judía prestó su vaina para encerrar en ella la espada real que había de ceñirse al cinto el nuevo príncipe. Un collar de guisantes fue una especie de Toisón, y el



heredero del trono agrícola quedó compuesto y acicalado *como un príncipe*.

Con gran esmero y cuidadoso trato fue el niño conducido a palacio, donde le esperaba la corte entera.

Rabanito tomó posesión de su trono y saludó con gracia a los aduladores girasoles que ante él doblaban sus tallos y le seguían a todas partes con sus redondas caras amarillas.

Después tomó una violeta y la convirtió en el pendón morado de su reino.

El príncipe Rabanito

Luego recibió el regalo, que la corte le hacía, de un ajito muy gracioso y muy picante en sus dichos, que le serviría de bufón.

Al hacerle entrega de tan picaresco compañero, la corte dijo al príncipe, con gran cariño:

—Ajito al nene.



CAPÍTULO VI

INFANCIA DEL PRÍNCIPE

RABANITO era un niño muy lindo.

Pero no basta ser bonito para ser un buen príncipe; hay que ser también instruído.

Y Rabanito tuvo que ir a la escuela.

Todos los días, con su carterita colgada del hombro, asistía a la escuela del maestro Cardo.

El profesor Cardo asustaba con sus pinchos a

Cuentos de Calleja

los chicos, pero por dentro era muy dulce y muy bueno.

Los maestros de escuela suelen ser así. Por fuera parecen hoscos y malos, pero es sólo por fuera.



El príncipe Rabanito

Los pinchos de los cardos son únicamente *para asustar*.

Rabanito estudió mucho y jugó también mucho con sus compañeros de colegio.

Era feliz, y una noche tan sólo pasó un miedo horrible.

—¡El coco...! ¡El coco!—gritó, aterrorizado.

Pero no era el coco lo que Rabanito había distinguido. Quien le dio aquel susto fue *el hombre del vinagre*, que había cruzado por la alcoba real repitiendo sin cesar la palabra terrorífica y extraña:

—¡Cadafuch...! ¡Cadafuch...!

Rabanito enfermó del susto y tuvo que quedarse en cama.



CAPÍTULO VII

¿QUE TENDRÁ EL PRÍNCIPE?

Los médicos de cámara no sabían cuál podía ser la enfermedad de Rabanito.

El niño sentía un picor muy grande y tenía la piel colorada; pero esto es muy frecuente en los rábanos. Además, la fiebre era muy alta y el termómetro que le pusieron bajo el caído plumerito de verdes hojas marcaba 41 grados.

El pobre príncipe no podía dormir. En el delirio de la calentura decía a voces:

—¡Cadafuch...! ¡Cadafuch! Yo no quiero vinagre...

Rabanito no quería vinagre, ni aceite de ricino, ni magnesia, ni nada.

Todas las plantas medicinales se reunieron en torno de su camita dorada.

Ni la digital, ni la flor de malva, ni la tila, pudieron tranquilizarle.

De pronto, una adormidera se inclinó sobre el lecho del enfermo y le dio un beso. Rabanito se quedó dormido profundamente.

Cuando despertó, el quino y la zarzaparrilla se encargaron de hacerle bajar la calentura. Y el parte diario de palacio, colgado de un alto espárrago, dio cuenta al reino de la mejoría del príncipe.

¿Sabéis lo que había tenido Rabanito?

El príncipe Rabanito

Pues... escarlatina: enfermedad muy difícil de conocer en la piel de los rabanitos.



CAPÍTULO VIII

BODAS REALES

EL tiempo pasaba.

Rabanito era un joven muy lindo y había que casarle.

Varias princesas, de alta estirpe vegetal, aspiraban a su mano.

Cuatro novias se presentaron en palacio dispuestas a ser elegidas: la princesa *Cebolla*, la infanta *Alcachofa*, la extranjera princesa *Col de Bruselas* y la humilde *Remolacha*.

Las cuatro fueron invitadas a una suntuosa fiesta palatina, en la que Rabanito había de escoger esposa.

Toda la corte asistió a la interesante ceremonia. Las más lindas flores acudieron al baile: Los *calabacines* vistieron sus lindos uniformes verdes; las viejas y arrugadas *trufas*, damas de la antigua aristocracia, dieron, con sus negros trajes, seriedad al acto, y las *ñedras*, *campanillas* y *enredaderas* formaron con sus hojas un verde túnel, por el que las princesas habían de desfilar.

Los salones estaban alfombrados de pétalos de rosas; asistían los ministros, y la clase popular, formada por las patatas y las habichuelas, también acudió gozosa.

A la hora señalada apareció el príncipe en la regia

El príncipe Rabanito

estancia, acompañado de su preceptor y de su bufón *Ajito*. Después de saludar a todos, sentóse en el trono, dando orden de que las princesas desfilasen ante su vista.

Ajito iba señalando al príncipe las ventajas e inconvenientes de cada novia.

—No te cases con la Cebolla—le dijo al desfilarse la blanca princesa—. Te gastará mucho en modista,



pues ya ves cuántas faldas usa. Además, te hará llorar si te salta a los ojos. Es una señorita muy triste y de no muy buen color...

Rabanito reía y escuchaba atento a su bufón.

—Tampoco con ésta te debes casar—repetía al paso de la Alcachofa—. Esta gasta también muchas capas verdes, y aunque *tiene su corazoncito*, lo tiene muy amargo. Huye de la amargura en tus bodas. No seas tonto.

El príncipe, viendo que ninguna de las princesas agradaba a su murmurador amiguito, le dijo por lo bajo:

—Si la Cebolla es triste y la Alcachofa amarga, ¿con cuál he de casarme?

—Con la Remolacha—contestó el bufón—. Esta princesa es sana, roja, bonita, y sobre todo dulce. Con ella pasarás una eterna *luna de miel*. Cuanto más la aprietes entre tus brazos, más azúcar te dará.

Tras estas explicaciones, la boda quedó convenida.

Rabanito se casó con la *Remolacha*; pero...



CAPÍTULO IX

¡SIEMPRE LA SOMBRA FATAL!

PERO no fue feliz.

Cuando, en viaje de novios, Rabanito y Remolachita visitaban el país de los Tulipanes, la sombra maldita del *hombre del vinagre* cruzó ante la unida pareja y dijo al oído de la princesa:

—¡Cadafuch...! ¡Cadafuch...!

El príncipe Rabanito

Remolachita empezó a enfermar, y a los pocos días moría de diabetes, que es la enfermedad del azúcar.

Rabanito se desesperó y juró vengarse de la sombra fatídica.

La princesa fue enterrada con gran pompa, siendo llevada al camposanto dentro de un azucarero con ruedas que semejaba una linda y dulce carroza fúnebre.

El príncipe, cumplido tan piadoso deber, arengó a su pueblo y le propuso declarar la guerra *al hombre del vinagre*.

—¡La guerra...! ¡Sí; la guerra!—gritaron todos los rábanos del reino.

Y la movilización quedó acordada.

CAPÍTULO X

EL EJÉRCITO ROJO

NADA tan pintoresco y bonito como el ejército que se alistó para defender al príncipe de la sombra fatal.

Todos los rábanos del principado salieron de sus cestas, y dando al aire sus verdes plumeros y luciendo sus



Cuentos de Calleja



rojos uniformes marcharon en manojos de *a cinco* en fondo hacia los campos de batalla.

El *hombre del vinagre* poseía una inmensa fortaleza, armada de un enorme cañón que apuntaba al cielo. Era esta fortaleza como un castillo de piedra rodeado de una gran verja de hierro. Dentro del castillo se escuchaban ruidos siniestros. De vez en vez el grueso cañón vomitaba negras columnas de humo. Jamás se veía salir la bala del cañón, pero el humo no dejaba de salir rojizo y negruzco.

Los rabanitos circundaron la extraña fortaleza.

Rabanito, dentro de su tienda de campaña, formada con hojas de maíz, se entrevistaba con los generales de su estado mayor.

Ajito animaba al príncipe, diciéndole:

—No temas. Contra ti nada podrá ese fantasma. Tú eres príncipe.

El príncipe Rabanito

—Sí—respondía Rabanito—, pero no hay que tener soberbia. Contra las sombras es muy difícil luchar.

Un correo de gabinete vino a anunciar que el enemigo había sido divisado.

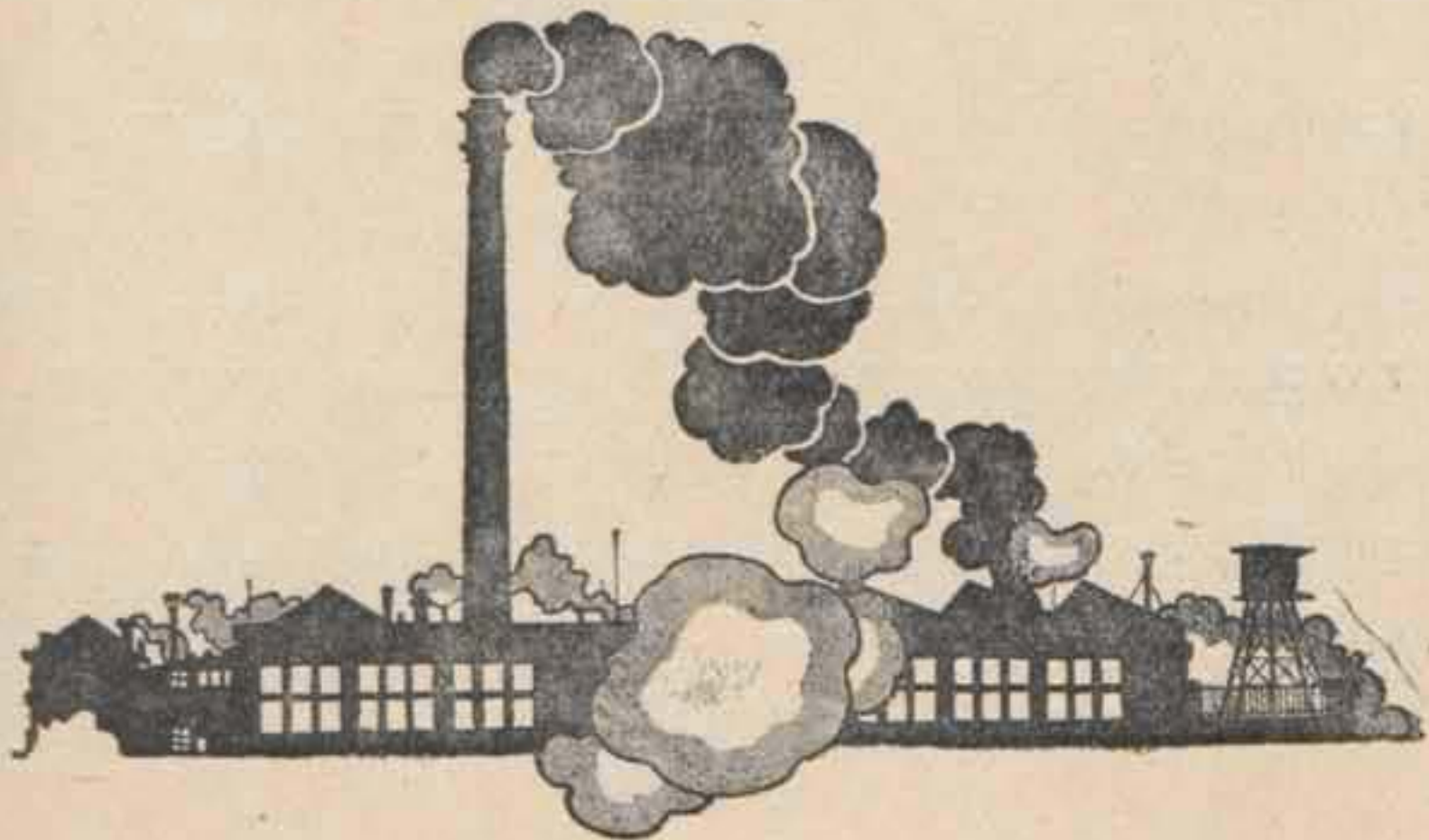
Esta vez llevaba bajo la capa un enorme cuchillo, en cuya hoja se leía esta escalofriante inscripción:

«Os haré picadillo».

Aquello no podía tolerarse, y la orden de asalto fue dada.

Los rabanitos de infantería avanzaban ligeros; las alubias de artillería dispararon sin cesar; los guisantes caían como bombas sobre la fortaleza.

Granito de uva, la cantinera, que como mujer era muy valiente y muy curiosa, se acercó al castillo durante el ataque y pudo mirar por una de sus ventanas.



Cuentos de Calleja

Quedó horrorizada.

Unas inmensas y extrañas máquinas trituraban y partían en pedacitos a los prisioneros del ejército rojo. Rábanos, pepinillos, zanahorias y trufas pasaban entre afiladas ruedas y caían luego a un avinagrado



caldo que *el hombre del vinagre* revolvía con un gran cucharón.

—¡Cadafuch...! ¡Cadafuch!—repetía el siniestro personaje mientras agitaba la mezcla sangrienta...

El relato de *Granito de uva* puso los plumeros de punta a los rabanitos que aun no habían tomado parte en la batalla.

CAPÍTULO XI

LA FORTALEZA NEGRA

EL príncipe decidió acabar de una vez, y avanzó solo hasta el fuerte.

Al llegar frente a los muros del castillo encantado, el cañón empezó a lanzar un humo espeso. Aquella era, sin duda, la Fortaleza Negra.

Rabanito pudo leer en la pared la palabra trágica:

«¡Cadafuch!»

Algo más decía el letrero, pero el humo del cañón no dejaba distinguir el resto.

Aquello era misterioso.

De pronto, el príncipe se sintió oprimido entre dos enormes dedos que le ahogaban.

Quiso gritar, pero no pudo. Rápidamente los dedos le arrastraron hacia el interior del fuerte.

Un ruido de cadenas, hierros y cuchillos se extendió por todo el campamento.

Los rabanitos se arrojaron todos tras su príncipe al interior del edificio, y todos murieron. Tan sólo *Ajito* logró escapar de la tragedia y por él se supo luego todo el misterio de la Fortaleza Negra.

CAPÍTULO XII

¡SE ACLARA EL ENIGMA!

CUANDO, pasada la batalla, dejó de arrojar humo el negro cañón del fuerte, que no era sino un enorme cañón de chimenea de ladrillo, pudo leerse con entera claridad sobre el muro la inscripción siguiente:

CADAFUCH HERMANOS

Gran fábrica de conservas vegetales.

PEKÍN (CHINA)

Cadafuch era un comerciante catalán que con su hermano se había establecido en China.

El príncipe Rabanito y los suyos yacían, dentro de frascos cristalinos, convertidos en *pikles* y en sabrosos *variantes* o *encurtidos*.

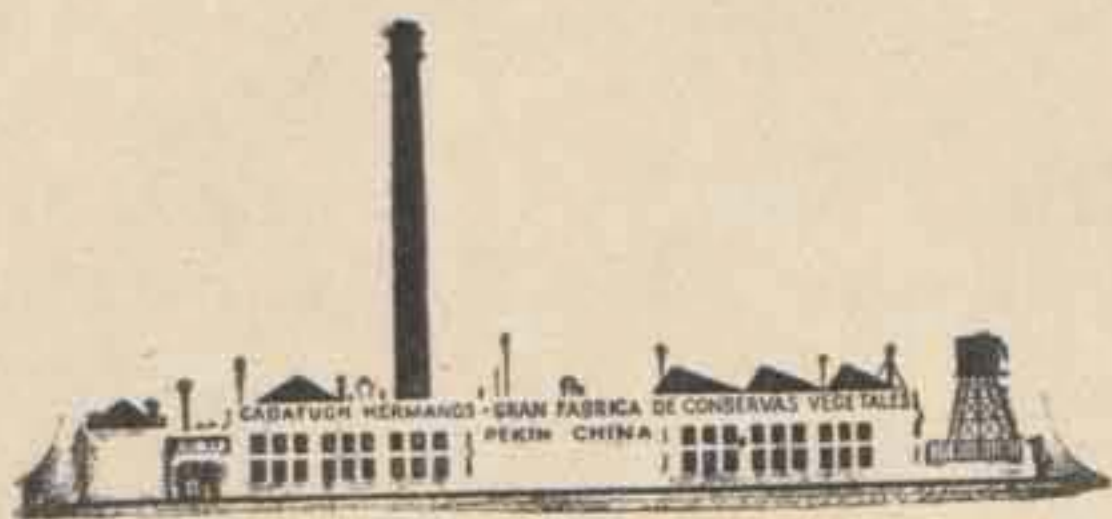
Los pedacitos del príncipe se veían a través de aquel vidrioso tarro que siempre acompañó al *hombre del vinagre*.

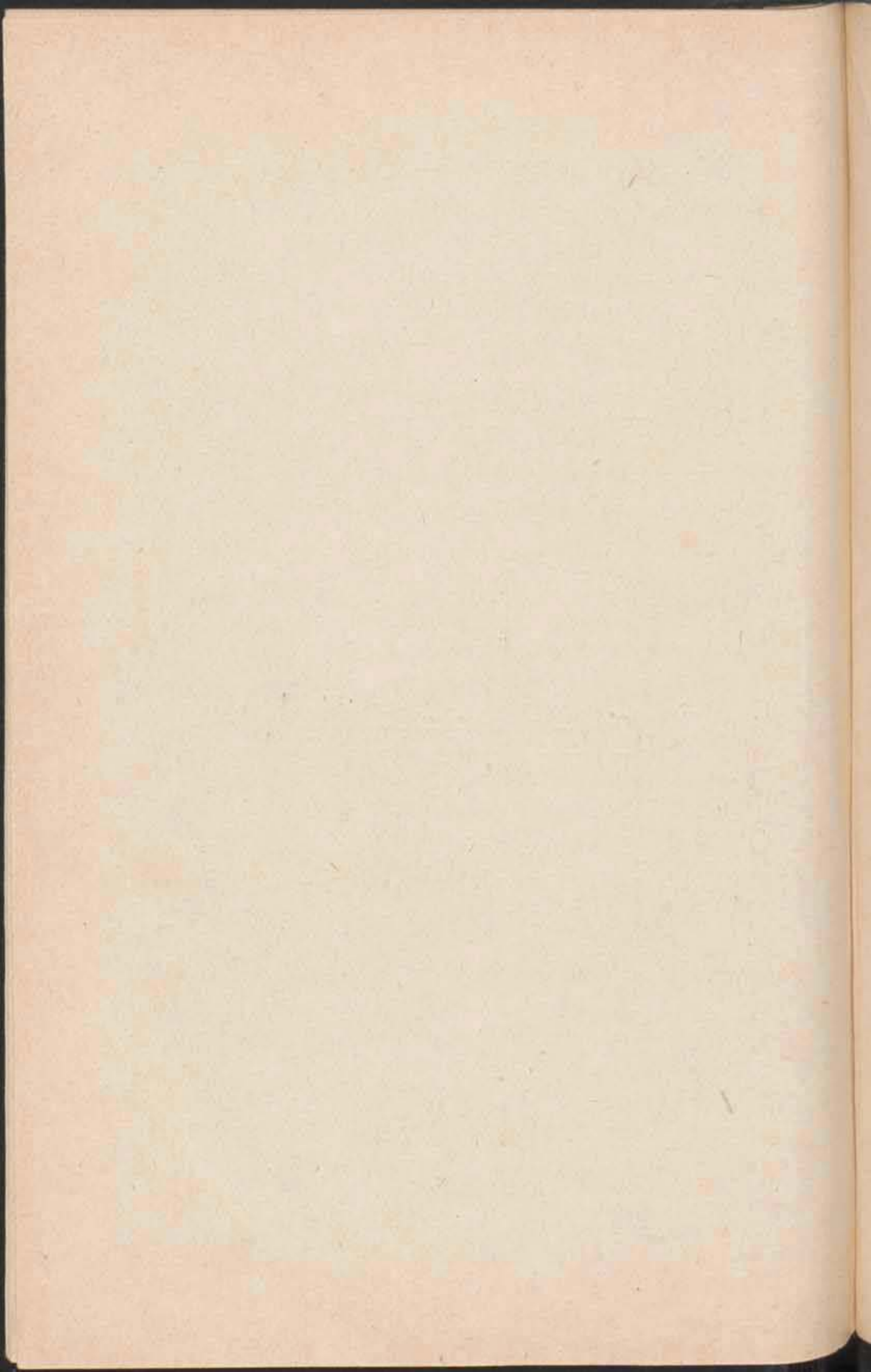
A todos nos acompaña, apareciendo y desapareciendo a ratos, el enigma de nuestra suerte futura.

El príncipe Rabanito

Por altos que nos veamos, no debemos olvidar
que el destino nos vigila.

Y la moraleja salta
bien clara. Nadie consagre
el orgullo, que es gran falta,
pues la existencia más alta
puede dar en el vinagre.

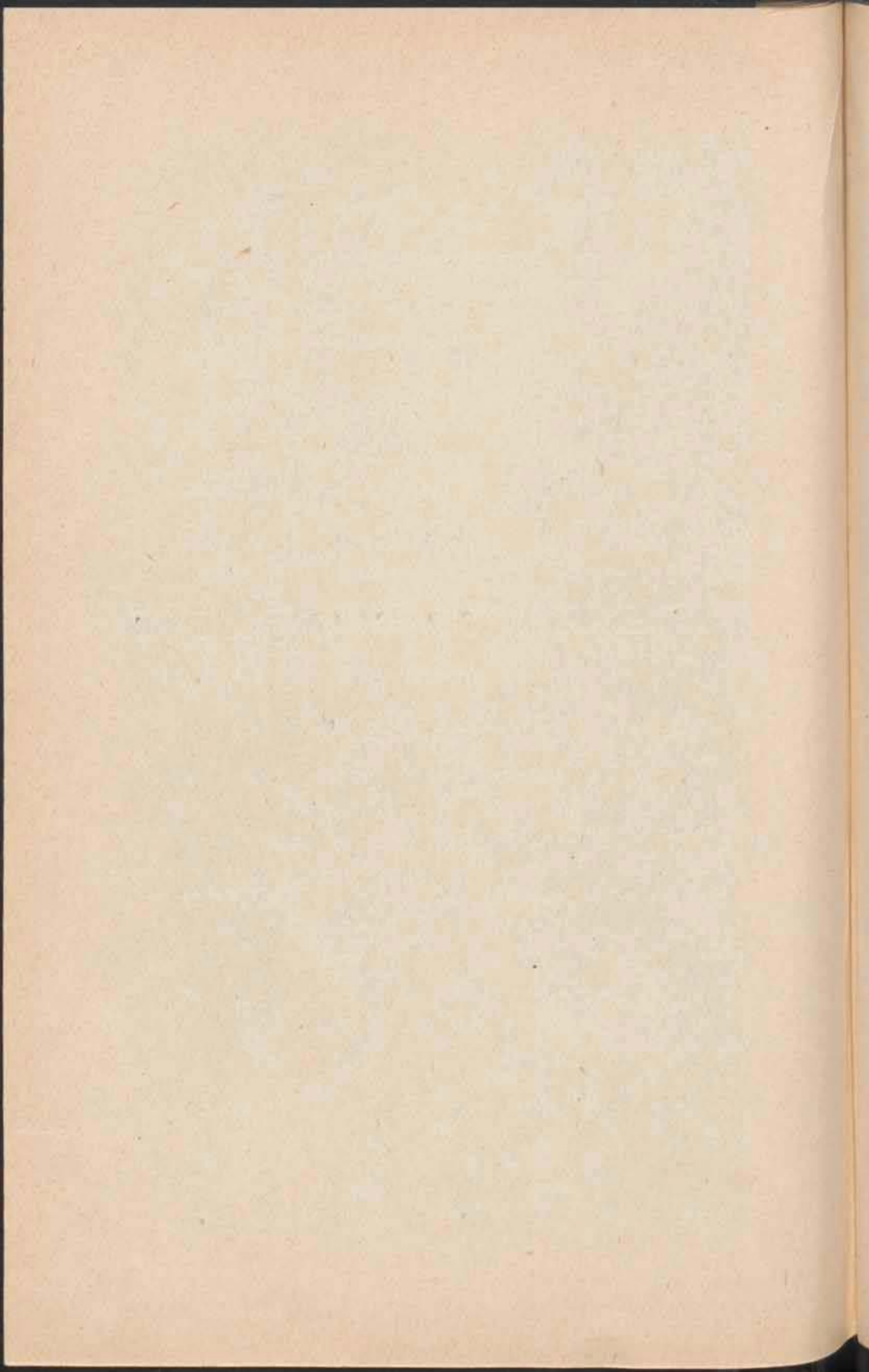


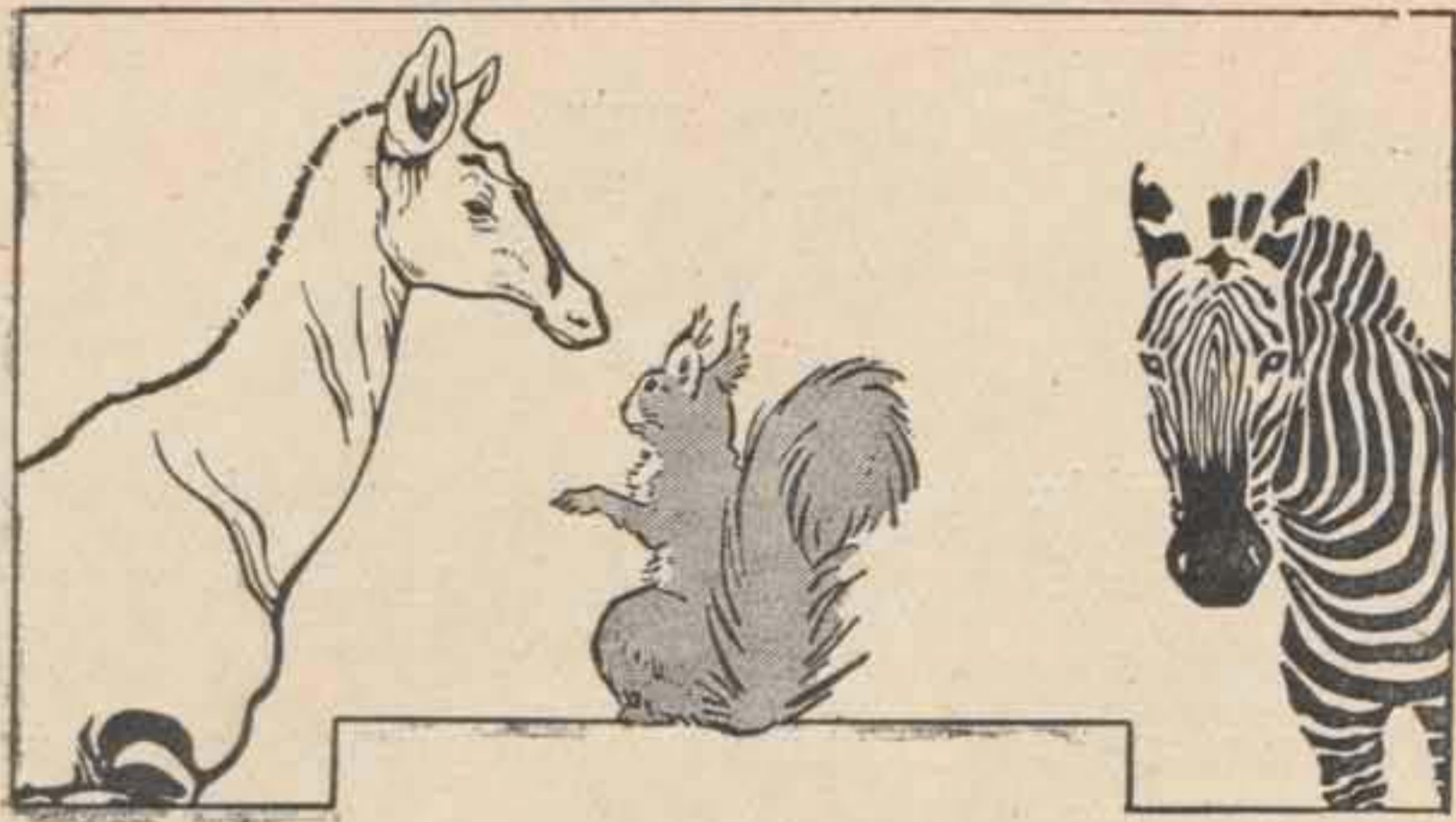


LOS ANIMALES DESCONTENTOS

POR

LUIS DE TAPIA





CAPÍTULO I

LA ARDILLA, ENFADADA

LA ardilla, como sabéis, niños queridos, es un animalito inquieto, que siempre quiere estarse moviendo.

Es aquel animalito a quien el caballo acusa de inútil agilidad en la fábula que dice así:

Tantas idas
y venidas,
tantas vueltas
y revueltas,

Cuentos de Calleja

quiero, amiga,
que me digas,
¿son de alguna
utilidad...?

La ardilla, en efecto, es el roedor que más se agita en su vida. Corre, salta, sube y baja por las ramas de los árboles y nunca se está quieta.

¡Calculad, niños amados, lo que sufrirá una ardilla disecada!

En el Museo de Historia Natural existía hace tiempo una preciosa ardillita muy bien disecada, con sus patitas en el suelo y sus dos manos levantadas



Los animales descontentos



en alto para poder agarrarse a las ramas de un arbusto.

Yo la veía así, y me daba pena.

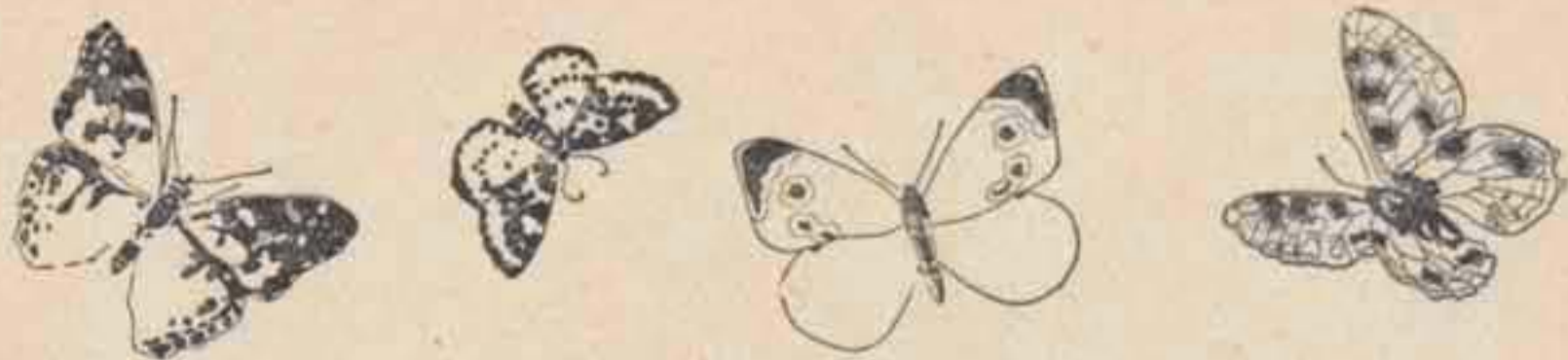
—¡Cuánto debe sufrir—pensaba yo—, sin poder moverse! ¡Siempre quieta, con sus ojitos de cristal fijos, con su cola inmóvil, con su entreabierto hociquito, siempre entreabierto...!

Y sufría, efectivamente.

Una noche, después de cerrado el Museo, me lo confesó.

—Yo me desespero—me dijo en tono muy bajo—. Es horrible tener que estar aquí días y días en la misma postura. Ya me canso. Y no sé cómo lo aguan-

Cuentos de Calleja



tan todos estos bichos grandes y pequeños que me acompañan y que están inmóviles en esas vitrinas tan grandes y tan llenas de alcanfor...! Pero esto no ha de seguir así. Yo hace días medito un plan. Y cualquier noche de éstas lo pongo en práctica...

La ardilla, tal como lo había concebido, una noche saltó de su encierro; rompió el cristal del armario en que se hallaba encerrada, y puso en práctica su fantástico plan.

Lo primero que hizo fue encaramarse en una tarima y dirigir la palabra a los demás animales disecados.

—Sois unos tontos—les decía—. Lleváis ahí años y años encerrados y quietos, siempre en esas posturas absurdas, con las bocas abiertas y las lenguas fuera de las bocas. No sabéis lo que ocurre en el mundo. El aburrimiento os va a matar. ¡Arriba todos! Bastará un esfuerzo de vuestra voluntad para veros libres... ¡Mirad lo que he hecho yo...! Querer es poder...

El discurso de la ardilla se prolongó unos minutos. Poco a poco, y según ella iba hablando, los animalitos disecados empezaban por volver sus cabezas con

Los animales descontentos

curiosidad para mirar a la parlanchina. Después cerraban sus bocas y empezaban a estirarse. Sus patas, tanto tiempo quietas, se hallaban entumecidas... ¡Con cuánto gusto los leones, los leopardos, los tigres, enarcaban su espinazo, y hacían ese movimiento que hacen en las casas los gatitos...! Se desperezaban con júbilo, y, rompiendo los vidrios, saltaban de las vitrinas, vivos y alegres.

El bullicio que se fue armando en la sala del Museo era espantoso.

En todos los armarios se agitaban las alimañas más diversas. Los peces se desprendían de los cartones en que estaban pegados y, dando saltos, avanzaban hacia el estanque del jardincillo que circundaba el Museo, para meterse en el agua. Las grandes





serpientes se arrastraban por el suelo, moviendo sus anillos. Las aves volaban cerca del techo, moviendo un gran estrépito. Los insectos zumbaban, y las mariposas de colores revoloteaban en torno a la ardilla,

Los animales descontentos

que, encantada al ver en movimiento toda aquella tropa de animales, daba saltos y más saltos de alegría.

Yo me afano,
mas no en vano, etc., etc....

Al ruido de los cristales rotos, de los aullidos de las fieras, de los cantos de las aves, de toda aquella resurrección animal, en fin, acudieron los ujieres y porteros del Museo. Pero apenas vieron aquel espectáculo salieron a escape de las salas, no sin que un orangután enorme les tirase el coco que tenía en la mano derecha cuando estaba disecado, y que aun conservaba entre sus uñas.

La primera idea que surgió en el cerebro de los recién resucitados fue la de escapar. Cada bicho quería irse cuanto antes a su país. El oso blanco se quejaba del calor y deseaba lo más pronto posible verse en el Polo. En cambio, el león decía que sentía un frío horrible y que el Desierto le estaba haciendo mucha falta.

Pero las gruesas puertas del edificio estaban cerradas con cerrojo, y los animales se agolpaban todos a la salida sin poder ganar la calle.

—¡El elefante, que venga pronto el elefante!— gritaron mil gargantas rojizas.

La ocurrencia de llamar al fuerte paquidermo para que los sacase del apuro fue un éxito. El elefante

llegó blandiendo su enorme trompa, apoyóse *ligera-mente* sobre las hojas de la puerta, y éstas cedieron al punto.

—¡Bravo, bravo!—gritaron todos los bichos.

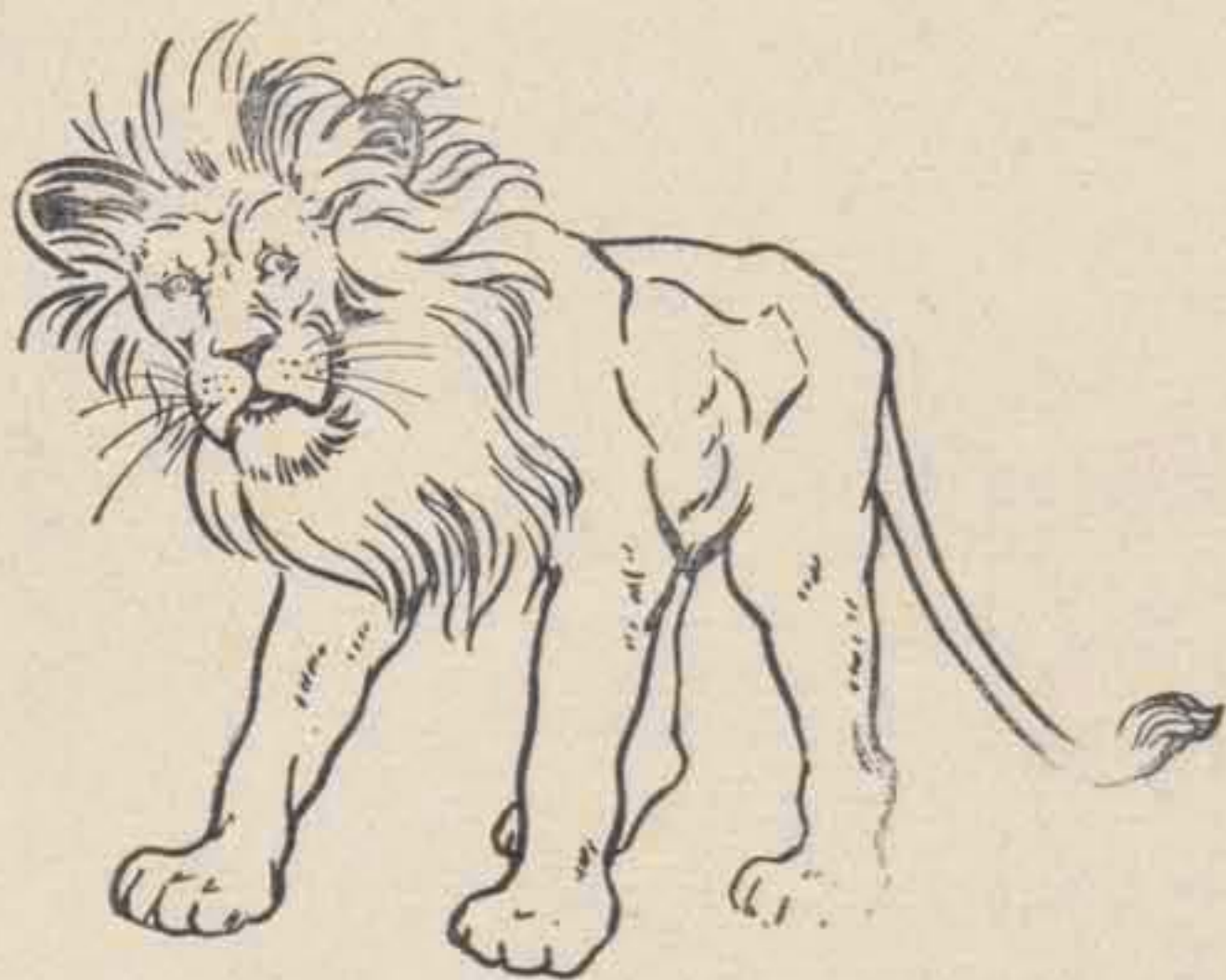
E inmediatamente pusiéronse en la más desordenada fuga.

CAPÍTULO II

¡EN LIBERTAD!

EL primer animal que salió a la calle corriendo a todo correr, fue el toro. Esto lo habían acordado entre todos sus compañeros de colección.

—Tú sales el primero—le habían dicho—y espan-

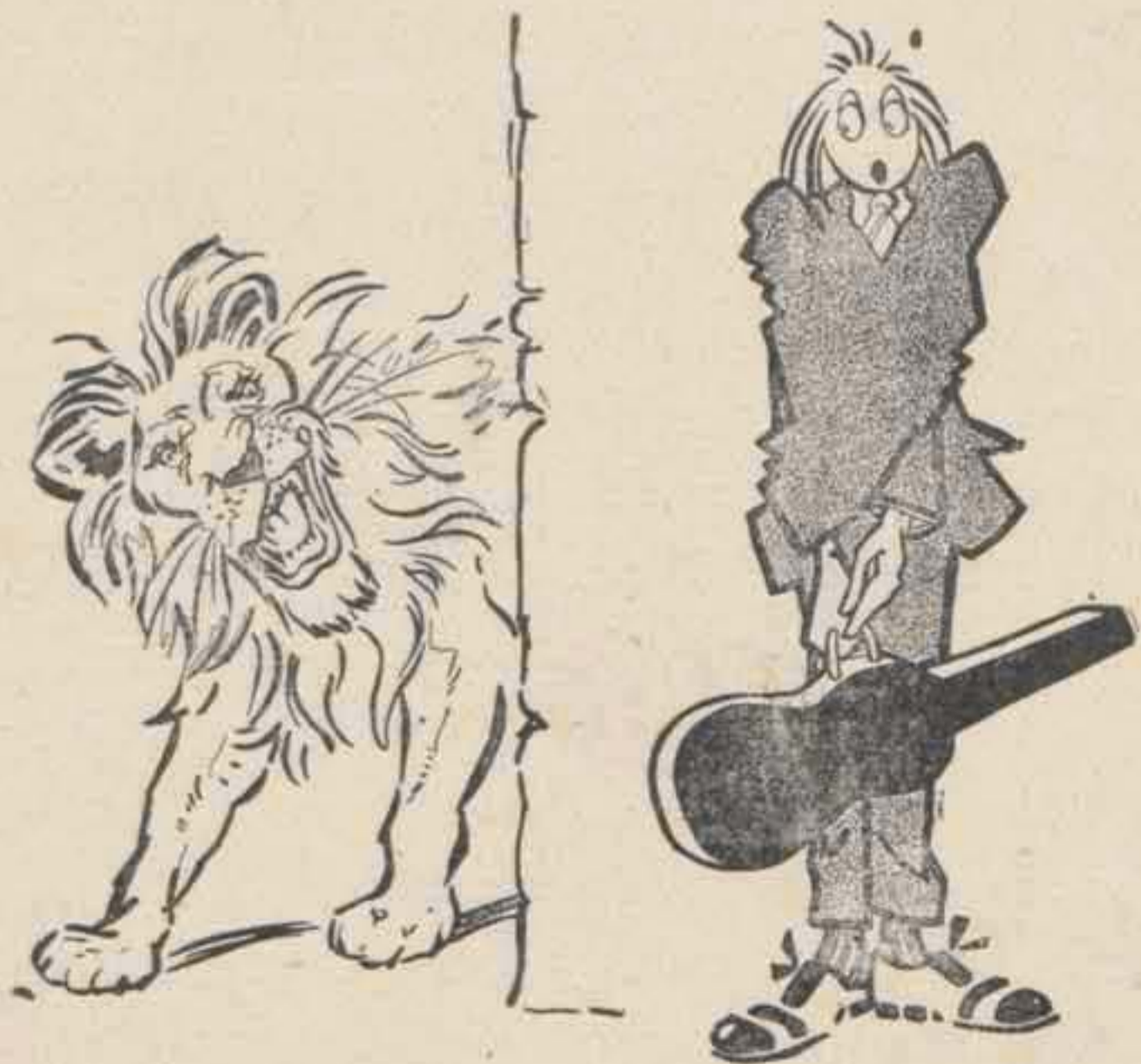


Los animales descontentos

tas a la gente. Los hombres correrán asustados y nos dejarán el campo libre.

Así sucedió, en efecto. El veragua salió a la Castellana, paseo que, como sabéis, se extiende ante el Museo, y el pánico que produjo en los paseantes fue verdaderamente terrible. Los niños corrían; las niñas abandonaban los cochecillos de los nenes y caían envueltas en sus propias faldas; los caballos de los *simones* veían ya sus tripas fuera; los guardias desenvainaban los sables y se disponían a dar estocadas imaginarias a la fiera.

El toro seguía corriendo, alegre y satisfecho. No quería hacer daño a nadie y se contentaba con dar



bromitas pesadas. Al pasar por un *aguaducho* de Recoletos embistió al cajón, que rodó con estrépito por el suelo, haciendo caer los vasos, las botellas, las rosquillas y las bandejas de metal, que sonaban de un modo estrepitoso...

Un *maletilla*, o torero, que vio venir al berrendo se dispuso a torearle, con ánimo de ver si podía clavarle el estoque que de un bastón sacó con ligereza.

Con la americana, puesta a modo de muleta en el palo del bastón, dio el *maletilla* varios pases al toro; pero al irle a matar pasó una cosa muy graciosa.

Como el toro estaba relleno de escayola endurecida, pues así los disecan en el Museo, el *torerillo* siempre *pinchaba en hueso* y no podía clavar nunca el estoque, que acabó despuntado y roto.

Nuestro bicho astado siguió tan contento su carrera. Vio, al llegar a la calle de Alcalá, que la gente salía de los toros. Se acordó de sus infelices compañeros que habrían muerto en la salvaje fiesta nacional, allá en la plaza, y siguió corriendo Prado abajo con intención de irse al campo en busca de la dehesa, donde poder contar a los suyos su aventura.

Este espanto que causaba no le era muy agradable, pues es muy triste en la vida que todo el mundo huya de uno. Pero se conformó porque había servido para despejar las calles y para que pudieran salir los demás bichos redivivos.

Los animales descontentos



CAPÍTULO III

APUROS DEL LEÓN

EL rey de la selva fue el segundo animal que salió del Museo. Sacudióse la melena, dio un aullido terrible y echó a andar solemnemente por la calle. Su intención era la de preguntar por la estación del



Mediodía para allí tomar un billete hacia el sur y dirigirse a los desiertos africanos. También pensaba antes adquirir unas cápsulas de quinina en una farmacia para ver si se le quitaba aquella maldita calentura que al resucitar le había vuelto.

¡Inútil empeño el suyo! Las calles se hallaban va-



cías, las tiendas cerradas. Llegó a una gran plaza, en cuyo centro se hallaba la fuente de la Cibeles.

—Si no me engaño—se dijo—, en aquel carro de la diosa hay enganchados dos leones. ¡Qué alegría! Ellos me dirán todo lo que necesito saber. Corramos hacia ellos...

El desencanto del león fue grande cuando pudo ver de cerca que aquellos leones eran de piedra y no podían decir esta boca es mía.

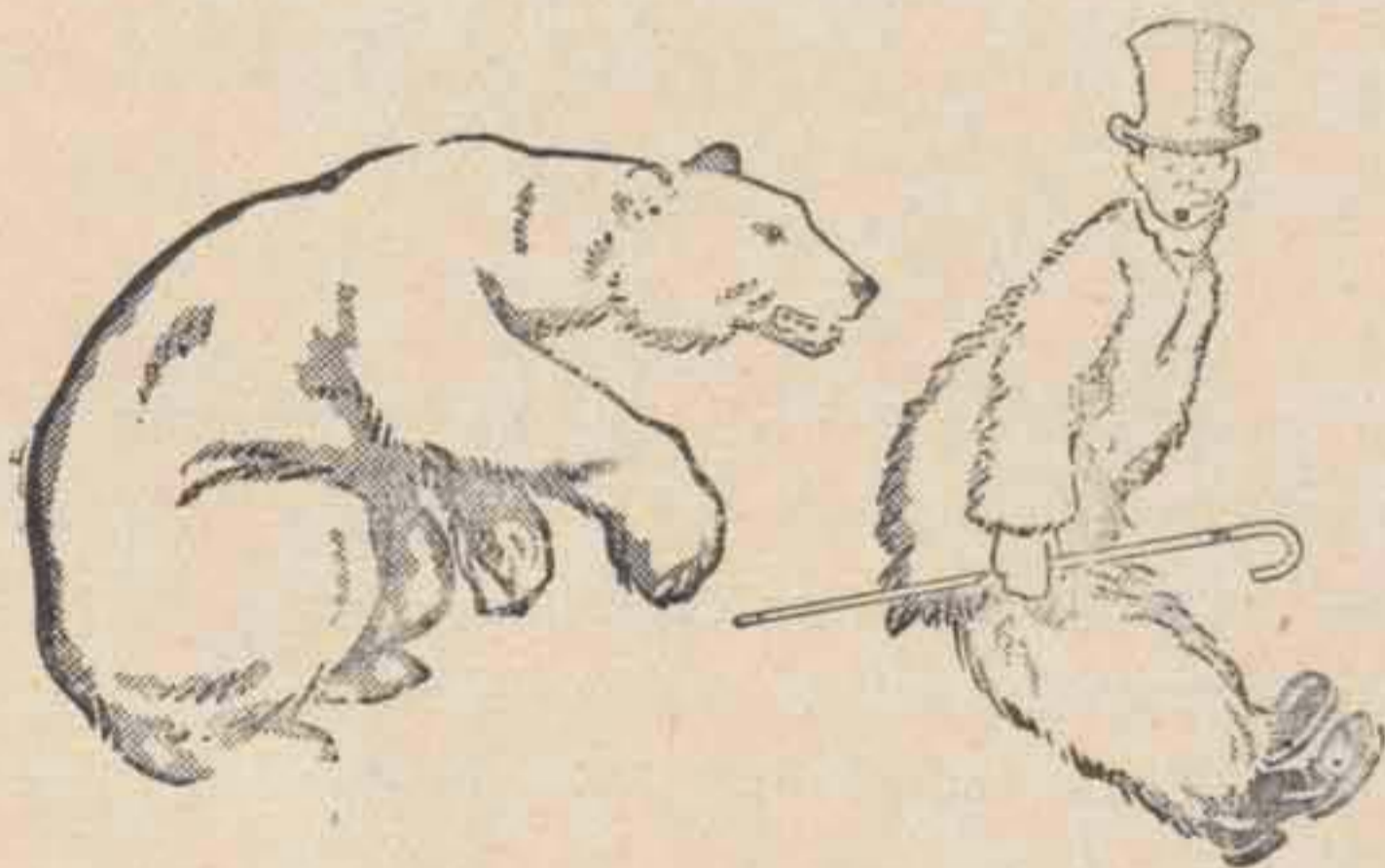
—Por lo visto—pensó el león—, éstos siguen aún disecados. Es preciso decir a la ardilla que se dé una vueltecita por aquí y los convenza.

En estas reflexiones se hallaba, cuando escuchó un lejano rugido de león auténtico. Sin duda era el león de la Casa de Fieras del Retiro que sufría el ataque febril y estaba con el recargo de todas las tardes.

Por el ruido se orientó nuestro león, y andando, andando, llegó ante la jaula de su viejo compañero.

Al verle preso tras aquellos barrotes se escamó un tanto.

—¿Dónde vas?—le preguntó el león cautivo al



león libre—Estás en un peligro espantoso. **Tu** melena te denuncia y te van a cazar y a traer aquí si pueden apresarte. Corre y disfrázate en cuanto puedas. Tan sólo así podrás ganar la estación y tomar un billete para África.

El león comprendió cuánta razón tenía su amigo y salió en busca de una peluquería.

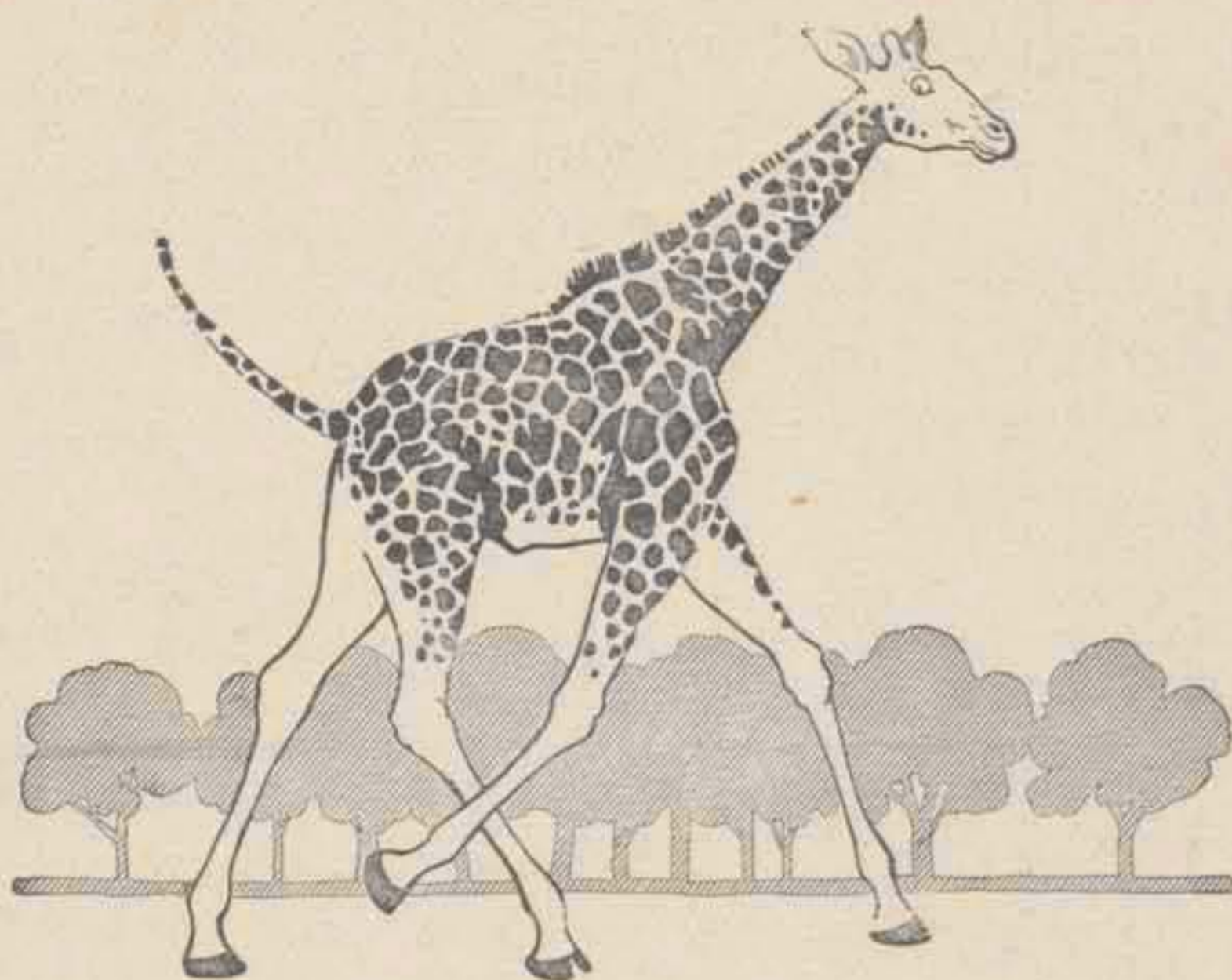
Su afán mayor era el de cortarse la melena que le delataba. Pero la huelga de peluqueros había surgido y no pudo realizar su propósito.

Entonces lo que hizo fue devorar a un músico ambulante que encontró en su camino, para robarle las ropas y poder seguir su ruta.

Con las prendas robadas al violinista y sus propias melenas parecía realmente nuestro león un artista que fuese a dar un concierto.

Pasados estos apuros, el *rey de la selva* logró meterse en el ferrocarril y acaso a estas horas haya llegado al Sahara.

Pero siempre descontento de su melena, de su pobre aspecto y de no haber podido consultar a algún especialista famoso a propósito de su incurable calentura...



CAPÍTULO IV

EL OSO BLANCO TIENE CALOR

DETRÁS del fugitivo león salió a la calle el oso blanco.

Y ¿sabéis lo que hizo en cuanto se vio en libertad...? Pues acercarse a un puesto de refrescos y tomarse diez litros de horchata.

El infeliz se asaba de calor.

Un oso blanco, en primavera y en Madrid, lo pasa muy mal. Así como el león había sentido frío y había tenido que comprarse una bufanda, el oso polar,

siempre acalorado, se lanzaba ansioso contra el agua-
ducho de los helados y se tomaba media garrafa de
horchata de un solo sorbo.

Satisfecha su sed, siguió su carrera, y al cruzar
por la calle de Alcalá vio con asombro que otro oso
como él se hallaba parado junto a una esquina.

—¿De qué Museo te has escapado tú?—preguntó
nuestro oso fugitivo al oso flemático...

—¡Socorro...! ¡Socorro!—exclamó, echando a co-
rrer, la fiera interpelada, que no era en realidad otro
oso, sino un pobre hombre que anunciaba los géneros
de un gran comercio de peletería.

Aquella aventura hizo sonreír al oso blanco e
hizo llorar al hombre revestido de hermosas pieles,
quien por poco se muere del susto.

Nuestro polar amiguito se encaminó luego hacia
la estación del Norte. Su ánimo era el de tomar el
tren con dirección a un puerto cualquiera en el que
poder embarcar con rumbo al Polo.

Por un favor especial se le consintió que viajase
en la locomotora (ya que a los demás viajeros no les
hubiese gustado la compa-
ñía de aquel turista); pero
fue un dolor ver cómo se
puso la blanca piel, toda
llena de tiznones, al ma-
niobrar junto al fogonero



Cuentos de Calleja

Aquellas manchas de carbón no se le borraron jamás. Y cuando llegó a las regiones del hielo, no hubo foca que le conociese.

CAPÍTULO V

LA JIRAFÁ HACE COMPRAS

LA primera preocupación que tuvo la jirafa al verse en la calle fue la de comprarse un cuello postizo. Su deseo de ir a la moda y muy puesta de *tirilla* la determinó a entrar en varias camiserías de la corte.

Los dependientes caían desmayados al tomar me-





didias del alto que necesitaban tener los cuellos. Quiso después doña Jirafa comprarse una bufanda, y allí fue ella. Por fin, empalmando dos piezas de tela, se consiguió formar algo conveniente.

Ya ataviada, dirigióse, como todos sus compañeros, a tomar billete para el ferrocarril. Durante un buen rato hizo *cola* ante el despacho o taquilla de la estación. Los viajeros la miraban con asombro. Y cuando pidió un primera para Cádiz, el empleado hubo de decirle que no la daba billete, porque existía una dificultad.

—¿Cuál?—interrogó, asustada, la jirafa.

—¡Los túneles!—contestó el empleado—Con ese cuello tan largo no podrá usted pasar los túneles, aunque vaya usted sentada en su asiento.

Fue preciso hacer una operación al simpático animalito, cortándole el cuello por cerca de su unión con el cuerpo y poniéndole una charnela que permitiese, en el momento oportuno, doblar el cuello como se doblan las chimeneas de algunas locomotoras con idéntico propósito de que no tropiecen en los puentes y túneles de la vía.

La jirafa, descontenta de



aquel cuello que tantos disgustos la causaba, mandóse en cuanto llegó a su país hacer la traqueotomía y la inserción de la cabeza directamente con sus omóplatos.

Quedó un poco rara, pero vivió feliz.



CAPÍTULO VI

LOS DEMÁS ANIMALES

EN un gran pelotón salieron del Museo todos los demás bichos, vueltos a la vida gracias a la idea genial de la inquieta ardilla.

Todos salían alegres por verse libres de su cárcel; pero apenas salían al mundo, todos se mostraban contrariados y descontentos de alguna cosa.

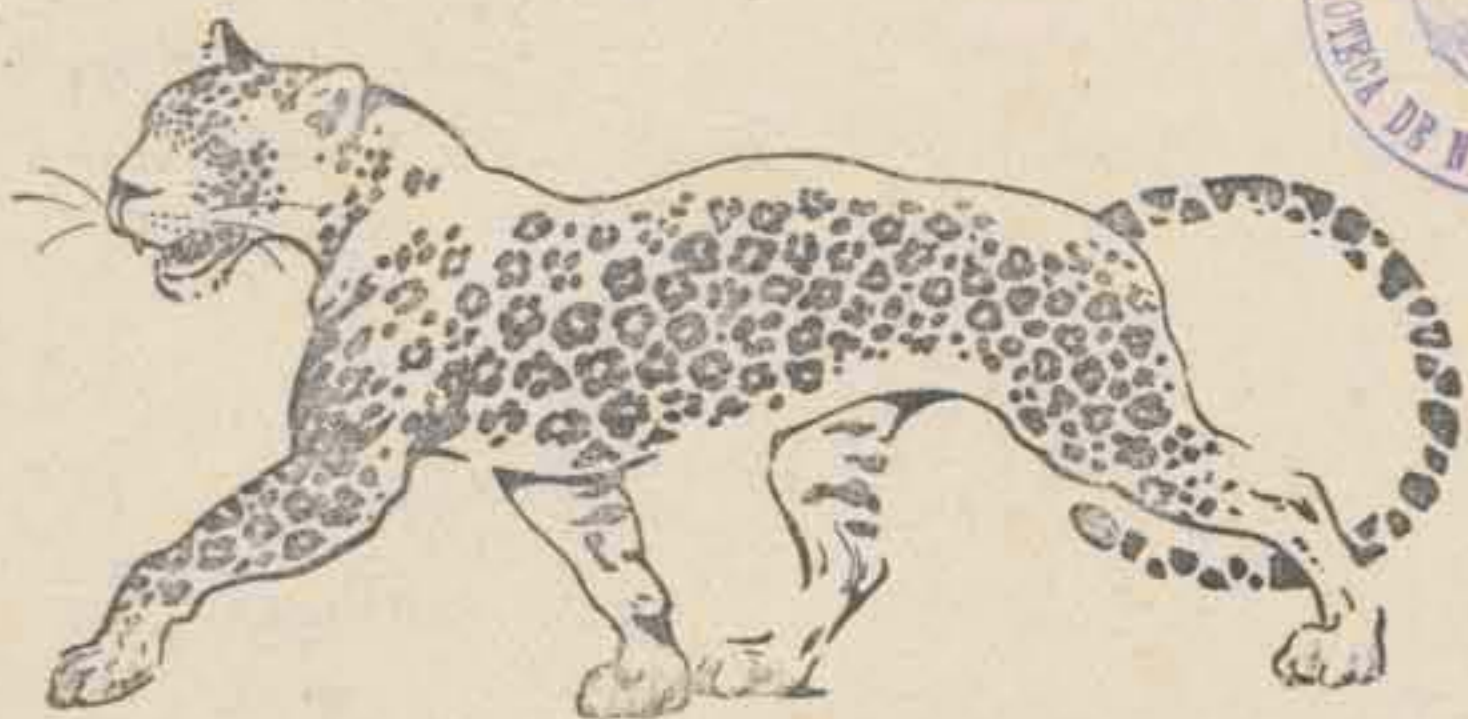
—¡Ya estoy harto de mis manchas!—decía el leopardo—La gente me conoce por ellas, y huye de mí. ¡Si yo supiera dónde había un buen «tinte»...!

Los animales descontentos

Andando, andando, dio con un «taller de quitamanchas», y en él le dejaron como nuevo. Tan como nuevo, que no parecía un leopardo.

Cosa semejante le ocurrió al tigre.

—Con estas rayas parezco una falsilla—exclama-



ba—. Yo quiero que me pinten otras rayas, cruzadas con éstas que ostento.

Un pintor le dejó convertido en un tigre a cuadros.

Las serpientes se quejaban todas de su falta de pies.

—Queremos tener patas para correr ligeras—decían.

—¡Ya veréis qué ganga es esa, cuando tengáis que compraros botas!—contestaba un ciempiés que venía de comprarse cincuenta pares de zapatos.

Pero las serpientes no hicieron caso y se fueron



a casa de los ortopédicos y adquirieron magníficas piernas artificiales.

Después corrieron veloces hacia sus países respectivos.

Todos los animales corrigieron a su antojo lo que ellos creían defectos.

Pero hubo que ver la risa que causaron en sus bosques y guaridas cuando los compañeros vivos de

la misma especie vieron llegar aquellos extraños seres, de forma modificada por fuera, y de escayola, serrín y estopa por el interior.

¡Hicieron el ridículo...!

CAPÍTULO VII

LA ORDEN DE CAPTURA

CUANDO el director del Museo de Historia Natural se enteró de aquel suceso fantástico y de la huída inverosímil de los ejemplares zoológicos, dio las órdenes precisas para que fuesen detenidos los fugitivos.

Un mono, algo sordo, que por ser sordo no había escuchado el discurso de la ardilla y seguía quieto en su armario, fue empleado como *detective* para la busca y captura de los animalitos rebeldes.

El mono fue a la Jefatura de Policía y consiguió que le expidieran mandatos de detención para todos los países.



Estos pliegos fueron enviados por correo y repartidos por todo el mundo, y así se logró detener a los principales malhechores.

Su mismo afán de transformarse los delató.

Cuando llegó al Polo la orden de detener a un oso blanco con la piel tiznada de negro (según se hacía constar en el documento), el oso cayó en seguida en poder de los guardias que le perseguían.

Del mismo modo, el tigre a cuadritos fue entregado a la policía.

Y las serpientes con patas, los camellos sin joroba, la jirafa del cuello corto, el leopardo sin manchas; todos, en fin, fueron cayendo uno a uno en las garras de sus perseguidores, víctimas de su propio pecado de transformación, por descontentos de sí mismos y de sus formas corporales.

Atados con cadenas, metidos en jaulas, o a pie por los caminos como vulgares criminales, fueron transportados los delincuentes otra vez a la corte.

En la puerta del Museo de Historia Natural se había fijado un cartel que decía así:

«Todos los animales escapados de este centro y que se vayan presentando conducidos por las autoridades ocuparán en seguida los mismos lugares que en sus vitrinas ocupaban antes de evadirse».

Cumpliendo tan rigurosa orden, los bichos todos,

Los animales descontentos



según llegaban al Museo, se metían en sus armarios respectivos y adoptaban la misma postura antigua. Otra larga serie de años les esperaba, en la que habrían de verse con las bocas entreabiertas, los ojos

fijos, las uñas clavadas en los arbustos y las colas extendidas y foscas...

Cuando ya todos los ejemplares ocuparon sus sitios convenientes, fue de nuevo el Museo abierto al público.

El asombro de los visitantes no tuvo límites cuando vieron aquellos bichos tan raros. Nadie conocía las especies. Los letreros de las vitrinas no confrontaban con los animales guardados dentro de ellas.

Debajo del cartel que decía «Tigre de Bengala» se distinguía un extraño gato cuadriculado; dentro del armario del león se veía un músico tronado sin melena y con bufanda. La jirafa sin cuello no parecía jirafa...

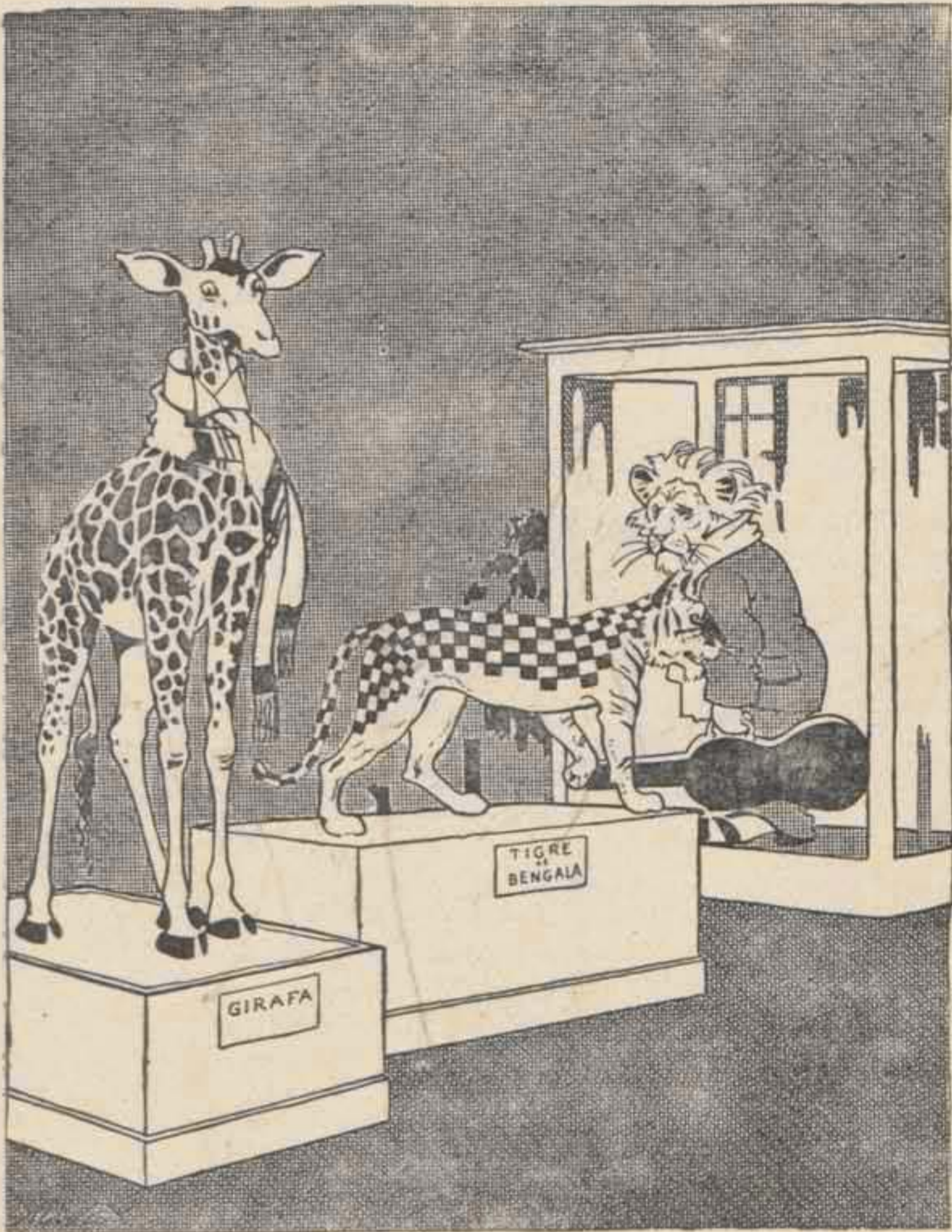
Tal fue el escándalo que se produjo ante este raro Museo, que el director, que nada sabía de las modificaciones que los propios bichos habían hecho de sus formas nativas, tuvo que cerrar las salas y mandar destruir todos aquellos ejemplares que no servían sino para confundir el estudio de las Ciencias Naturales.

En una inmensa hoguera fueron quemados todos los rebeldes. Ninguno escapó del fuego. Tan sólo la salamandra pudo resistir mayor tiempo el suplicio. Al fin, sucumbió como todos los demás.

La ardilla, causa de todo aquel trastorno, fue condenada a una pena mayor que la de la hoguera.

¿Sabéis a cuál...?

Pues a servir de centinela a la puerta del Museo,



donde tendría que pasarse horas y horas quieta y con el fusil al brazo. Por si esto fuese poco, se la obligó a retratarse todos los domingos. Y nuestra pobre amiguita sufría lo indecible cuando el fotógrafo le

decía a cada momento: ¡Quieta; quieta...! ¡No se mueva usted!

El peor castigo para un ser cualquiera es aquel que contrarie sus gustos y su naturaleza.

Por eso la pena de la ardilla fue más terrible que la de sus compañeros, que una vez convertidos en cenizas fueron aventados y jamás se volvió a saber nada de ellos.

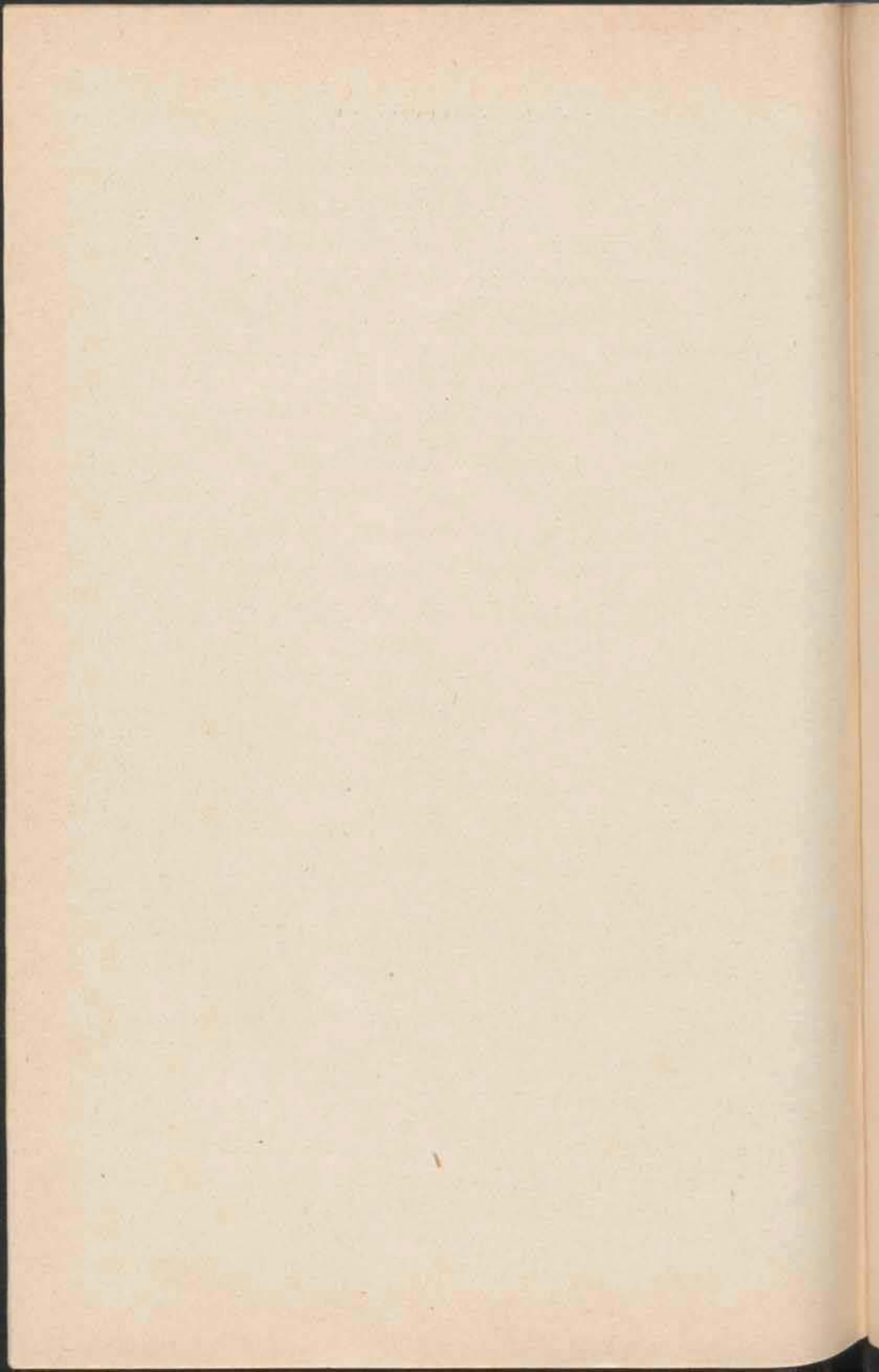
Sin embargo, sirvieron de enseñanza para que los futuros ejemplares disecados de todos los Museos se estuviesen (como hoy están) quietitos en sus vitrinas y sin deseos de meterse en nuevas andanzas.



Por meterse a redentores
los rebeldes animales,
y querer formas mejores,
sufrieron castigos tales.

Los animales descontentos

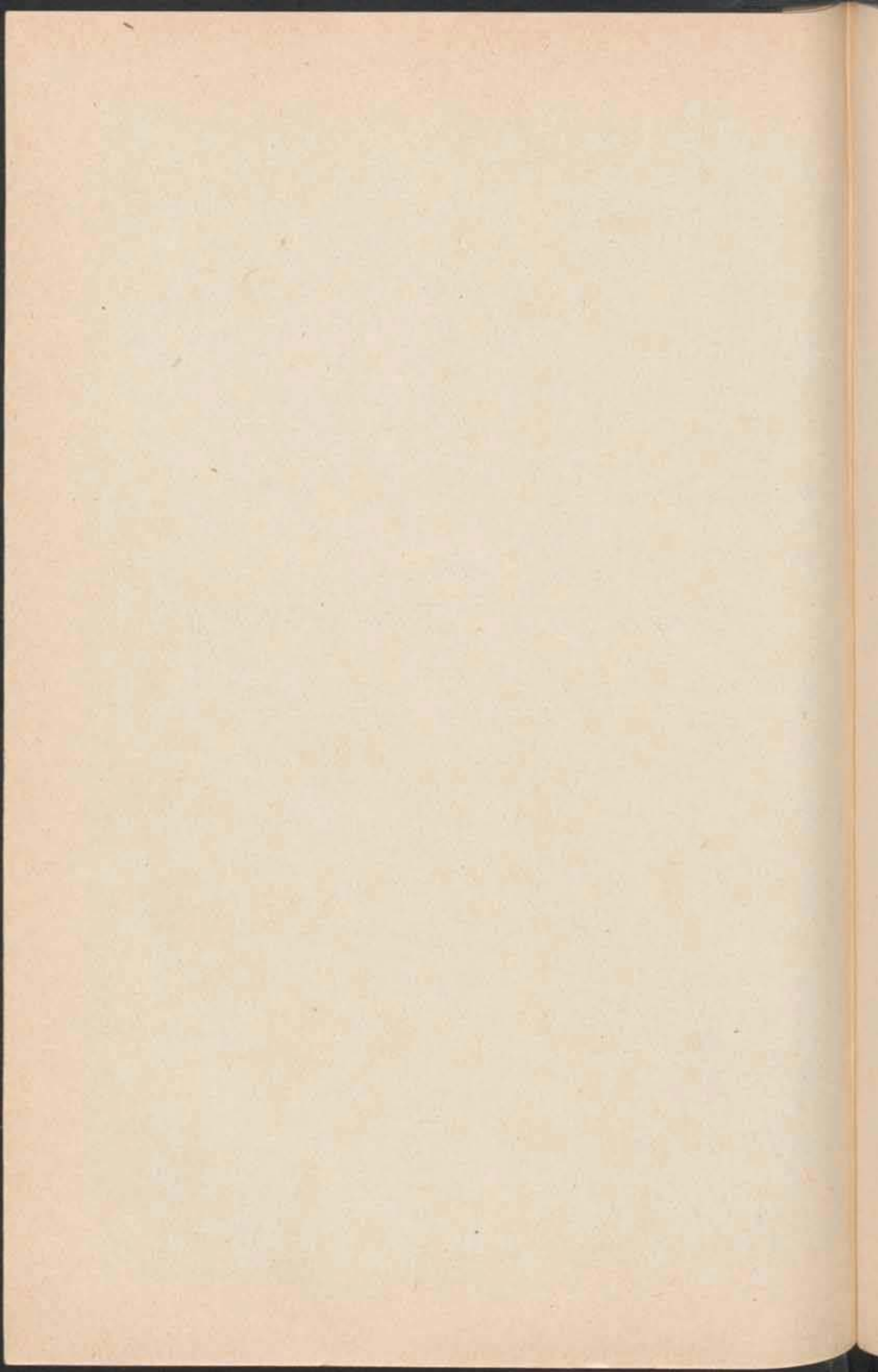
Conviene, en todo momento,
según lo prueba este cuento,
y aun siendo la vida dura,
sentirse siempre contento
de su suerte y su figura.



EL PAÍS DE LAS MARMOTAS

POR

LUIS DE TAPIA





CAPÍTULO I

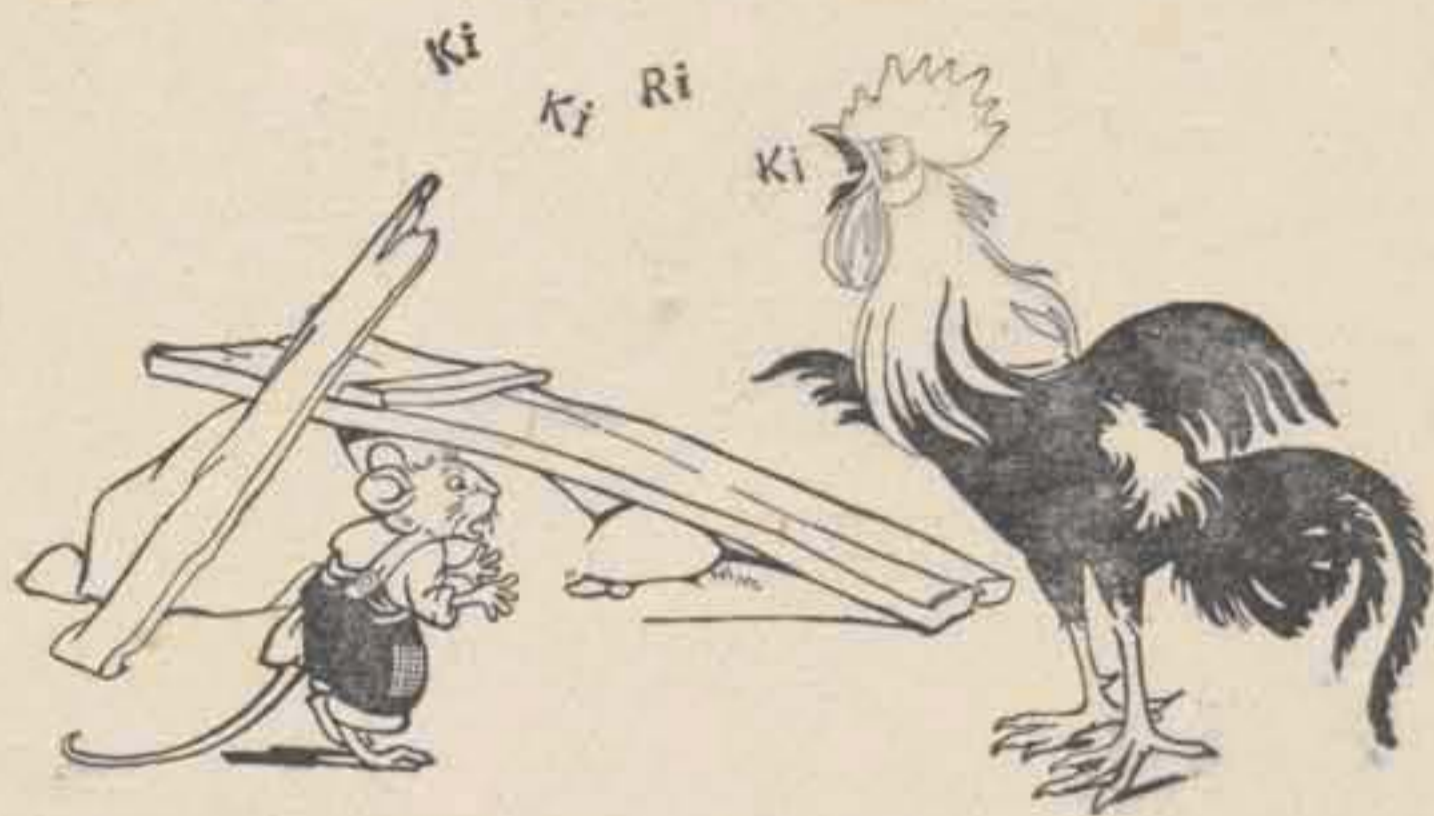
¡KI-KI-RI-KÍ!

ERAN las tres de la madrugada cuando el vigilante gallo lanzó su agudo ¡Ki-ki-ri-kí...!

Estuvo unos minutos callado y volvió a gritar: ¡Ki-ki-ri-kí...!

Un ratón que dormía bajo unos palos y maderas viejas que se apilaban en el mismo gallinero despertó malhumorado y dijo al gallardo cantor:

Cuentos de Calleja



—¿Se quiere usted callar ya...? Éstas no son horas de despertar a las gentes... Duerma usted, si puede.

—Esa es mi pena—contestó el gallo—: que no puedo dormir. Los hombres piensan que yo canto por molestar al género humano. Pero no es por eso, amigo ratón. Yo, como usted sabe, me acuesto muy temprano. Duermo unas horas bien, pero en seguida me despierto y empiezo a aburrirme. Por distraerme canto y canto hasta bien entrada la mañana.

—Yo creía —dijo el ratón—que los gallos cantaban para que saliese el sol.

—Esas son fantasías de mi compañero *Chantecler*. ¡Como es poeta...!

—¿Y tú no lo eres...?

—Yo soy un pobre enfermo de insomnio. He probado a tomar bromuro, tila, veronal... Pero ¡nada! A las tres, despierto.

El país de las marmotas

—Pues es una gracia esa desgracia. Toda la noche me la he pasado yo en vela tras el queso que guardan en los armarios de esta maldita granja. Y cuando, ya de retirada, empiezo a pegar mis ojillos, pues... ¡Ki-ki-ri-kí...!

—Perdona, simpático ratón, y dime, tú que eres listo, si habrá algún remedio a mi mal.

—Yo sé que hay muchos animales que duermen meses enteros sin despertarse y... sin despertar a los demás.

—¿De veras...?

—¡Y tan de veras! Los lirones, las marmotas y otros mil bichitos por el estilo.

—¡Qué suerte...! ¿Quieres que vayamos en busca de esos animales y les preguntemos qué hacen para poder dormir tanto...?

—¡Vamos donde quieras!

—Tú te montas sobre mi cuerpo y yo te llevo volando.

—Esperaremos al anochecer. El bosque no está muy lejos. Y conviene que no nos vean escapar. ¿eh?



Cuentos de Calleja

—Adiós, compañerito. Que no se te olvide echar un poco de queso en las alforjas...¡Adiós, hombre...! ¡Cómo corres...!

CAPÍTULO II

¡SERENOOO...!

EN un vuelo corto llegaron, gallo y ratón, a la entrada del bosque, La oscuridad más completa reinaba en la selva.

—Aquí no hay nadie—dijo el ratoncillo—. Y necesitamos un guía que nos conduzca al interior de esta negra arboleda.



El país de las marmotas

—Llama al sereno—
indicó el gallo—. Allí se
distingue una lucecita
como de un farol; debe
ser el vigilante noc-
turno...

—¡Serenooo...!— gri-
tó el ratón, sin que na-
die contestase.

Poco a poco fueron
los viajeros aproximán-
dose al farolito. De pron-
to se detuvieron asombrados. El farol era un gusano
de luz que, sujeto por un cinturón, se ceñía al cuerpo
de un animal peludo profundamente dormido.

—Este animal es, sin duda alguna, el sereno, que,
cual siempre suele ocurrir, se ha quedado dormido
como un lirón.

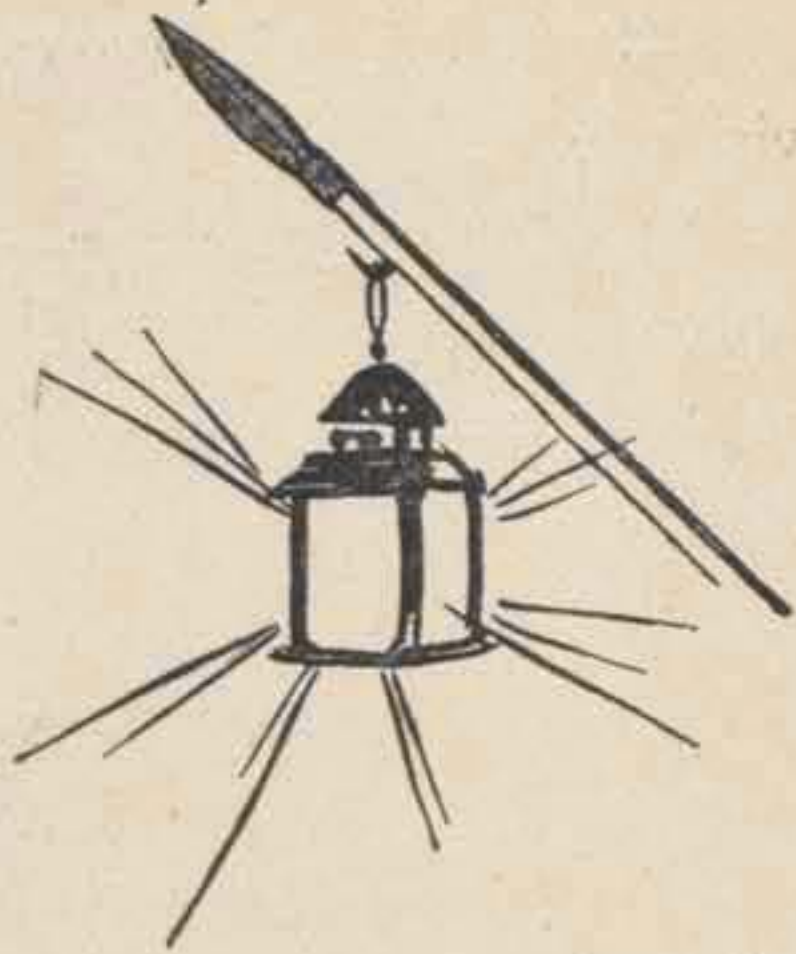
Y un lirón era, en efecto, el bicho, que, despertan-
do sobresaltado, gritó:

—¿Quién va allá...?

—Somos nosotros, amigo lirón—respondieron los
recién llegados.

—¿Y qué diablos queréis, que no dejáis dormir
ni a los serenos...?

—Queríamos ver el país de las marmotas. ¿No
está por aquí...?



—Por aquí está; pero es preciso traer permiso para visitarlo.

El ratón ofreció dos castañas al terrible sereno, y ante el regalito sabroso, el lirón se ablandó un poco y hasta se ofreció a servirles de guía.

CAPÍTULO III

EN MARCHA

ANTE todo—dijo el lironcito—, vamos a la gran *sala de los despertadores*.

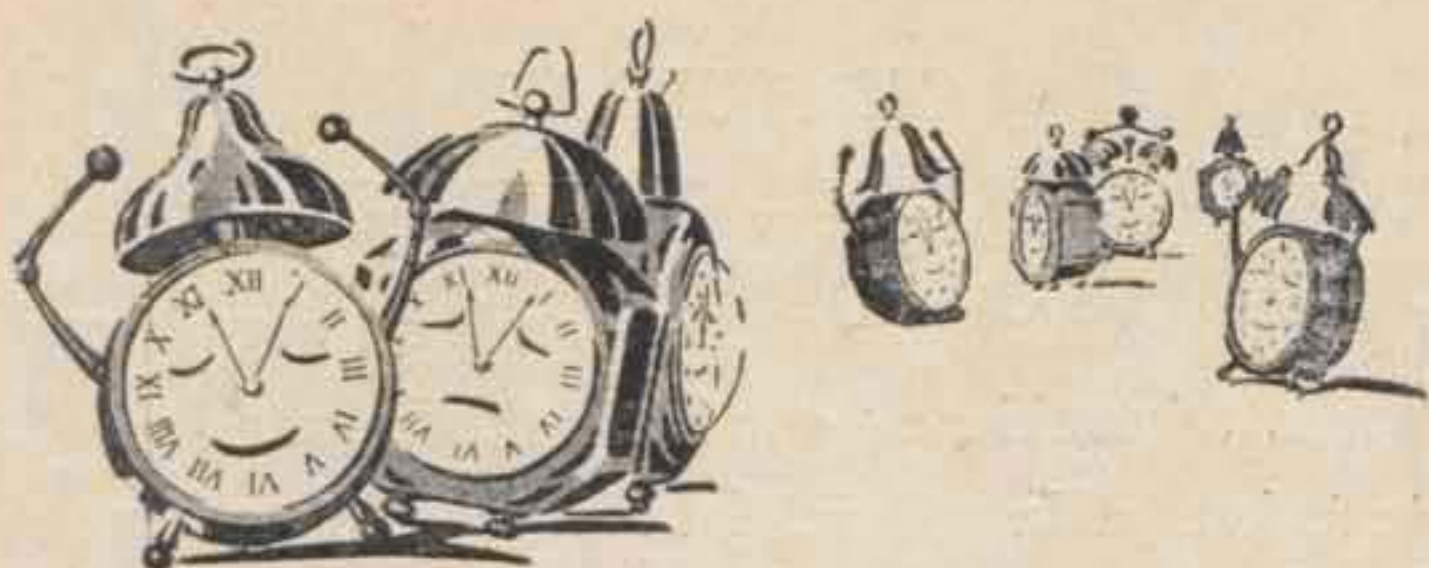
Los tres animales se pusieron en marcha, y por una estrecha grieta del terreno entraron en una gran

estancia llena por todos lados de relojes provistos de sonoros timbres sobre las cristalinas esferas.

—Ésta es la primera precaución que han de tomar los viajeros que visitan el país de las marmotas. Apenas entremos en ese tranquilo reino sentiréis un sueño



El país de las marmotas



muy pesado. Si os dormís, no podréis ver nada. Y para interrumpir vuestro letargo es para lo que es necesario que escojáis cada uno de vosotros un reloj despertador y os lo colguéis a la cintura.

Encantados de esta primera aventurilla, el gallo y el ratón se apoderaron de dos magníficos relojes y los pusieron en marcha, con la precaución de que los timbres sonasen de diez en diez minutos. De este modo no había peligro de dormirse por mucho tiempo.

—El caso es—decía el gallo—que a mí lo que me conviene es dormir.

—Calla, tonto—objetaba el ratón—; primero vamos a ver este maravilloso reino del sueño. Luego preguntaremos el secreto de que aquí esté todo el mundo amodorrado.

—¡Seguidme—interrumpió el guía—, que vamos a entrar en la región azul...!

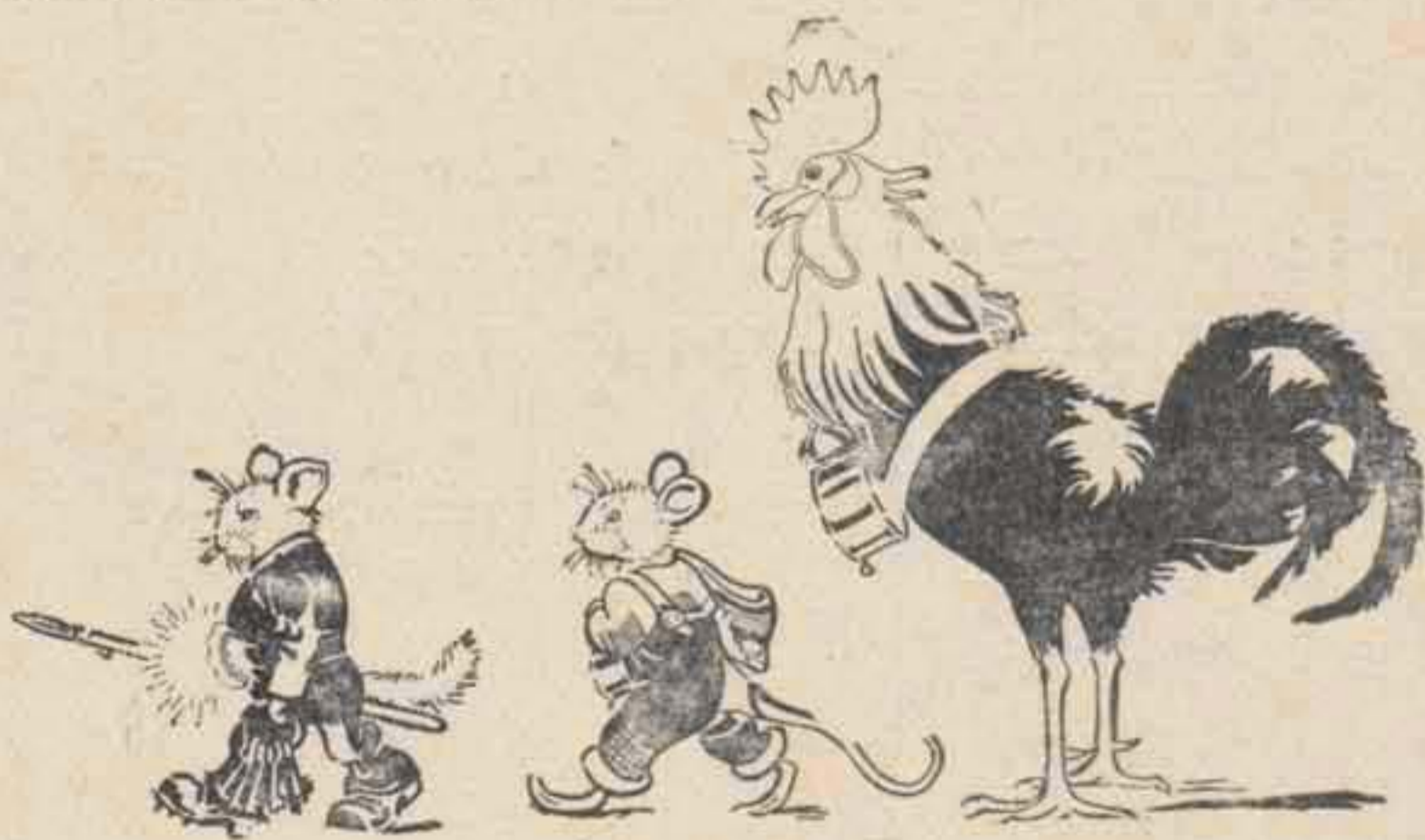
CAPÍTULO IV

EL PAÍS DE LAS MARMOTAS

UN lindo camino, plantado a ambos lados de enormes adormideras, conducía desde la *sala de los despertadores* a la puerta del reino de las marmotas. Era una puerta preciosa que figuraba un gran ojo dormido. Las dos hojas de la puerta eran los párpados, y sólo se entreabrían para dar paso a los viajeros.

—Habrá que llamar a la portera para que nos abra—dijo el lirón—. Pero de seguro estará dormida. Es una marmota que no se entera de nada. Es una gran portera.

El guía oprimió el botón de llamada, que era un gatillo de pistola. Un tiro enorme resonó en lo interior y la puerta entreabrióse lo bastante para dar paso a los tres curiosos.



El país de las marmotas

El espectáculo que se ofreció a su vista fue deslumbrante. Una luz azulada lo invadía todo. El sueño siempre es azul.

Lo que más sorprendió a los viajeros fue un sordo rumor acompasado que se extendía por toda la antesala. El ruido cada vez se iba haciendo mayor.

—¿Qué es eso?—preguntó sobresaltado el ratón.

—Es que roncan—contestó el guía—. Esta es la *antesala de los ronquidos*. Aquí pasan las marmotas los primeros días de su sueño. Después dejan de roncar y duermen en las hamacas que luego veréis.

—Y aquel otro salón que se ve a la izquierda tan iluminado, ¿para qué se destina?—objetó el gallo.

—Aquel es el *salón de los bostezos*—añadió el lirón—. Entrad si queréis y veréis una cosa divertida.

En efecto; al entrar en la estancia, vieron miles de marmotas que abrían la boca desmesuradamente.

El ratón y el gallo se contagiaron a la vista de



Cuentos de Calleja

aquel espectáculo y empezaron a abrir el pico y el hociquito, y a hacerse cruces con la patita ante la boca.

—Vámonos de aquí—dijo el ratón—, que yo me duermo a chorros.

Ya se caía al suelo casi dormido, cuando su despertador empezó a sonar de modo furioso.

Una pareja de guardias que dormía junto a una esquina, llamó la atención de los viajeros para que hiciesen cesar el ruido de los relojes, que podía despertar a las ciudadanas marmotas, que en aquel país silencioso dormían a pata suelta.

Los turistas salieron en busca de nuevas emociones y, siempre precedidos del guía, se encaminaron hacia una lindísima estancia, toda cubierta de gasas azules bordadas con estrellitas de oro y de plata, y de la que salía una deliciosa musiquilla de violines...

—Es el cuarto de Fernandillo—explicó el lirón. Y todos se dirigieron hacia aquel lugar.

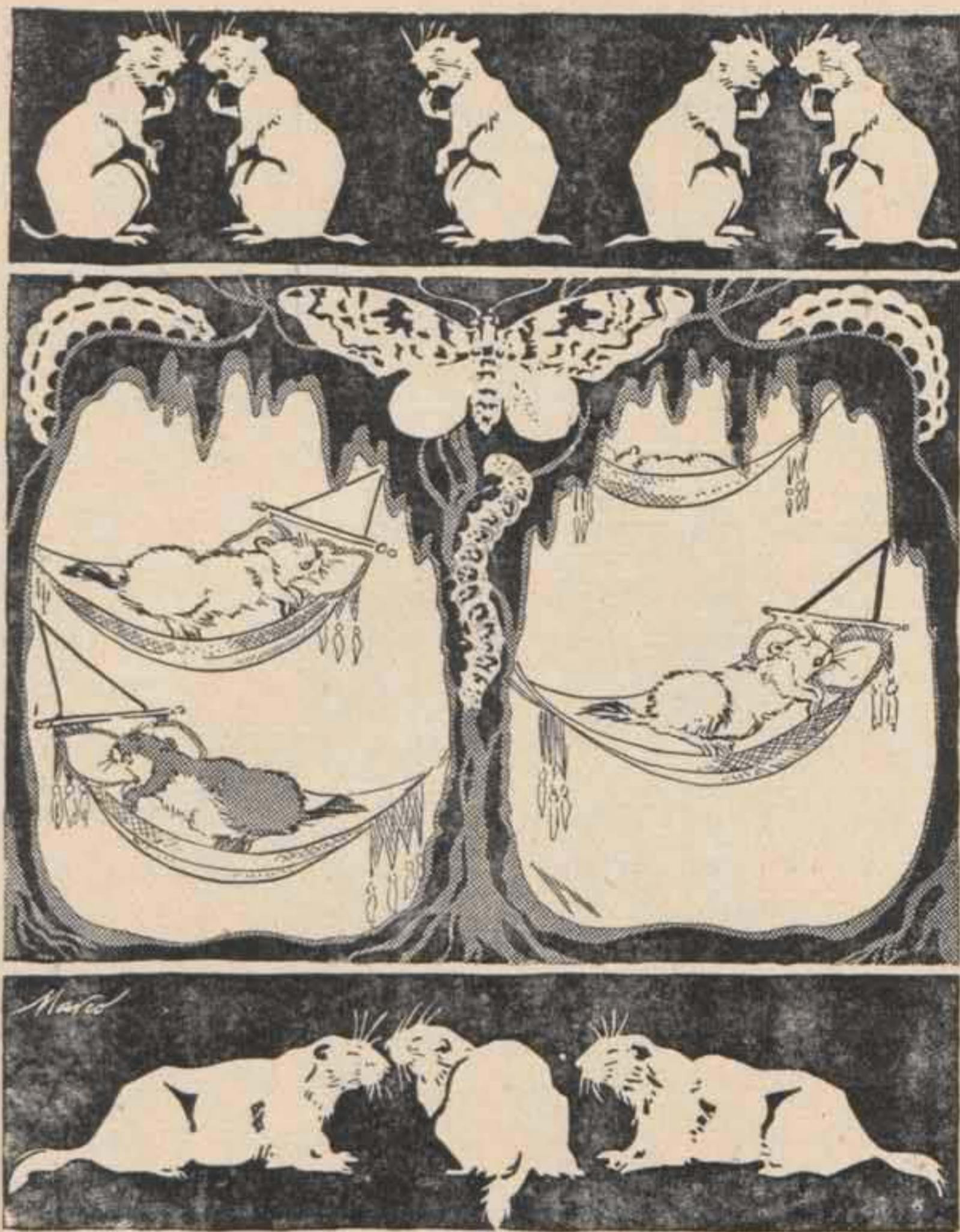
CAPÍTULO V

EL CUARTO DE FERNANDILLO

TODOS sabéis, mis queridos niños, quién es Fernandillo.

Fernandillo es ese que viene cuando sentís sueño. Cuando vuestros párpados se entornan, vuestras mamás os dicen: «Que viene Fernandillo...»

El país de las marmotas



Fernandillo es el «rey del sueño».

Las marmotas le tenían de huésped en palacio. Y le habían dado una habitación muy bonita: toda ella imitando al cielo, con estrellitas, con lunas, con



soles, con buhos pintados en las paredes. Las dormilonas marmotas habían contratado una orquesta de moscones, mosquitos de trompetilla, palomas arrulladoras y un sin fin de animales músicos, para que tocasen bajito lindas piezas que acompañasen al sueño del príncipe Fernando. Nuestros excursionistas entraron en la estancia maravillosa. Fernandillo se levantó de una gran cama de pluma, en la que hasta aquel momento había reposado, y se dirigió hacia los visitantes.

—¡Que viene Fernandillo—dijo el guía.

Y el ratón y el gallo, al oír la frase consagrada, se quedaron dormidos. La proximidad del príncipe, aquella armoniosa música y el cansancio del viaje, hicieron efecto de morfina sobre los fatigados animalitos.

Sonaron los despertadores a los diez minutos, y, medio atontados, pudieron oír al príncipe que decía, entre bostezo y bostezo, al lirón *cicerone*:

—Que les enseñen las dependencias de palacio... Y luego, si quieren, podrán ver a la reina «Marmo-

El país de las marmotas

ta IV», que esta noche se exhibe en sus alcobas reales...

Muy contentos se pusieron los señores *Gállez* y *Ratónes*, cuando oyeron que iban a visitar las regias dependencias. Acompañados por el ujier de servicio salieron del cuarto azul y se encaminaron por los pasillos del alcázar.



Fernandillo no pudo despedirlos, pues al ir a decir ¡adiós!, se quedó profundamente dormido, y dos pajes le acostaron en seguida en su blanda cama de tul...

Los expedicionarios continuaron su ruta...



CAPÍTULO VI

EL PALACIO DEL SUEÑO

ÉSTA es la galería de las hamacas—explicaba el ujier—. En esta larga serie de camitas colgantes duermen las marmotas, damas de la reina.

—¿Y aquella habitación llena de frascos?—preguntó el ratoncillo.

El país de las marmotas

—Aquella es la *Farmacia Nacional*. En esos tarros se guardan todos los compuestos del opio. Hay jeringuillas para inyecciones de morfina, y grandes cantidades de bromuro para los nervios. Hay todo lo necesario para dormir a algunas marmotas enfermas que no pueden conciliar el sueño.

—Este es mi caso—interrumpió el gallo con prontitud—. Yo no soy marmota enferma, pero padezco de insomnio y quisiera conocer en este país un breve remedio para mi mal.

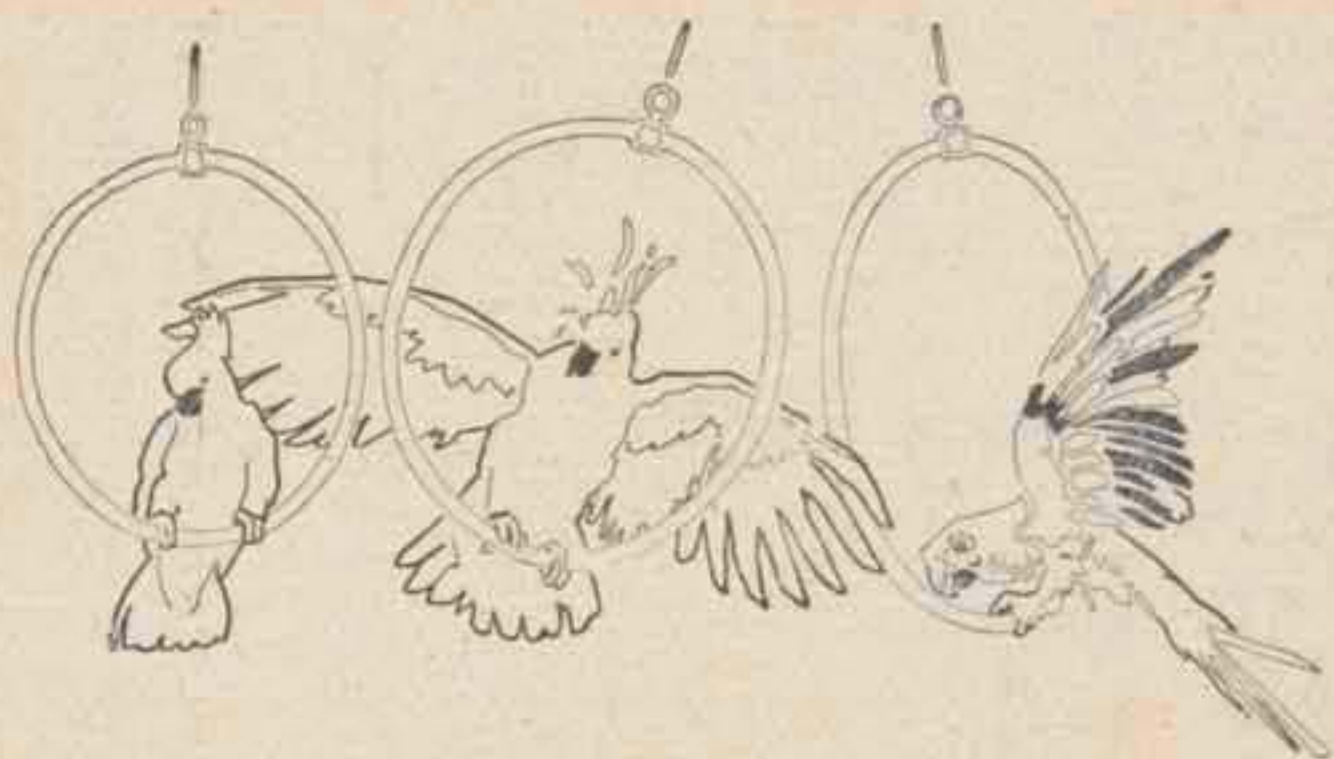
—Visitaremos después al doctor Letargis, médico de cámara. Pero antes veamos el *salón de los discursos*.

Entraron todos en un gran salón, de cuyo techo pendían unos aros de metal, que eran especies de tribunas colgantes para los loros oradores. Cuando las marmotas resistían a los medicamentos narcóticos, eran llevadas a aquel salón, donde los más parlanchines loros pronunciaban discursos soporíferos.

—Y si este recurso no bastase—añadió el *cicerone*—tenemos la biblioteca, atestada de libros *pesados*, cuya lectura haría dormir al enfermo más rebelde a los tres minutos.

Gállez y *Ratónez* abrían a cada paso la boca, no se sabe si de asombro o de sueño.

Y mucho más la abrieron cuando entraron en la *sala de magnetismo*.



Allí era donde se hipnotizaba a las más rebeldes marmotitas. De allí salían dormidas para todo el invierno.

Otras muchas maravillas vieron los viajeros. Antes de dirigirse a la consulta del doctor cruzaron ante un iluminado saloncito que era el *teatro popular* del país de las marmotas.

Aquella noche había función y se representaba *La vida es sueño*.

CAPÍTULO VII

EL DOCTOR LETARGIS

DORMIDO como un ceporro estaba el médico famoso cuando el gallo y el ratón entraron en la consulta.

—Eso no es nada, señor *Gállez*—murmuró el doctor apenas enterado de la enfermedad que padecía su

El país de las marmotas

volátil cliente—. Tome usted estas pildoritas cada dos horas. Son de *marmotina*, un narcótico que yo extraigo de las *glándulas del sueño* que tienen las marmotas detrás de las orejas. En cuanto tome usted tres pildoritas de éstas, se duerme usted aunque sea en una pelea de gallos en la que tome parte.

—¡Es maravilloso!—contestó el aludido—Y aunque yo no soy gallo de pelea, tomaré ahora mismo la pildora primera... ¿Quieres tú una, amigo ratón...?

—La tomaré por no desairar. Y por si sabe mal la involucreré en este trozo de queso...

Cuando se despidieron del doctor, ya estaba éste roncando; circunstancia que aprovecharon para marcharse sin pagarle los honorarios de la consulta.

CAPÍTULO VIII

¡RECEPCIÓN REGIA!

LA reina Marmota IV llevaba diez años seguidos sin despertar de su profundo sueño. Por ello había sido elegida reina de aquel país del sueño. Era



Cuentos de Calleja

un hermoso ejemplar de sedoso pelo y lindo hociquito. Cada año, al cumplirse otro de sueño, era exhibida en su lecho real al pueblo, reunido en palacio.

Todos los súbditos estaban interesados en que jamás despertase. Por eso el silencio era absoluto mientras duraba aquella yacente recepción regia.

El gallo y el ratón asistían desde primera hora a la ceremonia. Y a decir verdad se aburrían un tanto.



Bajo el dosel del trono dormía la reina. Las marmotas, un momento vueltas a la vigilia, iban desfilando ante la soberana y la abanicaban con flores de adormidera... El desfile era lento y ceremonioso.

Gállez, que había tomado dos píldoras de *marmotina*, se iba quedando dormido. Al ratón sucedíale algo parecido. Ambos empezaron a roncar...

¡Nunca lo hubieran hecho...! Los despertadores que llevaban a la cintura empezaron a sonar con estrépito. El ruido de los relojes se unió al de los ron-

El país de las marmotas

quidos. Las protestas de los cortesanos se hicieron también sonoras, y a los cinco minutos nadie se entendía en aquella estancia...¡¡La reina se despertó!!...

.....

Un sordo rumor de venganza corrió por toda la sala.



- ¡Mueran los intrusos!—gritaban mil voces.
- ¡Arrojadlos del reino!—pedían otros.
- ¡Cortadle el rabo al ratón, para que se acuerde...!
- ¡Partidle la cresta al gallo, para que escarmiente...!

Viendo que aquello se ponía malo, *Ratón* saltó sobre el cuerpo de su amiguito, que emprendió cacareando un vuelo audaz...

A los pocos instantes, los imprudentes viajeros estaban fuera del país de las marmotas.

CAPÍTULO IX

¡AL CORRAL!

DE buena hemos escapado!—dijo el gallo al posar su vuelo y descargar la ratonil carga de su compañero.

—¡Qué estúpidas gentes!—gruñó el ratoncillo, aun un poco asustado—¡Qué importancia dan al sueño...! Pero eso no es vivir... ¡Siempre dormidas...!

—¡Calla, amigo ratón, y no hables mal de nadie...! El sueño también es vida. Y ¡quién sabe si soñando, soñando, se vive de modo más feliz...!

—No filosofes tanto y dime qué hemos de hacer ahora...

—Yo creo que lo mejor será volver a nuestro corral. Como tan sólo ha pasado una noche durante todas nuestras aventuras, nadie habrá notado nuestra falta.

—Dices bien; pero ¿qué te pasa que abres tanto la boca, o mejor dicho, el pico?

—¡Ay, ratón mío: es el efecto de las píldoras. Yo me estoy cayendo de sueño... ¿Tú no sientes nada...?

—Yo también noto un poco de pesadez de cabeza. Voy a darme un chapuzón en aquel charquito.





El ratoncillo se lavó la cara, y el gallo también se dio un remojón para desperezarse un poco.

—Positivamente estoy curado—decía el rey del gallinero—. Y deseando estoy llegar a casa, para que



me sorprenda dormido el alba... No puedo dar por perdido mi viaje. Voy a ser el más feliz de los gallos...

—Y yo el más comodón de los ratones—dijo a su vez el roquesos.

Pero el ratón propone y la fatalidad dispone...

CAPÍTULO X

¡LA CATÁSTROFE!

BRILLABAN ya las estrellas cuando los dos aventureros llegaron al abandonado corral. Todo estaba según ellos lo habían dejado. Con gran sigilo subióse a un palo el gallo excursionista, y con no menos precaución entróse en su agujero el atrevido *Ratónes*.

—¡Que descanses y duermas bien!—dijo éste a su amiguito.

—Esta noche creo que sí: que dormiré de un tirón hasta las once de la mañana.

Tal como lo había anunciado, así fue.

Pero sobrevino una catástrofe. El dueño de la granja tenía que asistir aquella mañana a una cacería.

—¿Hay que llamar temprano al señor?—preguntó un criado suyo la noche anterior.

—No—había contestado el amo—; el gallo me despertará, como siempre, a las tres de la madrugada...

El sueño del antes vigilante gallo y su curación radical por medio de las píldoras fue la causa de que el señor faltase aquel día a la cita convenida con los demás cazadores. Y, lo que



es más horrible, fue causa también de que exclamase en el colmo de su enfado:

—Hay que guisar con arroz ese maldito gallo dormilón.

Y así se verificó inmediatamente.

El gallo fue muerto, pelado y guisado, sin que a su entierro en la cazuela pudiese asistir su amigo el ratoncillo.

¿Y sabéis por qué...?

Pues porque al ratón le ocurrió otra tragedia por el estilo.

Llegó con tanto sueño a su agujero, que apenas entró en él se quedó dormido; pero tan pronto, que al penetró del todo en la abertura, y se dejó el rabo fuera.

Ver este rabo *Micifuz*, el gato de la granja, y lanzarse sobre él, clavándole las uñas y tirando del ratón hacia el exterior, todo fue uno.

—¡Anda, para que te duermas!—dijo el minino relamiéndose el hocico después de haberse engullido al roedor viajero...

Y de modo tan espantoso acabaron sus días estos animales que no comprendieron que cada semejante suyo tiene un papel en esta vida. Y que mientras unos velan otros duermen, porque así le conviene a mamá Naturaleza, a la que no hay que enmendar **la plana.**

El país de las marmotas

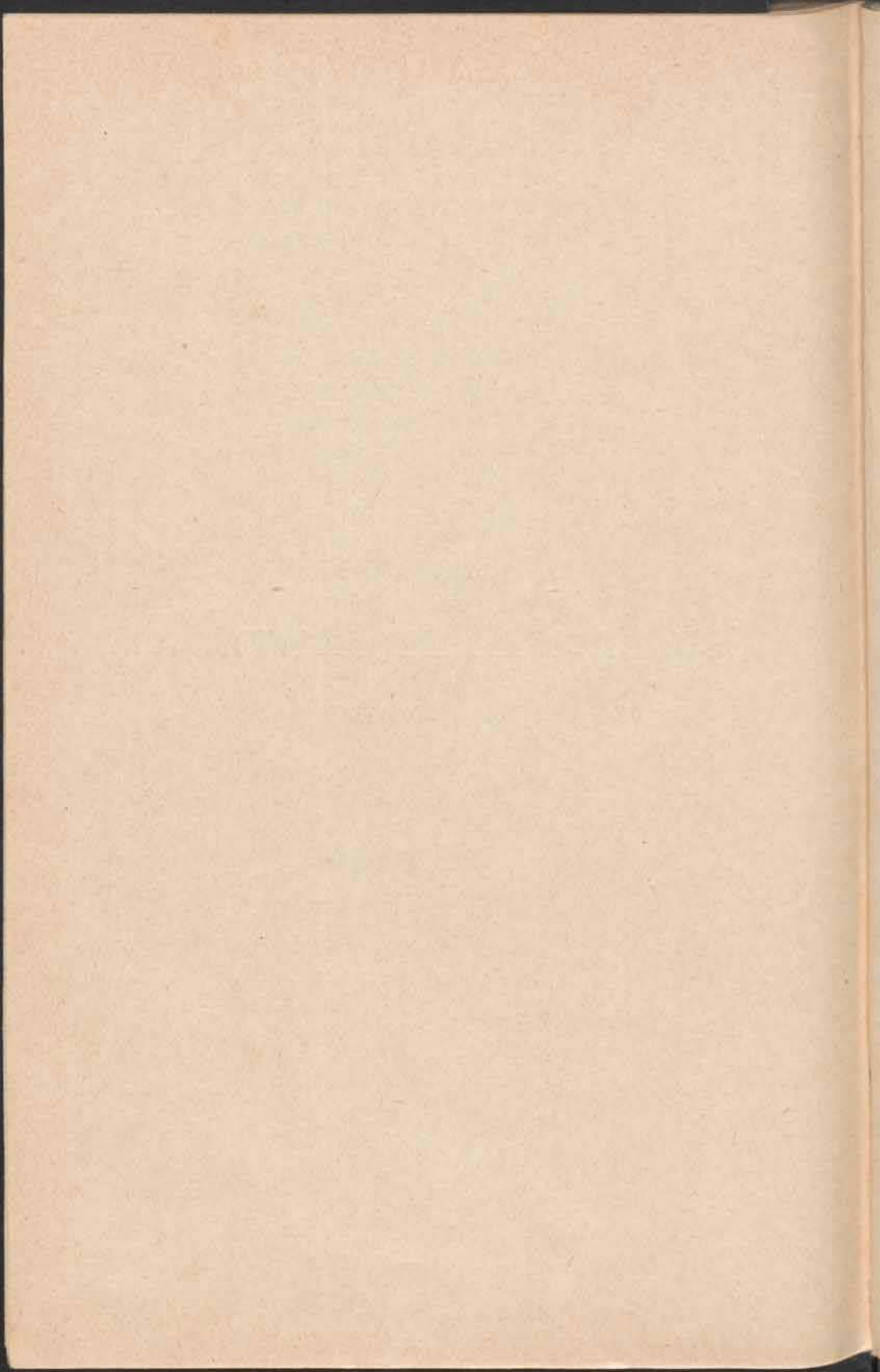


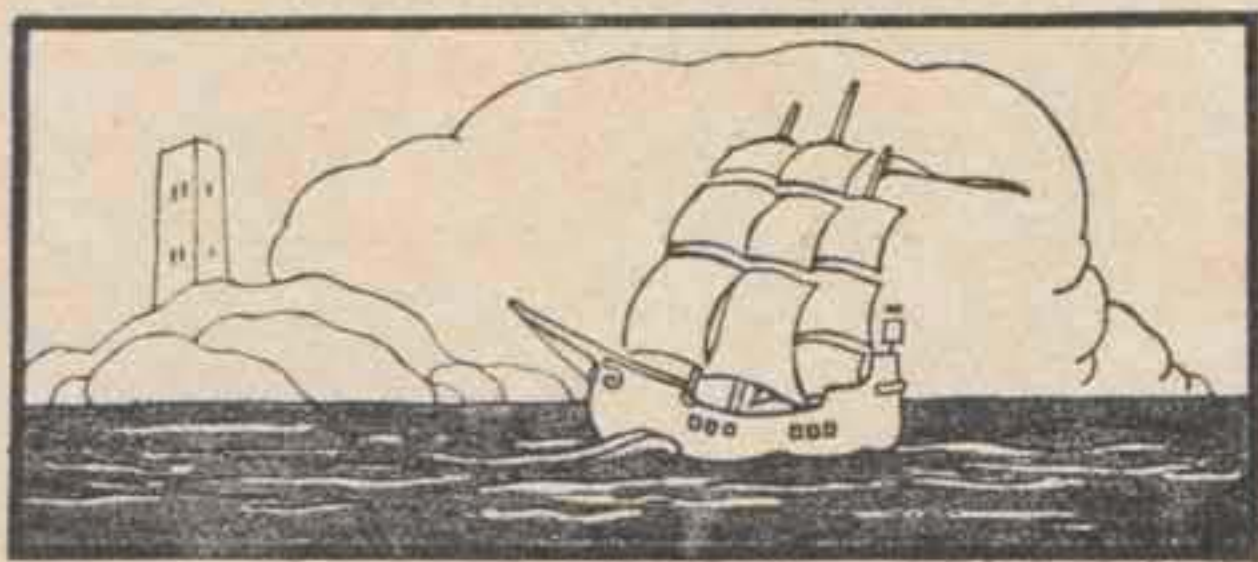
Cuentos de Calleja

Por querer curar, veloz,
sin tener para ello luz,
aquel su insomnio feroz,
un gallo acabó en arroz...
(Y un ratón en *Micifuz*).
Tonto es querer enmendar
a Natura su sentir...
Ella mandó, a no dudar,
que el gallo debe velar,
y la marmota dormir.
Precisas las divisiones
son, e irían las naciones
al abismo de mil modos
si fuésemos gallos todos,
o todos fuesen lirones.



EL GRUMETE
Y LA ISLA ENCANTADA





COMO el rey y la reina no tenían hijos, el monarca, que a más de rey era un hechicero que se las daba de muy sabio, aconsejó a su esposa que fuese a ver a una hechicera.

—Necesito una criatura—dijo la reina al llegar ante la vieja, cuyo antro tenía por colgaduras unas horribles serpientes.

—Mira que te traerá desgracia.

—No, no, siempre será mi alegría. No puedo volverme sin la criatura.

Pidióle entonces la hechicera su corona de oro, su collar de zafiros, sus brazaletes de perlas, sus broches de rubíes, los diamantes de las hebillas de sus zapatos y las azucenas que llevaba prendidas; lo echó todo en su caldero, y dijo después a la reina:

—Una criatura tendrás con el cabello dorado como tu corona, los ojos azules como tus zafiros, los labios rojos como tus rubíes, y la piel nacarada como tus perlas. Su alma tendrá la blancura de las azucenas y su inteligencia tendrá la claridad del diamante.

—¿Y qué he de darte en cambio?

Nada quería la hechicera; pero, obligada por las súplicas, declaró por fin que estaba deseando dejar el oficio y que lo dejaría en cuanto lograrse el cariño de una persona.

Entonces la reina la estrechó en sus brazos y le dio medio centenar de besos, mientras decía:

—Pues yo te quiero, y mi hijo te querrá también.

—Esos besos serán un conjuro con que podrás llamarme. Vuélvete a palacio.

Y, al llegar a palacio, vio la reina que la criatura que había deseado reposaba en una cunita. Pero en los lazos rosa conoció inmediatamente que no era un hijo, sino una hija.

El grumete y la isla encantada

El rey estaba furioso, porque quería un heredero, y se enfadó mucho con la reina.

—Yo pedí una criatura.

—Pues había que decir: un niño. ¡Pásese usted la vida estudiando magia y siendo rey, para no tener luego un príncipe a quien dejar la ciencia y los estados!

El rey y la reina se pelearon muchas veces en adelante. El se dedicó a sus libroles y ella a su hija, que fue creciendo y poniéndose hermosísima, hasta cumplir dieciocho años. Un día, el rey, que no perdonaba a la reina, la amenazó delante de su hija, la cual intervino reconviniendo al padre.

—No te mezcles en estas cosas, hija mía—dijo la reina, y, dirigiéndose al rey—: Cierto que es hija, pero con buscarla un buen marido que sepa de magia si se te antoja...

—Mucha magia tiene que saber para casarse con ella.

Al hablar así, ya pensaba el rey en lo que poco después llevó a cabo. Después de consultar pergaminos y hacer manipulaciones dispuso su plan. Consistía éste en trasladar a la desventura princesa a la Torre Solitaria, que está en una isla situada a doscientas millas de cualquier parte. La señaló una dote y una bonita renta. Contrató luego a un dragón competente y a un grifo respetable para que la guardasen y vigilaran los alrededores.



El grumete y la isla encantada

—Listo será el hombre que pueda llegar hasta ti. Nueve remolinos hay en derredor de la isla. Si en ellos no perece, se las entenderá con el dragón y con el grifo. Ya puedes emplear todo el tiempo que tienes por delante en bordar tu traje de novia. Adiós, niña.

La reina, que se había quedado en palacio, llamó en su auxilio a la hechicera.

—Por los cincuenta besos que me diste, puedo ayudarte. Te llevaré a la isla de los Nueve Remolinos. Allí verás a tu hija, pero tendrás en seguida que convertirte en piedra.

Consintió la reina, y todo fue como la hechicera le había dicho. La hechicera añadió entonces:

—Dos cosas más puedo hacer por vosotras. Una, que todo el tiempo que transcurra sea un solo día para la princesa. Otra, convertirme yo también en piedra, con lo cual dejaré de ser hechicera, y seré sólo una viejecita dichosa.

Besáronse las tres, y la reina y la hechicera se transformaron en estatuas, una a cada lado del portal, la reina con su cetro y la hechicera con una tablilla que tenía unos signos misteriosos.

Empezaron a pasar días, sin que para la princesa fuese más que uno solo; y pasaron así años y años.

Murió el rey malvado, y todo cambió en el mundo, menos aquella isla. Muchos príncipes intentaron lle-

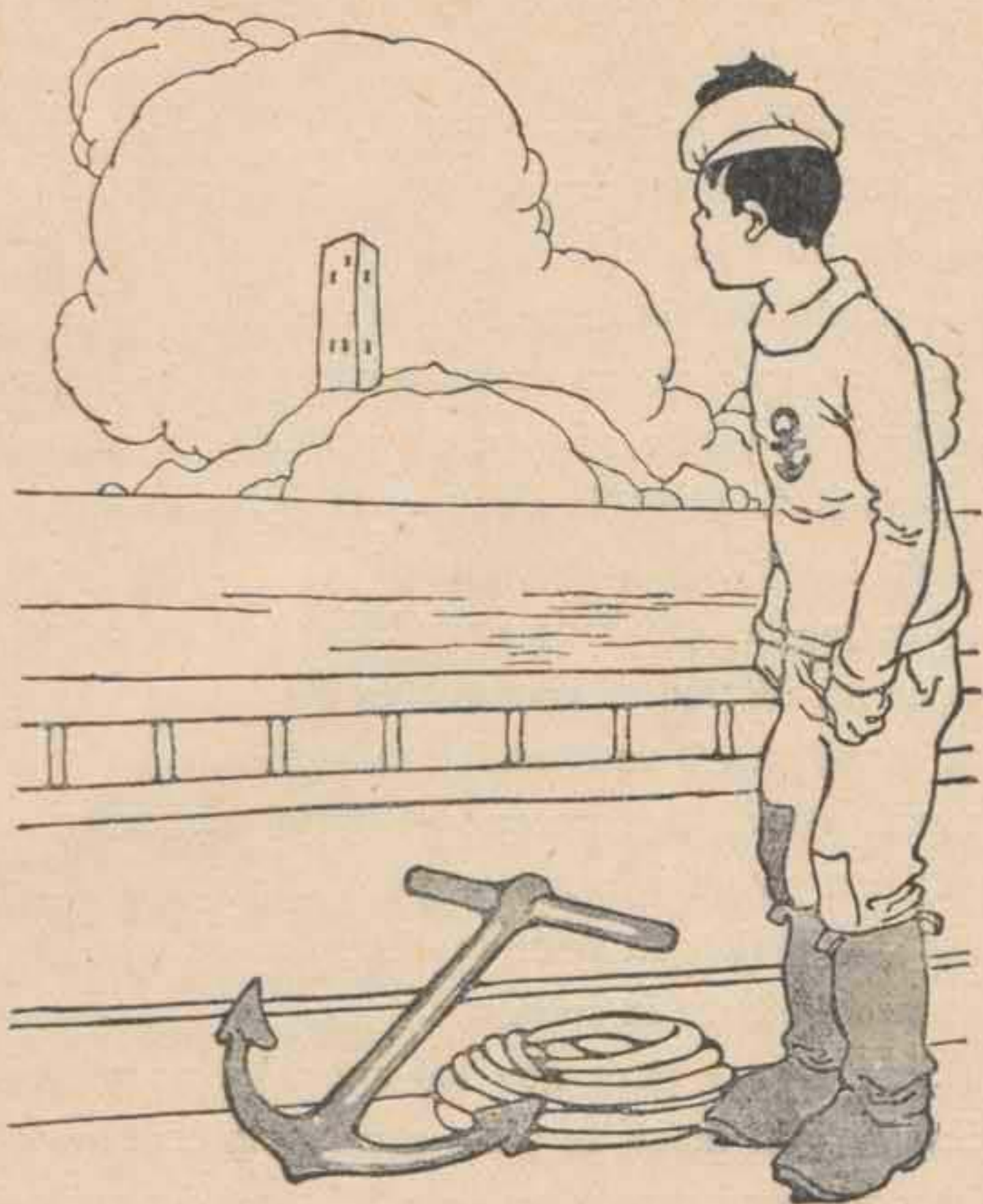
gar a ella; pero al ver los nueve remolinos, todos se volvían atrás, temerosos.

Muchísimos años habían transcurrido, cuando un grumete, guapo y apuesto como un príncipe, que navegaba con su barco de vela, oyó contar la historia. Miró al mar, vio la obscura superficie cortada por los caballos blancos de la espuma que por ella galopa y muy lejos, muy lejos, una lucecita. Su patrón, de quien era sobrino, le advirtió que no hiciese caso de la luz; era la de la isla de los Nueve Remolinos, y cuantos se acercaban a ella habían encontrado la muerte. La historia debía ser fantástica; no había tal princesa, pero los remolinos existían y eran cosa seria.

El muchacho siguió dando vueltas a su idea, y una mañana se acercó tanto a la isla que vio perfilarse en el rosa del cielo matinal la Torre Solitaria y oyó el rumor incesante de los nueve remolinos. Tal estupor le entró, que estuvo siete días seguidos pensando en aquello; y como cuando se está uno siete días pensando una cosa no tiene más remedio que llegarla a entender, ved aquí lo que observó:

Que durante cinco minutos de los mil cuatrocientos cuarenta que forman un día se aquietaban los remolinos al bajar la marea. Esto pasaba todos los días, pero cada día cinco minutos antes que el anterior. De lo cual se aseguró gracias a su cronómetro, que cuidadosamente había llevado consigo.

El grumete y la isla encantada



Así pues, al octavo día estuvo dispuesto, y cuando eran las doce menos cinco se pararon los remolinos, bajó la marea, y él hizo atracar su bote en un lugar de la costa. A las doce y un minuto empezaron otra vez a actuar los remolinos, y todo quedó como antes. Entonces vio en la playa a la princesa:

Cuentos de Calleja

—Vengo a salvaros—le dijo el grumete, que se llamaba Nicasio.

Agradecióselo ella, y empezaron a hablar de las dificultades que aun quedaban por superar: el dragón, el grifo y la salida.

—¿Cuándo duermen esos animales?

—El dragón duerme cada veinticuatro horas, volviéndose de piedra. El grifo duerme a la hora del te, pero el dragón sólo duerme cinco minutos al día, y cada día tres minutos antes que el anterior. Con los dos me las entiendo muy bien; yo me dedico a bordar mi vestido de novia; sólo me falta ya bordar una margarita blanca en la manga derecha y una azucena sobre el corazón; el grifo me arregla la casa; con sus alas barre y quita el polvo perfectamente; y el dragón tiene tal fuego en sí, que en un instante me hace la comida.

Separáronse para que los animales no viesan a Nicasio, y el mozo se puso a calcular cuántos días serían necesarios para que el sueño del dragón coincidiese con la marea baja y la detención de los remolinos. Si sabéis matemáticas, os daréis cuenta de lo pesada que era la operación, y como Nicasio no estaba en ellas muy fuerte, nunca acertaba. La princesa le llevaba de comer a una gruta que le servía de refugio, y al verle tan apurado con sus cuentas le dijo:

El grumete y la isla encantada



—La hechicera tiene en la mano una tablilla llena de signos misteriosos. Quizás es lo que buscamos. Sacó ella una copia, y leyeron:

«*Dentro de nueve días. Mar. II. 24—Drag. II. 27—Posdata: Y el grifo es artificial.*»

Cuentos de Calleja

Aquella era la solución: dentro de nueve días, la marea bajaría a las 11 y 24 y el dragón se quedaría dormido a las 11 y 27. Tenían, pues, tres minutos aprovechables.

Pasados los nueve días, cuando la marea empezó a bajar, Nicasio se dirigió adonde estaba la princesa, y a la vista del dragón la dio un beso.

El dragón, enfurecido, se lanzó sobre él, que evitó la acometida corriendo hacia la orilla del mar. Las olas se retiraban, cada vez más débiles, y Nicasio, con una cuerda atada al brazo izquierdo, cuya extremidad tenía la princesa en lo alto de las rocas, se metía cada vez más adentro. Pasaban los segundos. El dragón iba detrás del muchacho, y sus garras calientes convertían en vapor el agua que humedecía la arena. De pronto sintió que iba a quedarse dormido, y quiso retroceder para no convertirse en piedra cerca de los remolinos, pero no pudo y se durmió. Tiró la princesa de la cuerda que tenía en la mano y ayudó al mozo a subir a la playa. Al despertar el dragón sintió que el remolino le arrebató, y así acabó su vida.

—Ahora nos queda el grifo.

Un grifo es mitad león y mitad águila. Como aquél, según la tablilla, era artificial, puesto que el rey hechicero lo había fabricado a toda prisa, la unión no había llegado a ser completa. Esperaron

El grumete y la isla encantada

a que estuviese dormido, y acercándose a él, gritaron:

—Cuidado, que hay un león detrás de ti.

Volvió sobresaltado el grifo su cabeza de águila y vio, efectivamente, un cuerpo de león. Medio dormido aún soltó un picotazo y las patas traseras fueron a clavarse en el cuello del águila, y así cada mitad del grifo destrozó a la otra mitad.

Vencidos los animales, recobraron su vida humana la reina y la hechicera, y calculad cuál sería el gusto con que la princesa las vio. Pero aun quedaban los remolinos.

—Los hizo el rey con nueve gotas de sangre que derramó en torno de la isla—explicó la hechicera.

Hubo, pues, que esperar a que la marea bajara, y entonces Nicasio, dando la vuelta a la isla, recogió nueve rubíes, que eran otras tantas gotas de sangre, y cuando la marea subió, el mar se quedó quieto y tranquilo como un espejo. Los rubíes se echaron a la tierra, y el campo en que cayeron quedó perfectamente roturado y arado, como con los mejores aparatos modernos.

Accesible la isla, vinieron muchos invitados a la boda de Nicasio con la princesa. Fueron muy dichosos, y aquello se convirtió en un frecuentado lugar de veraneo. Cuando baja la marea, todavía

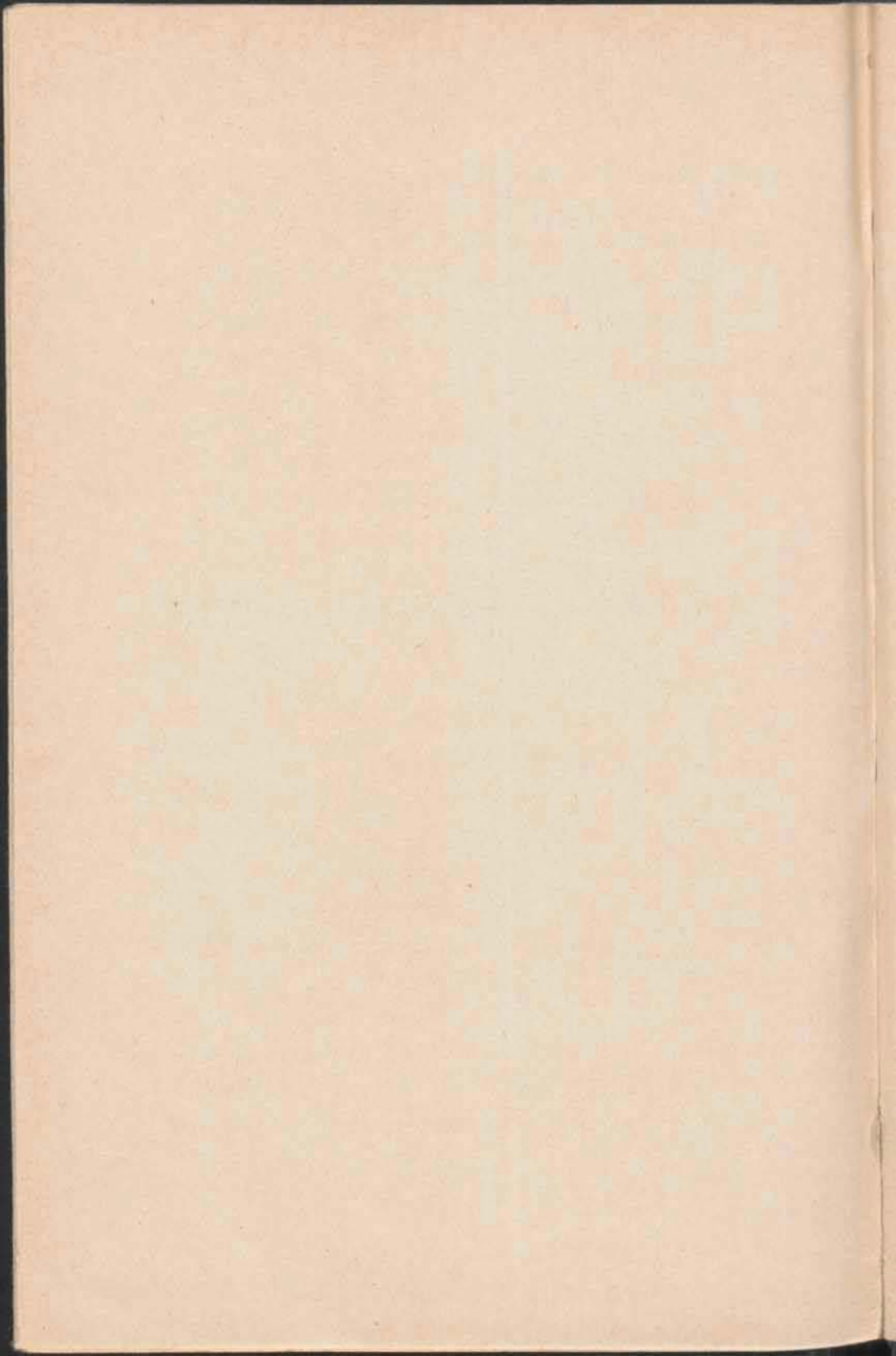
Cuentos de Calleja

se ve en la arena un dragón de piedra; los niños, sin respeto ninguno, se encaraman en él.

Y si queréis saber de qué vivía la princesa cuando el dragón le guisaba la comida, os diré que vivía pe sus rentas, como a muchos les gustaría poder vivir.



LA ROCA DE LAS SERPIENTES .





UN día de otoño estaba el pastor recostado en el suelo, vigilando sus ovejas y viendo pasar las nubes sobre los picos de las montañas, cuando fue testigo de un espectáculo extraordinario: de todas partes comenzaron a salir serpientes chicas y grandes, Todas se encaminaban a una gran roca levantada frente a él, y, con una brizna de hierba que cogían allí cerca, tocaban en la roca y ésta se abría como si fuera el portón de una casa. Poco a poco desaparecieron todas en su seno.

Cuentos de Calleja

El pastor se levantó; confió al perro la vigilancia del ganado y se fue hacia la roca. Le había picado la curiosidad.

—Vamos a ver—se dijo—qué hierba es ésa y cómo viven las serpientes.

Arrancó la hierba, tocó en la roca y ésta le abrió su entrada. Penetró y hallóse en una especie de cueva. En el centro había un tronco y, sentada en él a su manera, una serpiente grande y vieja. Las demás estaban acurrucadas alrededor del trono; todas dormían.

Después de pasar un rato distraído curioseando, se empezó a aburrir. «Volvería con gusto a cuidar de mis ovejas», pensó. Pero la salida estaba cerrada. No tenía más remedio que esperar allí hasta que abriesen las serpientes. Puso el capote en el suelo y se acostó. No tardó nada en quedarse dormido.

Llevaba poco tiempo así cuando le despertó un ruidillo. Miró en torno y vio que todo estaba igual; pero, de pronto, sintió que las serpientes menores preguntaban:

—¿Es tiempo ya?

Entonces la serpiente mayor alzó majestuosamente la cabeza y dijo:

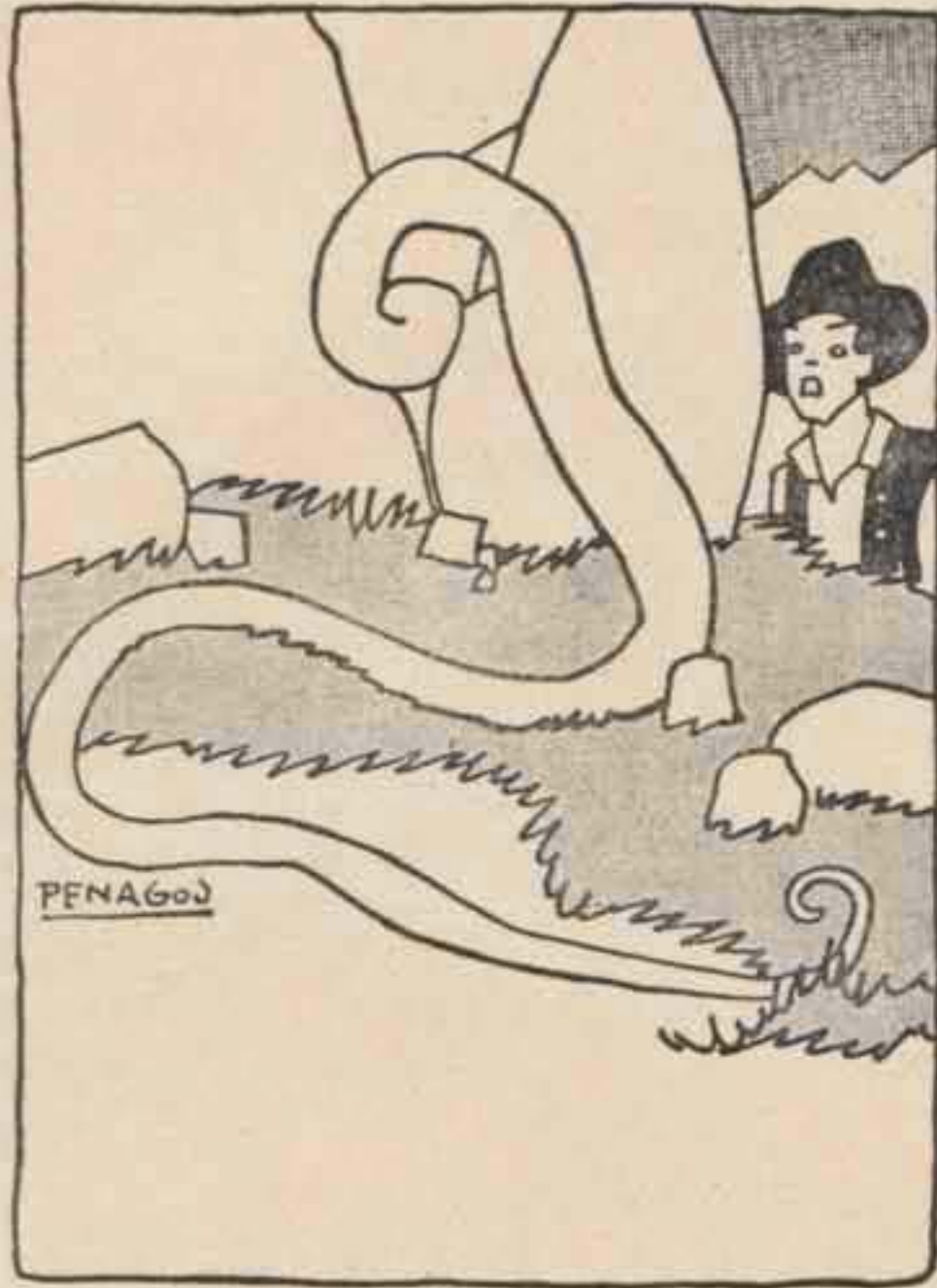
—Ya es tiempo.

Al oír esto se pusieron todas en marcha hacia el lugar por donde habían entrado. Iban en orden, como colegialas seguidas de la maestra.

La roca de las serpientes

El pastor aguardó a que le tocase salir a la última, y, entonces, quiso escapar también; pero la serpiente vieja le cerró la salida, diciéndole:

—De aquí no puedes salir, amiguito.



—¿Qué quieres que haga yo aquí? Los hombres no podemos pasar la vida durmiendo, y mi mujer va a refunfuñar como llegue tarde a casa.

—Pues de aquí no sales si no juras tres veces seguidas que no vas a decirle a nadie dónde has estado ni cómo has entrado aquí.

Cuentos de Calleja

El pobre hombre, no viendo otro modo de salir, juró y salió escapado. La serpiente le dijo:

—Desgraciado de ti si faltas al juramento.

Ya estaba libre nuestro pastor. Estaba libre, pero asombrado. ¿Qué cambio había en el campo? Cuando entró en la cueva reinaba el otoño y ahora todo estaba vestido de primavera.

—¿Será posible? ¿Habré pasado el invierno entero dormido en la roca?—pensó.

Y las piernas le temblaron de miedo.

Se fue acercando a su cabaña, cuando, de pronto, vio a su mujer y a un caballero bien vestido que se acercaba a ella. Escondióse detrás de una piedra para pensar lo que iba a decirle a su mujer por la tardanza, y oyó que el caballero preguntaba:

—¿Dónde está tu marido?

La mujer se puso a llorar y a decir que su marido no había vuelto desde el otoño. Que acaso le despedazarían los lobos.

El pastor, al oír aquello, no pudo aguantar y gritó:

—¡No llores, tonta! ¡Si estoy vivo! He pasado el invierno dormido en la dehesa.

El infeliz no pensó que aquellas palabras iban a irritar a su mujer. Y, en efecto: la pastora dejó de llorar y comenzó a insultarle por dormilón, por vago y por mala persona.

La roca de las serpientes

—¡Cuidado que se necesita pachorra para dejar el ganado a la gracia de Dios, acostarse en la dehesa y pasar todo el invierno dormido como las serpientes!



En esto el caballero intervino, diciéndole a la pastora:

—Tu marido ha estado en otro sitio. Si consigues sacarle la verdad te doy tanto y cuánto dinero.

Cuentos de Calleja

La mujer trató de sacar la verdad; pero promovió tal escándalo, que el caballero la llamó y la dijo:

—Déjame solo con tu marido. Voy a ver si yo le saco la verdad. Cuenta con mi premio.



Se metió la mujer en la cabaña, y el caballero se fue hacia el pastor. Pero al llegar cerca se transformó, convirtiéndose en lo que era: en el mago de la montaña, un hombre terrible como una fiera.

La roca de las serpientes

El pastor le reconoció en seguida, porque los magos tienen tres ojos en la cara, y el infeliz comenzó a temblar de miedo. El mago le dijo:

—¡Déjate de excusas! Dime dónde has estado y cómo has podido entrar. No niegues conmigo, que puede costarte caro.

El pastor no sabía lo que hacer ni qué decir. No quería romper el juramento por temor a que la serpiente tomase venganza, y no quería negar la verdad al mago porque podía costarle el pellejo. Pero no tenía escapatoria. El mago le apretaba, le apretaba con sus preguntas y su mirada feroz. Al fin, el miedo al peligro próximo le hizo hablar, y lo contó todo.

—Bueno—dijo el mago—. Enséñame la roca y dime cuál es la hierba.

Fueron al sitio, cogieron la hierba, tocó el mago con ella la roca y la roca se abrió. El mago sacó un libro de su bolsillo y se puso a leer, sin entrar en la roca. El pastor presentía una catástrofe.

De pronto, la tierra tembló; oyéronse fuertes silbidos dentro de la roca y se vio salir de ella un dragón espantoso. Era la vieja serpiente, que había tomado esta forma. De su garganta salían llamas voraces; con su cola tronchaba las ramas y los árboles.

—¡Ponle este collar!—le dijo el mago al pastor.

Cuentos de Calleja

Pero el pastor sentía un miedo terrible.

—¡Ponle este collar o te estrangulo!—le dijo por tres veces.

El pobre pastor fue a ponérselo. Apenas se ha-



bía inclinado sobre el dragón, cuando éste le recogió con sus alas y se remontó en el cielo.

Un cambio brusco hubo en la tierra y en el cielo. Se apagó el sol; hizose noche; los ojos del monstruo

La roca de las serpientes

eran como dos grandes reflectores que cruzaban el mundo; la tierra tembló; las piedras saltaron como pelotas de goma. El dragón parecía querer destruirlo todo. Pegaba con la cola en el mar y hacía que las aguas inundasen las poblaciones. Tronchaba los árboles y derribaba las torres.

El pobre pastor estaba medio muerto, aferrado al cuello de la bestia infernal, que no paraba de subir y subir y subir. Llegó el momento de no ver más que la luna y las estrellas. El pastor se creyó condenado a morir de asfixia. Todos los ruegos que hizo al dragón fueron inútiles.

En esto oyó cerca la voz de una alondra.

¡Qué alegría más grande inundó su corazón! Cuando la tuvo cerca, le dijo:

—¡Alondra, pajarillo amado del Señor! Ve y dile mis sufrimientos. Llévale mi salutación y que se apiade de mí.

La alondra fue volando y le dijo al Señor lo que pasaba. Entonces el Padre Eterno escribió unas letras de oro sobre una hoja de abedul y se la puso en el pico a la alondra, diciéndole que la dejase caer sobre la cabeza del dragón.

Así lo hizo la alondra; y en el mismo instante, dragón y pastor cayeron al suelo, sin que muriese más que la bestia maligna.

Cuentos de Calleja

Cuando el pastor volvió en sí, vio que se hallaba cerca de su cabaña; vio que su perro seguía vigilando; y vio—para decirlo todo—que había dormido y que había soñado.

Los pastores sueñan con los bichos y las cosas que les rodean.

14102411





